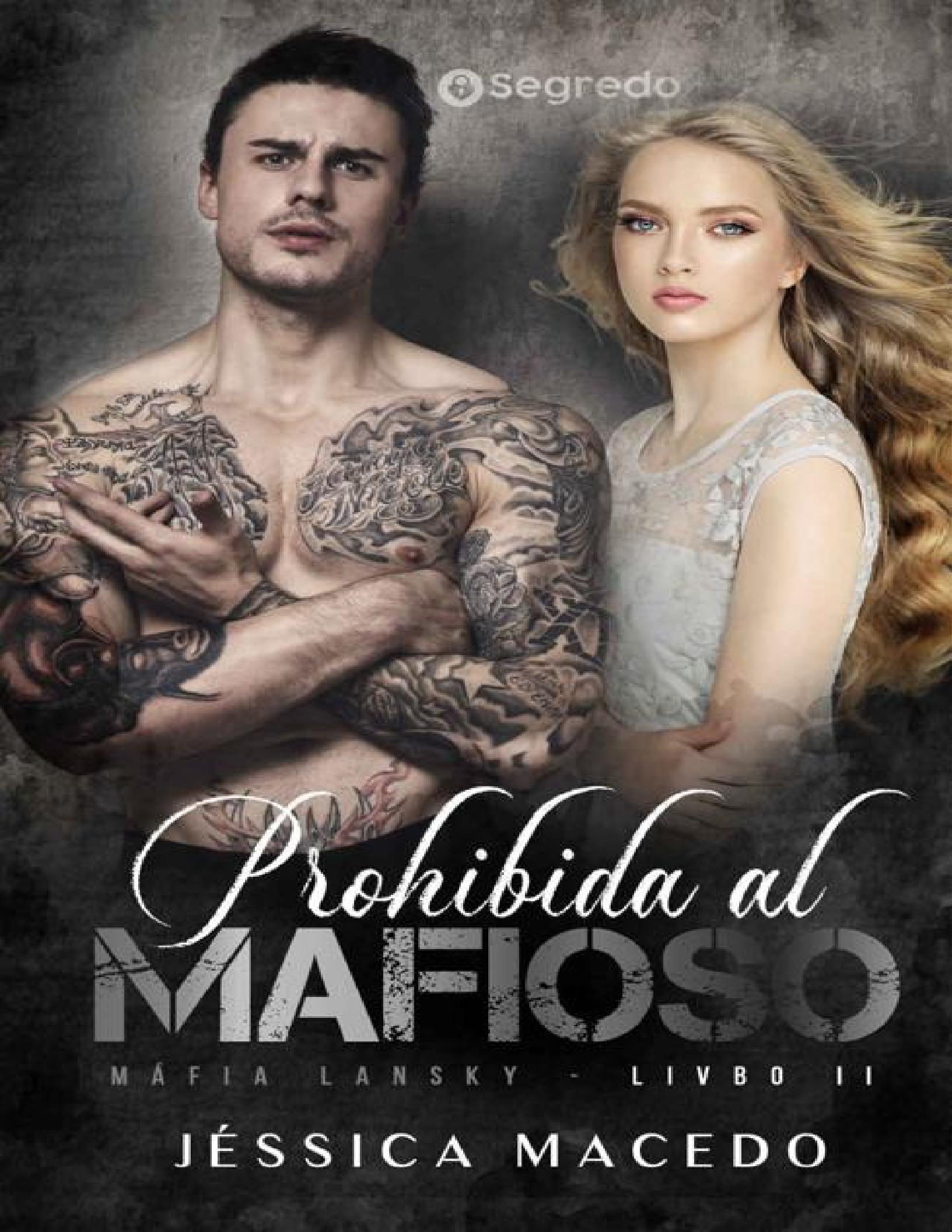

Segredo
Prohibida al
MAFIOSO
MÁFIA LANSKY - LIVBO II
JÉSSICA MACEDO

Prohibida al MAFIOSO

MÁFIA LANSKY - LIVRO II

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2021 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra, física o electrónica, sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado por la Ley nº 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada:

Jéssica Macedo

Consulte:

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Sinopsis
Nota de la autora:
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Epílogo
Sobre la autora

Sinopsis

Logan Lansky es el *consigliere* de la mafia italiana en Estados Unidos, un hombre poderoso con estrictas normas de deber y honor. Perdió a sus padres cuando era muy joven y fue criado por su tío, el jefe, aprendiendo a poner siempre a la mafia por encima de todo, incluidos sus propios deseos.

Lauren Lansky es la princesita de la mafia, la hija del jefe, podía hacer lo que quisiera, pero tuvo que lidiar con las consecuencias de haber nacido mujer. Su hermano mayor, el que actualmente manda, la prometió en matrimonio al líder de una mafia rival para que acabaran los conflictos. Leal a su familia, estaba dispuesta a aceptar su destino y ser entregada como moneda de cambio en un matrimonio concertado, aunque eso le costara el corazón para siempre.

Logan y Lauren son primos, fieles a la familia y a la mafia en la que se criaron, y decididos a seguir estos preceptos a toda costa, pero la atracción entre ellos podría ser lo suficientemente fuerte como para sumirlos en una guerra contra sus enemigos y sus propios sentimientos.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana.

A pesar de su trasfondo mafioso, no se trata de un *Dark Romance*. Si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Nota de la autora:

Queridos lectores,

Este libro fue una gran sorpresa para mí, porque era diferente a lo que esperaba. Los personajes tomaron las riendas y contaron una historia completamente distinta a la que yo había trazado cuando pensé en la trilogía de la mafia Lansky. Iban a ser tres libros: *Rescatada por el mafioso*, *Comprada por el mafioso* y *Prometida al mafioso*; pero se salieron de mis planes y los dos últimos libros se convirtieron en uno solo. De esta forma, tendremos una duología de la mafia Lansky.



LAUREN

Prólogo

Hace dos años...

No elegimos dónde nacemos, y mucho menos nuestro destino. Seguramente, si yo tuviera ese poder, no me bajaría de ese coche en una fría noche de invierno, envuelta en un abrigo de piel y un vestido de lujo, como un objeto que se puede vender y comprar.

Si hubiera sido mi elección, habría estado estudiando para un examen de Columbia, o incluso limpiando establos en un rancho de Texas. Sin embargo, yo era hija de un mafioso, y no de un mafioso cualquiera, sino del jefe de la rama italiana en Estados Unidos. Eso debería significar recursos, dinero y poder ilimitados; pero nací en el género equivocado.

Las mujeres habían conquistado mucho espacio en el mundo, luchado por sus derechos, ido a la universidad, dirigido grandes empresas, pero yo no tendría ese destino. En el fondo, mi vida no era tan mala, porque mi hermano mayor, que se encargó de cuidarme cuando murió nuestro padre, hizo lo que pudo para darme una vida decente, así que fui a la escuela como las demás mujeres, tuve amigos e incluso fui a fiestas. Sin embargo, cuando mi cuñada fue brutalmente asesinada, la vida de mi hermano se derrumbó y arrastró a la mía. Su protección pesó más que mi libertad y me convertí en prisionera en mi propia casa. Salía de vez en cuando acompañada de soldados, que se habían convertido en mis sombras, día y noche. Era por protección, lo sabía, mi familia tenía innumerables enemigos de los que debía cuidarme.

En ese momento estábamos entrando en la casa de uno de ellos. Los Ángeles, la Ciudad de los Ángeles, vivía una controversia al estar dominada por los demonios de la mafia rusa. Los enemigos frecuentes de mi hermano y del resto de la mafia italiana a la que yo pertenecía, pronto serían mi familia.

Tragué saliva mientras mi hermano me ponía la mano en el centro de la espalda y me

guiaba por la entrada de la mansión.

Estaré cerca de Hollywood, intenté animarme pensando en cómo sería cuando me fuera a vivir allí.

— Estás radiante, Lauren —dijo mi hermano, y me di cuenta de que estaba siendo amable.

Todos en la mafia tenían un papel asignado desde el momento en que nacían. Cuando eras hombre, podías dar o recibir órdenes, pero cuando eras mujer, siempre recibías órdenes, por muy noble que fuera tu linaje. De hecho, tu linaje solo garantizaba tratos más importantes.

— Gracias. — Le sonreí, manteniendo mi postura sin cuestionar mi papel.

Las fiestas de compromiso deberían estar llenas de alegría, amigos y buenos deseos para la nueva pareja, pero la mía tuvo un ambiente extraño y una sensación que me dejó pesada bajo el estómago.

No conocía al hombre con el que me iba a casar, salvo por las fotos que había encontrado en Internet. Tenía cuarenta y tres años y era el mayor de tres hermanos. De linaje ruso, Ivan Petrov, nacido y criado en la Ciudad de los Ángeles, se había hecho cargo del negocio a los treinta, después de que su padre muriera de un infarto fulminante, pero llevaba coleccionando muertes desde mucho antes.

Como mi hermano, Ivan tuvo una serie de acusaciones por parte de la policía. Muchas sospechas, ninguna prueba.

Miré alrededor de la enorme sala cuando entré con Lucian. Había varios invitados, todos rostros desconocidos a excepción de nuestros soldados y nuestro primo, Logan, el *consigliere* de mi hermano.

Me volví, buscando sus ojos oscuros, y se me estrujó el corazón al encontrar un terrible abismo y una frialdad irreprimible. No me extrañó que fuera la mano derecha del jefe de la

mafia. No había nada ni nadie que siguiera a la mafia más arcaicamente y al pie de la letra que Logan. Si él hubiese sido diferente, quizá yo no hubiera estado allí... Al menos eso pensaba mi corazón, porque no tenía ninguna prueba concreta de que él interfiriera en aquel trato a mi favor...

A nuestro favor.

Que tire la primera piedra quien nunca se haya sentido atraído por un primo. Aquel flechazo adolescente por el hombre una década mayor con el que convivía a diario fue algo que nunca tuve el valor de compartir con nadie, porque sabía que solo podría causar algún tipo de tragedia.

Me di cuenta de que en el mundo en el que vivía no había lugar para el amor, solo para los negocios. Lucian, mi hermano mayor, se había casado con una italiana para reforzar los lazos de la mafia y, en ese momento, me había llegado el turno.

Miré la alfombra de piel de oso del suelo, la chimenea y los demás adornos de la habitación antes de que mi atención fuera captada por un hombre que se acercó a mí, seguido de otros.

Era alto, calvo, tenía una espesa barba rubia, ojos azules y una cicatriz que le bajaba por la ceja hasta el pómulo, en el lado izquierdo.

— Lansky...

— Petrov.

El hombre dio otro paso adelante y se detuvo frente a mí, analizando mis rasgos hasta que alargó la mano y me tomó el mentón, levantándolo. Mis ojos se encontraron con los suyos y evité que me recorriera un escalofrío. Tenía que mantener la postura a toda costa y eso hice.

— Por fin mi prometida. — Se pasó la lengua por los labios mientras esbozaba una sonrisa que pensé que me devoraría delante de todos.

— Sí, esta es mi hermana, Lauren Lansky. — Lucian mantenía la mano en mi espalda y yo no sabía exactamente si intentaba exhibirme más o darme un poco de confianza, pero teniendo en cuenta nuestra relación, me quedé con la segunda opción.

— Incluso, más bonita que en las fotos.

— Gracias. — Abrí la boca e intenté dedicarle mi mejor sonrisa.

Se inclinó y me besó. Fue rápido, solo un beso, pero suficiente para desconcertarme, porque no me lo esperaba.

— ¿Podemos casarnos hoy? — Miró a mi hermano.

— Tiene diecinueve años. Nuestro acuerdo es esperar hasta que tenga veintiuno. — Lucian mantuvo una postura seria, recordando al ruso lo importantes que eran los acuerdos.

— Diecinueve años son suficientes para empezar a darme hijos. — El ruso me dio una palmada en el trasero y me dio un sobresalto del susto.

— Respétala. — Logan dio un paso adelante con una postura defensiva, como un perro guardián.

Mi hermano le miró y el *consigliere* retrocedió.

— En dos años, Ivan. — Lucian era firme.

Los dos años que aún tendría de ilusoria libertad antes de ser entregada a un hombre que parecía verme como una fábrica de hijos.

Era obvio que yo no quería ese tipo de matrimonio. Como muchas otras mujeres, tenía deseos románticos, como besos al atardecer y proposiciones de matrimonio inolvidables. Me alimentaba demasiado con películas y libros.

— De acuerdo, dos años —resopló el ruso, pero acabó asintiendo—. ¿Y el cargamento

que me prometiste?

— Pronto será entregado.

— Estupendo. — Volvió a mirarme y supe que no tenía adónde huir, así que me limité a cruzar los brazos delante del cuerpo, en posición defensiva, y sonreí suavemente. — Acércate más. — Tiró de mí para acercarme.

Lucian observó, pero no hizo nada. Pensé que solo haría algo si el tipo suponía un peligro real para mí.

Iván sacó una caja de su bolsillo y la abrió, revelando un anillo de compromiso a la altura de la cuenta bancaria de un hombre así y lo deslizó en mi dedo, sin ningún cuidado, ramo de flores o cortejo.

Sentí el peso de ese anillo, tan intenso como mi responsabilidad. Nacer en la mafia exigía sacrificios constantes y ese era el mío.



LOGAN

Capítulo uno

En la actualidad...

Me desperté con dolor de cabeza palpitante, como si tuviera resaca, aunque anoche no había bebido ni una gota. Me dolía la cabeza por las noches sin dormir, por el esfuerzo físico y emocional de mi sacrificio.

Imaginaba que con el tiempo sería más fácil, que mi honor y mi compromiso con la mafia pesarían más que cualquier sentimiento. Sin embargo, cuanto más se acercaba la fecha y más se hablaba de ello, peor dormía.

El insomnio y el malestar eran algo que tenía que superar, porque aquella boda era algo que iba a suceder. Desde que se había firmado la alianza, teníamos una cosa menos de la que preocuparnos y eso era bueno para todos, sobre todo con la Yakusa que seguía causando problemas, incluso después del cambio de dirección en el FBI.

Me levanté de la cama, fui al baño y me eché agua en la cara, viendo cómo caían las gotas mientras me miraba en el espejo. Agarré el lavabo y respiré hondo.

Yo era el *consigliere*, la razón, el que tenía que dar consejos y permanecer como el más centrado y sensato en todo momento. Hice todo lo posible por cumplir este papel, por mucho que mi primo no me hiciera caso, sobre todo cuando trajo a una federal a casa.

Tomé la toalla y me sequé la cara. Me puse ropa adecuada y salí de mi habitación. Pasé por delante de la puerta de mi primo y pensé en golpear, teníamos asuntos importantes que tratar y sería mejor que empezáramos cuanto antes, pero en cuanto oí los gemidos, cambié de idea.

No sabía qué había en esa vagina que le había trastornado tanto el juicio. Sin embargo,

Lucian se había casado con ella y la federal estaba embarazada. Por muy equivocada que me pareciera la decisión de mi primo, no tenía más remedio que aceptarla. Él seguía siendo el jefe y mi autoridad como consejero tenía un límite.

Seguí por el pasillo hasta que oí un gruñido.

— ¡Ay! Cuidado, me has pinchado.

Me acerqué a la puerta de su habitación y la vi de pie sobre un soporte de madera mientras una mujer estaba a su alrededor, sujetando alfileres y haciendo ajustes.

Mi prima estaba preciosa con un vestido de novia lleno de encajes, piedras y perlas. Digno de la princesa que era.

— Has adelgazado desde la última prueba —dijo la costurera.

— Eso es bueno, ¿verdad? — Lauren esbozó una sonrisa forzada. — Las novias suelen engordar antes de la boda.

— ¿Estás comiendo bien?

— ¿Crees que no hay suficiente comida aquí?

— No es eso, señorita.

— Estoy bien. — Lauren adoptó una postura firme. — Por favor, concéntrate en el vestido.

— Sí, señorita.

Lauren volvió la cara hacia la puerta y se fijó en mí. La expresión de irritación de su rostro se desvaneció al verme. Sus ojos y sus labios oscilaban entre la alegría y la tristeza, en una extraña mezcla que hizo que mi pecho se sintiera inquieto.

— Logan... — Mi nombre escapó temblorosamente de entre sus labios.

— Bonito vestido.

— Gracias. — Sonrió, pero el brillo de su rostro pronto se desvaneció mientras seguía mirándome.

— Que tengas un buen día. — Seguí por el pasillo y oí que me llamaba, pero seguí caminando como si no la hubiera oído.

Ella era solo una niña a punto de cumplir veintiún años, y yo iba camino de los treinta y ocho. Nunca me había casado porque le decía a todo el mundo que no necesitaba un punto débil, entre otras cosas porque el propio Lucian se había desestabilizado con la muerte de Micaela. Se me daba bien convencer a los demás y a mí mismo de que hacía lo correcto.

La mafia era más importante que cualquier cosa, incluida mi vida personal o cualquier sentimiento que pudiera albergar. Especialmente los sentimientos que tenía cuando miraba con deseo a la hermana pequeña de mi jefe, mi prima.

Lauren se casaba dentro de un mes. Ella pertenecía a otro hombre y todo lo que podía hacer era mirar y desear lo mejor a la pareja. Su matrimonio garantizaría la alianza con los rusos, un poder que necesitábamos en aquel momento para que ya no se cuestionara nuestra influencia.

Lo que sintiera no importaba.

Mi vida personal nunca se antepondría al negocio familiar y a nuestros compromisos.

— Señor. — Uno de nuestros soldados entró en la habitación poco después de que yo bajara las escaleras y me llamó.

— ¿Qué ocurre?

— Atrapamos a uno de los responsables.

— ¿Dónde está? — Me crucé de brazos.

— Esperando en uno de nuestros galpones.

— Bien, bien. Vamos para allá.

— ¿Y el jefe? ¿No vamos a hablar con él?

— El jefe está ocupado revolcándose con su nueva mujer. Podemos arreglarlo sin él.

— Muy bien, señor.

Le hice un gesto para que se adelantara y seguí al hombre hasta un coche donde había otros soldados.

— ¿Dónde está el jefe? —preguntó otro.

— Iremos sin él.

Los hombres asintieron y subimos al coche.

Desde que Lucian se había vuelto a casar, vivía a un ritmo de luna de miel que me irritaba. Siempre pensé que aquella mujer no era una buena influencia para él y seguí manteniéndome firme, a pesar de que ella se había ganado el derecho a quedarse en aquella casa tras matar al antiguo director del FBI.

Conduje con los soldados hasta un cobertizo en Brooklyn. Fui el último en salir del vehículo y me acompañaron al interior.

Entré en una habitación grande y llena de polvo. Había muchas cajas apiladas con latas y otros objetos y productos que utilizábamos para ocultar y transportar estupefacientes.

Seguimos caminando hasta la parte de atrás, donde había una carretilla elevadora con un hombre colgado boca abajo. Le habían golpeado lo suficiente como para que la sangre goteara

por el suelo, pero estaba despierto.

— Hola —le dije, haciendo que se volviera hacia mí.

— ¡Sácame de aquí, maldito! —me gruñó, intentando escupir, pero lo único que consiguió fue babear saliva y sangre.

— No estás en posición de dar órdenes. — Me metí las manos en los bolsillos y seguí mirándole.

— ¡Te voy a matar!

— Tus amenazas vacías no me impresionan.

— Quiero bajar.

— Dime quién dio la orden y haré que se detenga esto. — Me enfrenté al hombre con una postura inflexible.

Habían tiroteado uno de nuestros cafés en Queens y no descansaríamos hasta conseguir la cabeza del responsable. Nadie actuaba contra nosotros y se salía con la suya.

— Te lo preguntaré una vez más, ¿quién dio la orden?

— ¡Vete a la mierda, pedazo de hijo de puta!

Miré a un hombre detrás de mí, que me entregó un mando a distancia. Pulsé un botón rojo y el tipo al que intentaba interrogar empezó a recibir descargas eléctricas. Cuando paré, seguía temblando.

— ¿Ya has refrescado la memoria?

— ¡Te voy a matar!

— Este tipo no parece que vaya a hablar, señor —me comentó uno de los soldados, pero yo no tenía ninguna prisa. Quizá no quería volver a casa y tener que ver a Lauren con ese maldito vestido de novia.

Le devolví el dispositivo de descarga a mi soldado y di unos pasos hacia el hombre. Lo agarré por la mandíbula y apreté con fuerza considerable.

— No estoy de humor.

— ¡Suéltame!

— Sabes que solo hay una forma de salir de aquí. — Le dirigí una mirada cruel.

— No voy a decir nada.

— Tienes esa opción, pero seguro que antes sufrirás mucho más. Puedo ser amable contigo y hacer que esto pare.

— Suéltame... — Dejó de hablar cuando empecé a presionar su mentón con mis manos desnudas. — ¡¡¡Ah!!!

— Empecemos de nuevo, ¿quién dio la orden?

— ¡Vete al infierno, pedazo de mierda!

— ¿Tiene alguna otra pista? —le pregunté al soldado.

— No, señor.

— De acuerdo. Entonces, nos quedaremos aquí hasta que abra la boca. — Extendí la mano para que el soldado me devolviera el aparato que controlaba las corrientes eléctricas. — Sabes, amigo —me volví hacia el hombre al que estaba torturando—, no tomé café antes de salir de casa y mi humor es mucho peor cuando tengo hambre. — Pulsé el botón del mando y el tipo gritó.



LAUREN

Capítulo dos

Estaba hojeando una revista en el salón, una de las muchas revistas de bodas que había visto en los últimos meses, intentando emocionarme con la idea de que pronto sería una novia con un vestido precioso, entregada a mi marido para vivir a su lado para siempre.

Intenté ser un poco más optimista y pensar no solo en el sacrificio que tendría que hacer en nombre de la mafia, sino en la relación de Lucian con Micaela. Tenían un buen matrimonio, un hijo hermoso y eran felices como podían serlo.

Había tenido dos años para enfrentarme a mi destino y lo había aceptado.

— ¡Tía! — Steven cruzó corriendo la habitación y saltó al sofá junto a mí.

Subí al chico a mi regazo y le di un beso en la cabeza.

— ¿Dormiste bien, mi príncipe?

— He dormido.

— Estupendo.

— Mi profesor no ha llegado.

— Estará aquí pronto, no te preocupes. Háblame de tus clases de hoy.

— Matemáticas y creo que ciencias.

— ¿Cómo “creo”?

— ¡Tía! No me acuerdo de todo.

— Tienes que recordar. Especialmente cuando es lo único de lo que tienes que preocuparte.

— ¿Estás preocupada? — Inclinó la cabeza mientras me miraba.

— ¿Yo?

— Sí.

— ¿Por qué iba a preocuparme, Steven? — Le acaricié el pelo, intentando disimular cualquier posible malentendido.

Steven era un niño, no tenía filtro y no quería que fuera por ahí difundiendo que quería huir de mi boda a la primera oportunidad posible, ya que a su padre no le gustaría oírlo.

Mi voluntad no importaba, la mafia siempre estaba por encima de todo.

Estaba distraída, mirando a la nada, cuando Logan apareció en mi campo de visión. Nuestras miradas se cruzaron y él apartó la vista. Tenía pequeñas gotas de sangre por toda la piel y dudaba que me respondiera si le preguntaba a quién pertenecían. Se quitó la camisa, revelando los tatuajes en forma de llamas que tenía por todo el pecho, y empezó a limpiarse el cuerpo de las huellas del crimen que probablemente había cometido.

— ¿Sudoroso, tío? —le preguntó Steven.

— Sí, niño. Hace calor. — Sonrió a Steven.

Afortunadamente, Steven era aún demasiado joven para asociar la sangre con el crimen o incluso para saber todo lo que habíamos hecho y haríamos en nombre de la mafia. Al menos mi hermano lo apreciaba lo suficiente como para mantenerlo alejado del negocio familiar hasta que tuviera edad suficiente para quitar su primera vida.

— Date un baño refrescante.

— Gracias. — Logan me miró por última vez antes de subir las escaleras, dejándome con una extraña opresión en el pecho.

Cada vez que me miraba fijamente o incluso intercambiaba sonrisas conmigo, pensaba que se estaba acercando a saber cómo me sentía. Sin embargo, era obvio que no lo sabía, porque yo nunca se lo había mencionado. Si lo sospechaba, no le importaba.

Mi marido iba a ser ruso y más me valía prepararme para ello en lugar de pensar en mi frío primo de mentalidad empresarial. No era bueno cerrar los ojos y recordar la forma en que las llamas de sus tatuajes recorrían sus músculos y se movían como si estuvieran vivos con sus pasos.

Logan no era el que yo debería haber querido.



LOGAN

Capítulo tres

Tiré la camiseta sucia en una bolsa de mi habitación y la puse en un rincón para que pudiera ser incinerada, como hacíamos con cualquier cosa que pudiera servir de prueba contra nosotros. Por mucho que el FBI tuviera un nuevo director que estaba en nuestra nómina, siempre había algún superhéroe que se creía lo bastante bueno como para intentar arrestarnos.

Me puse otra camisa, tomé un nuevo peine de balas y me dirigí al despacho de mi primo, donde debería haber estado a esas horas de la mañana.

La puerta estaba abierta y lo vi detrás del escritorio, con Fernanda sentada en el borde de la mesa. Justo antes de verme entrar, se inclinó y le besó el vientre, acariciándolo. Sabía que mi primo iba a ser padre de nuevo, aunque no estuviera siguiendo de cerca ese asunto.

— ¿Demasiado ocupado jugando a ser papá como para preocuparte de los negocios?

— Logan, vete a la mierda. — Fernanda se volvió hacia mí y resopló, pero luego se echó a reír, como si no lo hubiera dicho en serio.

— Después de que cambiaste de bando, te crecieron alas.

— Ha sido estupendo. — Sonrió ella.

— Los hombres dijeron que te fuiste temprano para resolver algo. ¿De qué se trataba? — preguntó Lucian, hablando por fin de algo de lo que yo quería hablar.

— Atraparon a uno de los responsables del tiroteo.

— ¿Dónde?

— En Brooklyn.

— Vamos allá. — Se agarró a los brazos de la silla y proyectó el cuerpo hacia delante, pero se detuvo a medio camino cuando le hice un gesto con la mano.

— Lo he resuelto.

— ¿Mencionó el nombre del cerebro?

— Lo hice hablar. — Hinché el pecho en posición de confianza. Si había algo en lo que ponía todas mis fichas era en mi trabajo, porque toda mi vida se reducía a eso y lo desempeñaba con maestría.

— Bien. ¿Quién era?

— Un japonés.

— No se rindieron.

— Desgraciadamente, no. — Sacudí la cabeza.

— Tenemos que pensar en una manera de contraatacar. No podemos dejar que sigan pensando que tienen alguna posibilidad de tomar mi territorio.

— ¿Qué te parece si pedimos ayuda a los rusos? —sugirió Fernanda, haciéndome apretar los dientes.

— Deja a los rusos fuera de esto. — Me exalté más de lo debido, pero era incontrolable. — Lauren aún no se ha casado con Ivan. Es mejor que no sigamos pidiendo favores antes de sellar esta alianza.

— Tienes razón. — Lucian estaba de acuerdo conmigo. Afortunadamente, era lo bastante astuto como para salir airoso de situaciones desconcertantes como aquella.

No quería que se celebrara la boda y quizás había rezado por ello, pero mantuve todos y cada uno de mis sentimientos bajo mi moral, honor y respeto por lo que era mejor para la mafia por encima de todo.

— ¿Cuál es el plan?

Fernanda se apartó de su marido y se puso a su lado mientras Lucian se agachaba, inclinándose sobre la mesa para poder verme mejor.

— Tengo un nombre. Kurama Saito, él se encarga de las cosas en *JapanTown*. Es el líder local de la Yakusa.

— ¿Es el nombre de la persona que nos ha estado causando problemas?

— Ha recibido ayuda.

— ¿De quién?

— Del propio Japón y de los hawaianos.

— ¿Tienes una dirección? Podemos ir allí y solucionar esto de una vez por todas. — Lucian intentó levantarse, pero antes de que pudiera, su mujer le puso la mano en el hombro.

— Necesitamos un plan.

— Entramos, lo matamos y resolvemos el asunto.

— No sabemos con cuántos está ni qué problemas puede causarnos.

— Fernanda tiene razón. — Respiré hondo, nunca me había imaginado diciendo eso, pero tuve que ceder.

— Llamemos a nuestros contactos en el FBI y la CIA —dijo Lucian mientras alternaba la mirada entre su mujer y yo.

No me gustaba verla involucrarse así en los asuntos de la mafia, actuando y hablando casi como si fuera una subjefa. Lucian le había dado demasiada libertad, pero, por desgracia, aún no había dejado de darme la oportunidad de decirle a mi primo que yo le había avisado.

— Voy a pedir a nuestros hombres que vigilen el barrio japonés y todo lo sospechoso que ocurra allí, sobre todo que estén atentos a la gente que lleva armas —ordenó Lucian—. Mientras tanto, estudiaremos una forma de aplastarlos de una vez por todas.

— De acuerdo.

— Cuando sabes exactamente a quién te enfrentas, es más fácil trazar un plan.

— ¿Te enseñaron eso en Quántico? — Me enfrenté a Fernanda.

— Y muchas otras cosas. — Se encogió de hombros, como si no le importara mi provocación.

— La boda de mi hermana se acerca en unas semanas y necesito que todo salga bien, no quiero que ningún enemigo se interponga en nuestras alianzas.

Fernanda me miró fijamente y yo aparté la mirada. No entendía lo que intentaba hacer.

— Voy a hablar con los hombres.

— De acuerdo. — Lucian asintió y me di la vuelta. — ¿Logan? — Volvió a llamarme.

— ¿Sí?

— Resolvamos este problema.

— Sí, Lucian. Todo para que la boda de Lauren salga lo mejor posible. — Esbocé una sonrisa forzada y sentí un sabor amargo en la boca al pronunciar aquellas palabras. Era innegable lo desequilibrado que me estaba poniendo el tema.

Debería haber estado alentando para que ella fuera feliz en esa unión, por mucho que pensara que Iván era una basura cada vez que lo veía, pero todo lo que podía sentir era incomodidad cada vez que pensaba en ello.



LAUREN

Capítulo cuatro

Respiré hondo mientras doblaba el cuerpo hacia delante y me inclinaba sobre la mesada de la cocina. Sentí un escalofrío en la fría piedra, pero no me moví.

— ¿No debería haberse ido ya a la cama, señorita?

Levanté la cabeza, me eché el pelo rubio hacia atrás y miré a la cocinera, que me observaba atentamente.

— No tengo sueño.

— ¿Está segura? — Puso la mano en el mostrador mientras me miraba con más atención. — Parece como si estuviera a punto de dormir aquí arriba.

— ¿No deberías haberte ido a la cama también?

— Estaba preparando la masa de un pan para que estuviera lista mañana temprano para servirlo caliente y esponjoso en el desayuno.

— Ah, gracias. — Sonreí, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja y apoyando el mentón en las palmas de las manos.

— ¿Por qué no puedes dormir?

— Me acuesto en la cama y me giro de un lado a otro.

— ¿Toda la noche?

— Sí. — Me mordí el labio inferior.

— ¿Le preocupa su matrimonio?

— Es muy posible —admití. Pensé que podría vivir alejada de ese momento durante un tiempo, pero los días pasaban cada vez más deprisa y la fecha se acercaba.

No podía dejar de pensar en cómo sería mudarme a otra ciudad, estar lejos de mi hermano, de Steven, de Logan... Incluso de Fernanda, con quien poco a poco conseguía cultivar una amistad después de que finalmente decidiera que quería quedarse con mi hermano.

— Las bodas nunca son fáciles. — La cocinera me sacó de mis pensamientos.

— Ah, gracias por la parte que más me emociona, Abigail.

— Querida, te digo la verdad. Aunque se casen por amor, tendrán que vivir el uno con el otro todos los días, hacer muchas elecciones y concesiones. Tendrán que aprender juntos a construir una vida y una relación feliz.

— Gracias por tus consejos.

— Estoy a su disposición.

Le sonreí y ella me acarició el hombro cariñosamente. Abigail trabajaba en aquella casa desde mucho antes de que yo naciera. Era casi como una segunda madre para mí, después de que mis padres murieran en una emboscada cuando yo tenía más o menos la edad de Steven. Le agradecía sus consejos y toda su atención, aunque, en aquel momento, no suponía una gran diferencia.

— Le prepararé un té.

— Gracias.

— La manzanilla le ayudará a dormir mejor.

— Realmente lo necesito.

Deseaba un milagro para salir de aquel lío. No había visto a mi prometido desde nuestro

compromiso y dudaba mucho que sus modales hubieran mejorado desde entonces. Volví a respirar hondo mientras miraba fijamente el pesado anillo de compromiso con un diamante redondo que llevaba en el dedo. Aquello era la prueba de que no podía huir, por mucho que lo deseara.

Nuestra familia estaba en constante conflicto con los rusos. Ya habían causado muchas pérdidas, entre ellas la que me había arrebatado a mis padres. Evitaba pensar que me casaría con uno de los responsables de que ya no tuviera a mi madre conmigo, pero darle vueltas a eso solo empeoraría aún más la ya delicada situación.

— Aquí está. — Abigail me entregó una humeante taza de té.

— Gracias.

— Espero que la ayude.

— Ya está ayudando. — Inhalé el vapor blanco ascendente y me sentí más caliente por dentro. — ¿Sabías que te voy a echar mucho de menos?

— Apuesto a que hay una gran cocinera allí también.

— Estoy segura de que no harán tus deliciosas masas.

— La cocina rusa también es buena.

— Debes de tener cosas muy locas. — Puse cara de asco y ella se rió.

— Te acostumbrarás y la podrás disfrutar.

— Ojalá fuera tan optimista. — Me deslicé de nuevo sobre la mesada.

— Tiene que serlo, niña. — Me acarició el pelo.

— Lo sé… lo sé. — Levanté la cabeza para mirarla.

No tenía elección, era mi misión y tenía que cumplirla, me gustara o no.

— Tome su té. — Me acercó la taza.

— Gracias.

Volví a saborear el aroma de la manzanilla y bebí de a sorbos para que el líquido no me quemara la garganta. Iba a dormir y a pensar en un día a la vez hasta que finalmente llegara el día de la boda y tuviera que enfrentarlo.



LOGAN

Capítulo cinco

Tomé las pesas de la estantería y me coloqué frente al espejo del gimnasio de la parte trasera de la mansión. Utilizaba la excusa de mantener mi cuerpo en forma para escapar de las preocupaciones que me acosaban, y quería decir que se debían a los japoneses, pero me estaría engañando a mí mismo.

Cada vez que se mencionaba la boda de Lauren, algo se agitaba en mi interior que cada vez era más difícil de contener. Me concentré en mi honor y mi lealtad, porque, tras la muerte de mis padres, era todo lo que tenía.

Nunca supe quién fue el verdadero responsable del incendio que mató a mi madre y a mi padre. Fueron rápidamente consumidos por un fuego que parecía haberse iniciado por un cortocircuito en su dormitorio, pero no había pruebas de nada, nadie vio nada. Yo era un niño de cuatro años que fue salvado de las llamas por un equipo de bomberos y sobrevivió de milagro. Prácticamente me había criado el padre de Lucian, mi tío y jefe de la mafia, así que había jurado que haría cualquier cosa por él y su familia, porque era lo que me quedaba.

Si había algo que no podía hacer era causar más problemas a todos, especialmente a mi primo.

Las llamas que llevaba tatuadas en mi cuerpo eran la prueba de que había sobrevivido al incendio y me recordaban quién era y lo que tenía que hacer.

Los espejos daban a la entrada y detuve las mancuernas en el aire cuando se reflejó una imagen. Lauren estaba de pie en la puerta, con la mano en el marco, mirándome. Llevaba un fino jersey blanco, que le recorría el cuerpo casi como una capa de leche. No ocultaba nada, lo revelaba todo, incluidos sus pezones erectos que marcaban la tela.

Se me hizo la boca agua. Era una invitación al pecado, una tentación enorme y peligrosa que fácilmente podría hacerme perder la cabeza. Aunque ya no me atraía, Lauren era una mujer hermosa a la que era difícil pasar por alto.

Bajé las mancuernas y me volví hacia ella.

— No deberías estar aquí. — Mi voz tenía un tono pesado y frío.

— Oí un ruido, me picó la curiosidad y vine a ver quién era.

— Podría ser un soldado.

— Los soldados no usan el gimnasio en casa. Es solo para nosotros.

— Pero no deberías andar por ahí así.

— ¿Así cómo? — Se puso las manos en la cintura e hinchó el pecho, resaltando aún más sus pechos erguidos.

— Vestida así, con un jersey.

— Estoy vestida.

— No correctamente.

— Es la ropa que nos ponemos para dormir.

— Entonces, deberías estar en la cama.

— ¿Ya no puedo caminar en mi propia casa?

— Los soldados...

— Están en el exterior, Logan. Y me acompañan en todo lo que hago, incluso en las

compras de ropa, y creo que uno de ellos puede incluso haberme visto desnuda.

— No digas eso. — Cuando me di cuenta de que mi voz había cambiado, ya había salido.

Debería haber girado la cara y fingido que no la miraba, pero no podía, su cuerpo me hipnotizaba. Lauren ya no era la niña que solía perseguirnos a Lucian y a mí por toda la casa. Se había convertido en una mujer, una mujer hermosa y muy atractiva.

— Debes estar ansioso por librarte de mí.

— ¿A qué te refieres?

— Que me voy a Los Ángeles.

— Tu afirmación no tiene sentido.

— Sí tiene sentido, Logan. — Ella dio un paso hacia el gimnasio y yo otros dos hacia atrás, sobresaltándome cuando mi espalda chocó contra la pared de espejos.

— ¿Qué quieres decir, Lauren? — Me recompuse.

— Somos primos, deberíamos estar unidos, pero tú eres más extraño, más distante y frío conmigo que los otros soldados.

— Actúo normalmente.

— ¿Lo haces?

— Vete a dormir, Lauren. Ya es hora de estar en la cama.

— Ya no soy una niña a la que le dices que se duerma.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos durante unos segundos, intentando recuperar la

racionalidad para afrontar la situación. Quería que saliera de allí lo antes posible, al tiempo que deseaba estrecharla entre mis brazos y explorar lo que había bajo su camisa.

— Si tú no vas, voy yo. Es hora. Hay asuntos importantes que deben resolverse mañana.

Recogí las mancuernas del suelo y las coloqué en el atril antes de dirigirme a la puerta. Pasé junto a ella y nuestros hombros se tocaron. Imagino que la había empapado con mi sudor, pero Lauren no se quejó ni hizo ninguna mueca.

Di unos pasos más por el pasillo hasta que un impulso me hizo girarme y ver que me estaba mirando fijamente. Lauren no dijo ni una palabra más, se limitó a mirarme, firme y decidida.

— Buenas noches —dijo cuando me alejé lo suficiente.

— Buenas noches —susurré con voz inaudible.

Me fui directamente a mi habitación con la imagen de ella en camisón aún en mi mente. Cerré la puerta con llave mientras jadeaba como si hubiera corrido una maratón. Inspiré y espiré varias veces en un intento de normalizar mi respiración, cosa que no ocurrió.

Me quité la camiseta sudada que llevaba puesta y la tiré al suelo, hice lo mismo con mi bermuda y mi ropa interior. Luego los recogí y los puse en el cesto para lavarlos.

Me metí bajo la ducha, esperando que un baño frío fuera todo lo que necesitaba para normalizar mi mente y mis deseos. Lauren era mucho más joven que yo, aunque su futuro marido tenía una diferencia de edad aún mayor. Era la hija de mi tío, el hombre que me había criado desde pequeño. Hermana de mi jefe y mejor amiga, además del sentimiento de hermanos que cultivábamos el uno por el otro. Yo también debería haberla visto como una hermana pequeña, a la que cuidar y proteger, pero mi mente se llenó de imágenes de ella en camisón, como la había visto momentos antes, y también fantaseé con ella sin ropa. Sus pezones erectos, probablemente rosados por el color claro de su piel, sus pechos de tamaño moderado, sus...

— ¡Ah! —rugí, golpeando el azulejo blanco del cuarto de baño, sintiendo que me dolían los dedos de toda la fuerza que había puesto en el golpe.

Si le decía a Lucian que estaba pensando en una mujer desnuda, me diría que necesitaba tener sexo. Si le decía que era su hermana, probablemente él mismo me arrancaría los testículos y de la forma más cruel que se le ocurriera.

Me sentía mal por ello, no estaba bien, aunque mi angustia no era por ser una mujer a punto de casarse con otro hombre. La vi nacer, crecer y convertirse en mujer ante mis ojos, provocándome deseos que no debía tener.

Necesitaba otra mujer, otra distracción, cualquier cosa. No me importaba mucho la fe y el pecado. Estaba seguro de que no había lugar para mí en el cielo después de todo lo que había hecho en la mafia. Sin embargo, desear a Lauren parecía el peor pecado de todos.

Saqué la cabeza del chorro de agua para no tener que cerrar los ojos y pensar.

Miré hacia abajo y vi mi pene tan duro como siempre. Me la agarré por la base y ese fue mi mayor error. Mi cuerpo lo deseaba desesperadamente y no podía luchar contra ello. Mi consuelo era que si lo hacía, cualquier deseo temerario e inmoral que pudiera tener se desataría.

Empecé a mover la mano, recorriendo mi pene desde la base hasta la punta. Mi segundo error fue cerrar los ojos, porque en cuanto lo hice, mi mente se llenó de imágenes. Aquella camiseta disolviéndose ante mi tacto, desgarrándose con el peso y la presión de mis manos. Mi boca hambrienta tomando la suya mientras tiraba de ella hacia mi regazo.

Lauren tenía que permanecer virgen para su boda con el ruso, pero yo me imaginaba metiéndosela con facilidad, como si ya lo hubiéramos hecho antes. Sus ojos azules, tan profundos como el océano, se entornaron mientras la hacía rebotar en mi regazo.

Me mordí el labio para no gemir mientras movía la mano arriba y abajo con más rapidez. Aumenté la presión y el ritmo, hasta que me invadió una oleada de placer y mi semen fluyó por el desagüe.

Volví a golpear la pared con las manos, sintiéndome muy enfadado conmigo mismo. Tenía que evitar a toda costa que aquella situación se repitiera. Me sentía muy culpable por haber cultivado cualquier deseo hacia ella. Lo consideraba una traición a la mafia, a mi tío que me había criado y a mi primo, que confiaba en mí y me veía como su mano derecha.

Si Lucian supiera que me estaba masturbando pensando en su hermanita desnuda, seguro que me mandaría a decapitar.

Rugí, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros.



LAUREN

Capítulo seis

Por la mañana me di la vuelta en la cama y me tumbé boca abajo. Me quedé mirando el techo blanco de mi dormitorio, mi trocito de la mansión Lansky que pronto me vería obligada a abandonar. Normalmente me gustaban mis cumpleaños, recibir regalos y celebrar fiestas, pero desde mi compromiso con el ruso, esta fecha se había convertido en un cronómetro, la cuenta atrás hacia un final que me aterrorizaba.

Sabía que los matrimonios arreglados eran habituales en la mafia, las alianzas se habían hecho así desde tiempos remotos. Sabía cuál era mi papel y que tenía que cumplirlo, pero no podía evitar el dolor en el pecho y el temblor de mis piernas.

Los rusos no eran italianos...

Había oído que los rusos no veían a las mujeres como algo que hubiera que cuidar y proteger a toda costa. No tenían la moral y las normas que mi familia apreciaba. Esperaba que solo fueran rumores. Tal vez me habría asustado menos si me hubieran prometido a un italiano, o tal vez fuera solo mi pavor al ver amenazas por todas partes.

Oí que llamaban a la puerta y me senté en el colchón antes de que se abriera. Esbocé una sonrisa falsa cuando vi entrar a mi hermano con una torta en la mano, a Steven con un sombrero de papel y confeti, y más atrás a Fernanda, que llevaba una bolsa de la tienda, que supuse que era mi regalo.

— Feliz cumpleaños, hermana.

— Gracias. — Me incliné hacia delante y apagué la vela.

— Felicidades, tía. — Steven se subió a la cama y me abrazó.

— Gracias. — Lo apreté contra mí, pensando en lo mucho que echaría de menos a ese

chico cuando me mudara de la mansión.

— Le pedí a Abigail que hiciera una torta. Un cumpleaños tiene que tener una torta.

— Piensas en todo. — Le pellizqué la naricita y se rió.

— ¡Acércate, Nanda! — Hizo un gesto a la mujer de mi hermano para que se acercara.

— Feliz cumpleaños, Lauren. — Se agachó y me dio un beso en la mejilla y un abrazo antes de entregarme el regalo.

— Gracias.

— Espero que lo disfrutes.

Asentí, abrí la bolsa y vi dentro ropa y joyas que encajaban con mi estilo.

— Me ha encantado.

— Que tu día sea increíble. — Lucian me sonrió.

Me limité a mover la cabeza afirmativamente, manteniendo la postura, ocultando mis miedos y frustraciones tras una sonrisa. Le había dicho a Fernanda que teníamos que tener un bando claro y ese siempre sería el de mi hermano, incluso si eso significaba sacrificar cosas valiosas.

Miré a mi alrededor y a lo largo del pasillo, pero no vi a mi primo. Debería haberme guardado esa pregunta para mí, pero acabé dejándola escapar.

— ¿Dónde está Logan?

— Fue a ocuparse de unos asuntos —respondió Lucian, sin que pareciera importarle el verdadero motivo de mi pregunta.

— ¡Ah! — Seguí sonriendo, haciendo lo posible por fingir que su ausencia no me molestaba.

— Yo también tengo que irme. — Mi hermano me dio la espalda.

— ¡Lucian! — Lo llamé y se volvió hacia mí.

— ¿Qué ocurre?

— Tenía muchas ganas de salir hoy. Es mi cumpleaños y me caso a finales de mes. No sé cómo será cuando viva con ellos.

— ¿Salir?

— Quiero ir a uno de los clubes nocturnos.

— No es un lugar para ti, Lauren.

— Solo quiere bailar y divertirse, Lucian. — Fernanda tocó el hombro de su marido, intercediendo por mí. — Es su vigésimo primer cumpleaños. Ahora puede beber.

— Tenemos nuestra cena con el gobernador hoy, no puedo posponerla.

— Lo sé, pero Logan puede cuidar de ella.

— Los japoneses...

— Cierra la zona VIP de uno de los clubes y deja que los soldados rodeen el lugar. Seguro que Logan puede garantizar su seguridad mientras escuchamos a la primera dama del Estado hablar de jardinería.

— De acuerdo. — Lucian acabó aceptando los argumentos de su mujer.

No tenía ni idea de por qué Fernanda había intercedido por mí, pero su actitud le había

hecho ganar varios puntos conmigo.

— Gracias. —le murmuré a ella.

— Diviértete. — Me guiñó un ojo.

— Hablaré con Logan cuando vuelva.

— Gracias, hermano.

— Pero compórtate. — Se inclinó para darme otro beso en la coronilla.

— No hay problema.

Lucian salió de la habitación y Fernanda le siguió, dejándome con mi sobrino, que metió el dedo en la tarta, manchándose de glaseado.

— ¡Steven!

— Está deliciosa, tía.

— ¡Pequeño pesado! — Lo atraje hacia mí y empecé a hacerle cosquillas.

— ¡Basta, tía!

— Ladrón de pasteles.

— Oh, no te vas a comer todo eso tú sola.

Seguí riendo mientras lo apretaba. Cada vez estaba más segura de que echaría de menos a aquel niño cuando me mudara.

— ¿Tía?

— ¿Sí, Steven?

— ¿Puedo ir yo también?

— ¿Ir a dónde?

— A tu fiesta. — Ladeó la cabeza de una forma tan tierna que casi no pude resistirme.

— No puedes, Steven.

— ¿Por qué?

— Donde yo voy, solo se admiten adultos.

— Voy a ser adulto pronto.

— Seguro que sí lo serás.

— ¿Entonces, puedo ir?

— Sí. — Besé la parte superior de su cabeza. — Cuando seas mayor.

— ¿Ya eres adulta?

— Sí, eso parece. — Contuve la respiración para soltarla de una vez.

Aunque ya había ido a clubes antes, esta vez sería diferente, no porque estuviera legalmente autorizada a beber, sino por las consecuencias que la edad tendría sobre mí.



LOGAN

Capítulo siete

Salí del coche después de entregar unas mercancías en Queens. Los soldados se quedaron en el garaje y yo entré en casa. Era un día especialmente caluroso y sentía el cuerpo pesado. Necesitaba una ducha. Culpé al trabajo de mi agotamiento, aunque sabía muy bien que la mafia no tenía la culpa de mis noches en vela y mi fatiga mental.

Subí las escaleras hacia mi habitación y me detuve a mitad de camino cuando mi primo me llamó desde su despacho.

— Logan.

— Hola, Lucian. — Me acerqué a su puerta.

— Pasa.

— ¿Ha ocurrido algo? — Alterné la mirada entre el jefe y la federal que estaba a su lado. Ambos me observaban y no dejaba de pensar en las posibles razones por las que me habían convocado allí.

— Necesito que cuides de Lauren esta noche.

— ¿Cuidar de ella? — Abrí los ojos, sin comprender inmediatamente la posible razón.

— Hoy es su cumpleaños, por si lo has olvidado.

Nunca lo olvidaría...

— Lauren me pidió ir a uno de los clubes. Quiero que te lleves a una docena de hombres, cierres una zona VIP y te asegures de que no le pasará nada a mi hermana.

— ¿Club nocturno?

— Sí.

— Yo la cuidaré.

— Sabía que podía contar contigo. — Lucian me sonrió.

Moví la cabeza afirmativamente.

— Voy a ver si Lauren me necesita para algo —dijo Fernanda mientras se apartaba de mi primo y caminaba hacia mí para pasar a través de la puerta.

— De acuerdo —aceptó Lucian.

— Y el lobo cuidará del gallinero —me susurró al pasar junto a mí, pero no pude asimilarlo hasta que ella ya estaba en el pasillo.

Con mi primo mirándome fijamente, no me quedaba espacio para cuestionar lo que había dicho o lo que quería decir con ello. ¿Había subestimado a Fernanda y ella sabía más de lo que imaginaba? Si ella lo sabía, Lucian también lo sabría, y no actuaría cordialmente conmigo.

— ¿Estás bien, Logan? —preguntó mi primo.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

— ¿A qué hora quiere ir Lauren?

— Después de las 8 de la noche, supongo. Resuelve esos detalles con ella.

— No hay problema.

— ¿Ha ido todo como se esperaba en Queens?

— Sí, ya han recibido la mercancía y mañana saldrán a la calle.

— Estupendo.

— ¿Eso es todo? Quiero ducharme.

— Adelante. — Señaló la puerta.

Asentí y salí del despacho de mi primo, pero antes de alcanzar mi objetivo en el pasillo, me topé con la habitación de mi prima. Lauren estaba sentada en su cama, con la cara embadurnada de torta y sonriendo a su sobrino embadurnado de crema, que agitaba las manos hacia Fernanda, invitándola a unirse a la fiesta.

Me acerqué y apoyé la mano en el marco de la puerta.

— ¡Tío Logan! — Steven fue el primero en fijarse en mí.

— Lo... Logan —tartamudeó Lauren cuando sus ojos azules se encontraron con la vasta extensión negra de los míos.

— Feliz cumpleaños —le dije con mi habitual tono frío y comedido. Creía que actuar así con ella era lo mejor para los dos y me mantuve a una distancia prudencial para no cometer ninguna imprudencia.

— Gracias.

— ¿Quieres pastel, tío? — Steven me lo ofreció.

— No.

— ¡Está delicioso!

— No quiero.

— No le insistas, Steven. — Lauren acarició el hombro de su sobrino. — A Logan le gustan las cosas amargas, como es él.

— Me da igual. — Me encogí de hombros, fingiendo que su forma de hablar o actuar no me afectaba. — Tu hermano me dijo que hoy querías ir a uno de los clubes.

— Para celebrar mi cumpleaños. — Sonrió de una forma que iluminó toda su cara y la hizo aún más hermosa.

— Quedarse en casa es más seguro.

— Para eso estarás allí. Para garantizar mi seguridad.

— Ser niñero no es uno de los trabajos que me asigna tu hermano que más disfruto.

— Menos mal que no tengo edad para necesitar una niñera. — Su postura firme y segura dejaba claro que por sus venas corría la sangre de mi tío.

— ¿A qué hora quieres ir? — Cambié de tema, al darme cuenta de que había perdido el hilo de la conversación.

— ¿Te parece bien a las nueve?

— Sí. ¿Puedo elegir el club?

— Puedes, siempre que no sea aburrido.

Puse los ojos en blanco.

— Haré lo que pueda.

— De acuerdo.

La miré una vez más antes de salir por la puerta del dormitorio.

Por mucho que odiara la idea de verla casada con otro hombre, mi ruina sería también mi bendición, porque sin ella cerca no quedaría nada a lo que resistirse.



LAUREN

Capítulo ocho

Me detuve frente al espejo y vi mi reflejo. Mi pelo rubio caía en ondas perfectas alrededor de mi cara, con los pómulos ligeramente enrojecidos por el maquillaje y la boca rosada. Mis ojos azules se veían resaltados por las pestañas alargadas, que parecían tener un brillo más intenso.

Envuelta en un ajustado vestido negro, me sentía linda y atractiva, pero no era precisamente mi propio autoelogio lo que buscaba aquella noche.

Me pasé la mano por el pelo, asegurándome de que todo estaba en su sitio.

Oí que llamaban a la puerta y me volví al ver entrar a mi cuñada. Llevaba un precioso vestido verde claro y ya se le notaba la barriga en la figura, acentuando el niño que estaba por venir.

— ¿Necesitas ayuda?

— Quizá para ponerme este collar. — Recogí la joya del tocador y se la entregué.

Fernanda se acercó por detrás y me colocó la joya alrededor del cuello.

— Es precioso.

— Gracias.

— Entiendo que lo hacen todo por la mafia, Lauren, que sabes muy bien lo que cuesta y los sacrificios. Sin embargo, he vivido lo suficiente como para saber lo terrible que es estar atascado con alguien que no es la mejor opción.

— ¿Qué dices? — Me volví hacia ella y me alejé unos pasos.

— Solo que observo cosas que tal vez tu hermano ignora.

— No tienes que observar nada.

— No soy tu enemiga, Lauren.

— Puede que no, pero acabas de entrar en la familia y no sabes lo que es formar parte de la mafia toda la vida.

— Tienes razón. Estoy aprendiendo.

— Gracias por ayudarme con el collar. — Me llevé la mano al cuello mientras la miraba fijamente.

— Por nada. Que tengas buenas noches.

— Tú también.

Fernanda salió de la habitación y me dejó reflexionando sobre sus palabras. Ella sabía algo, pero yo no sabía exactamente qué. Probablemente se imaginaba que yo no debería estar deseando que llegara mi boda. Era imposible que supiera lo que sentía por Logan, porque nadie lo sabía.

Me miré en el espejo una vez más y bajé las escaleras hasta el salón. En cuanto pisé el primer escalón, vi a Logan sentado en uno de los sofás, con jeans y un polo negro. Su pelo oscuro parecía ligeramente mojado y un escalofrío me recorrió cuando nuestras miradas se encontraron.

— Hola...

— ¿Preparada?

Asentí con la cabeza.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, esperando a que me uniera a él. Terminé de cubrir la distancia que nos separaba y me detuve a su lado.

— Estás bonita.

— Gracias. — Esbocé una discreta sonrisa, pero aquel era sin duda el cumplido que más me hacía ilusión recibir aquella noche.

— ¿Vamos?

Logan me abrió paso y yo le seguí hasta el garaje, donde nos esperaba uno de los vehículos blindados. Subimos a una camioneta negra, Logan sentado a mi lado, dos soldados delante y el resto siguiéndonos en una furgoneta detrás.

Sabía muy bien que toda esa seguridad era necesaria, aunque no me gustara.

Estuvimos en completo silencio todo el camino hasta el club. Logan no me dijo ni una palabra, normalmente no hablaba nada, pero yo tampoco intenté entablar conversación. No sabía qué decir, o en el fondo estaba asustada y tenía un escalofrío en el estómago. Después de todo, era la primera vez que íbamos juntos a un club sin mi hermano cerca.

Incluso uno al lado del otro, era como si hubiera un enorme abismo entre nosotros.

El coche estaba aparcado en la parte trasera del club, en un callejón que se podía controlar. Todos los soldados bajaron primero, creando un túnel seguro para que yo entrara en el establecimiento. Logan iba delante de mí, asegurándose de que no hubiera peligro, casi como en una misión de guerra.

— ¿De verdad necesitas hacer todo esto?

— Tu hermano me matará si te pasa algo.

— ¿Así que siempre se trata de él?

— Es por la mafia.

— Por supuesto, siempre por ella. — Le dediqué una sonrisa forzada.

Intenté no enfadarme por lo que dijo. Logan no estaba apegado a nada. No podía recordar si alguna vez se aferró a alguien. Siempre fue la mafia, todo para ellos. Mi padre no podría haber creado un mejor *consigliere* para mi hermano.

— Por aquí. — Nos hizo un gesto para que le siguiéramos hasta que finalmente salimos a la pista de baile, donde la gente se agrupaba bailando al ritmo de la música.

No me hacía ilusiones de que me dejaran allí, en medio del público, moviéndome y rozándome con desconocidos. Logan y los guardias de seguridad me escoltaron hasta una de las entreplantas, que estaba completamente vacía y fue ocupada por nosotros. Los soldados se situaron en la entrada, y a través de una cristalera pude ver la pista de baile que había debajo. La música era lo único que subía por las escaleras y se mezclaba con nosotros.

— Ya puedes disfrutar de tu cumpleaños. — Se cruzó de brazos mientras me miraba fijamente.

— Por supuesto, gracias por su amabilidad —dije en tono burlón, que le entregué junto con mi expresión cerrada.

— ¿Qué pasa, Lauren? Estamos haciendo lo que pediste.

— No me quejo de nada.

— Tu cara dice otra cosa.

— ¿Por qué no bajas al bar y me traes una copa? Ya que quieres que me quede atrapada aquí arriba...

— Lauren...

— Me gustan las bebidas dulces.

— De acuerdo —resopló, pero finalmente asintió—. Te lo traeré.

— Gracias.

Logan se dio la vuelta y seguí su mirada mientras bajaba las escaleras y desaparecía entre la multitud.

Empecé a balancearme al ritmo de la música, pero bailar sola no era exactamente lo que tenía en mente, pero tendría que conformarme. Por suerte, allí había luces especiales, girando a mi alrededor, que diferían del ambiente de mi habitación.

Mi primo volvió sosteniendo una copa con una fresa en el borde y me la dio.

— Aquí está.

— Gracias. — Tomé el vaso de su mano y bebí unos sorbos, hasta que lo dejé sobre una de las mesitas redondas.

— Ven a bailar conmigo. — Tomé a Logan de la mano.

— ¿Cómo?

— Baila, Logan.

— No voy a bailar contigo.

— No he venido hasta aquí para bailar sola como una cucaracha tonta.

— Viniste aquí porque quisiste.

— Sí, para divertirme.

— Lauren...

— ¿Me vas a decir que el fiel escudero de mi hermano no sabe bailar ni divertirse? ¿Solo es un pesado con todos y con todo?

— Hago mi trabajo. — Mantuvo la postura firme de quien no parece ceder ante mis argumentos.

— De vez en cuando se puede combinar trabajo y placer. — Dejé que esa frase saliera de mi boca sin darme cuenta de cómo podía sonar. Era posible que los sorbos de alcohol que había tomado hubieran ido demasiado lejos y demasiado rápido.

Logan negó con la cabeza y yo seguí llamándole. Finalmente, cedió y se detuvo frente a mí.

Empecé a bailar delante de él, moviéndome, balanceándome y contoneándome, pero el hombre no hacía más que mirarme.

— Muévete.

— No voy a hacer eso.

— Ni siquiera es tan difícil. — Puse mis manos a los lados de su cintura y le hice moverse de lado a lado.

Levanté la cabeza, echándome el pelo hacia atrás, y mis ojos se encontraron con los suyos. Sentí un profundo escalofrío que me aceleró el corazón.

— Lauren, estoy aquí para cuidarte.

— Puedes seguir haciéndolo mientras bailas. — Empujé un poco más fuerte su cintura, intentando que se moviera, pero Logan era lo bastante fuerte como para no moverse.

Me dijo que no, pero seguí insistiendo hasta que dio unos pasos y se movió sin dejar de

mirarme.



LOGAN

Capítulo nueve

Imaginé que bailar con ella no sería una buena idea, no lo había planeado hasta que vi que Lauren no tenía intención de descansar hasta que cediera. Los soldados nos observaban, pero no se movían, como si fueran estatuas. Su trabajo consistía en velar por nuestra seguridad, no en hacer ningún comentario sobre lo que podría o no suceder.

— No eres tan duro después de todo. — Lauren insistía en que siguiera el ritmo de la música y me moviera con ella.

De lo que sin duda no tenía ni idea mi prima era del posible riesgo que toda esta cercanía podía suponer para ambos. Cuando me tomó las manos y se las puso alrededor de la cintura, me entraron sudores fríos, conteniendo el impulso de recorrerle todo el cuerpo, de sentir su suave piel, de aspirar su aroma con la nariz pegada a su cuello.

Se dio la vuelta, bailando de espaldas a mí, con su cuerpo rozándome, su pelo perfumado en mi cara y el bulto de su culo rozándome el pene. Era una tentación muy difícil de resistir.

— Es suficiente. — Retrocedí unos pasos. Quería que mi pene se ablandara lo antes posible, pero era muy probable que me traicionara.

— Aún no hemos empezado. — Torció los labios.

— Con eso me basta.

— Logan...

— Tóma tu copa.

— No hay necesidad de ser tan grosero.

— ¿Grosero? Podría estar haciendo cualquier otra cosa, pero estoy aquí para cumplir uno

de los caprichos de la princesa.

Tragó en seco y me dedicó una expresión de pocos amigos. Miró la copa con furia y tuve la sensación de que estaba considerando tirármela a la cara, pero no lo hizo.

Como deseaba moverme con ella, más que bailar. Quería que mis manos recorrieran su cuerpo, redibujando sus curvas mientras la atraía hacia mí, la besaba y... sacudí la cabeza, intentando disipar los más que inadecuados pensamientos sobre una mujer que no debería tener.

— Tienes razón —refunfuñó Lauren.

— ¿Razón sobre qué?

— No debería estar aquí. Vámonos.

— ¿Segura?

— ¿Crees que debería quedarme? —preguntó, poniéndome contra la pared.

— Solo sé que tu hermano me hará pasar un mal rato si no hago lo que tú quieres.

Apretó los dientes y resopló. Estaba segura de que mi discurso solo había empeorado las cosas y la había enfadado aún más conmigo. No quería tener a Lauren como enemiga, pero era más fácil así que confesarle mis sentimientos.

— Ya nos vamos, Logan. — Pasó de largo, chocó conmigo y se marchó.

Yo la seguí y el resto de los hombres también. Había conseguido acabar con su velada antes incluso de que empezara.



LAUREN

Capítulo diez

Me tiré en la cama, todavía con el vestido puesto y sin desmaquillarme, y las lágrimas que había intentado controlar desde que salimos de la discoteca cayeron con toda su fuerza y me cubrieron toda la cara.

Sabía que Logan no era el hombre para mí, que estaba prometida a alguien que me daba miedo y que tendría un futuro incierto. Sin embargo, esperaba que al menos esa noche divertirme un poco, disfrutar el momento y de los últimos días que me quedaban como Lansky.

Sin embargo, mi primo no solo había dejado claro que se mantendría alejado de mí, sino que me había estropeado por completo la *onda.* Por suerte, Lucian y Fernanda aún no habían vuelto de cenar con el gobernador y no tendría que dar explicaciones.

Oí que llamaban a la puerta y me giré en la dirección del ruido para encontrarme a Logan en la puerta de mi habitación.

— ¿Estás llorando?

Dije que no, secándome los ojos en la almohada y untándomelos de rímel.

— No es lo que parece.

— Hablando de parecer —me senté en la cama con un poco más de furia—, ¿eres tan idiota por naturaleza o es que te esfuerzas demasiado por serlo?

— Lauren, fue por tu propio bien.

— Dios mío. — Me eché a reír. — Solo te pedí que bailaras conmigo.

— No debería haberlo hecho.

— ¿Por qué no? — Me levanté y di un paso hacia él hinchando el pecho.

— Los hombres comentarían...

— No se les paga por comentar nada.

— No es tan sencillo.

— ¿Qué no es sencillo? — Me acerqué, tanto como no debía, hasta quedar a escasos centímetros de Logan.

Le miré fijamente y él me devolvió la mirada, nuestros ojos se clavaron el uno en el otro durante unos instantes.

— Estoy aquí para protegerte.

— No por mucho tiempo.

— Lo siento, pero Ivan será un buen marido y satisfará todas tus necesidades.

— Eso no se puede garantizar.

— Tienes razón, no puedo.

— Me alegro de que lo admitas. — Me agarré al marco de la puerta, acercando mi mano a la suya y Logan la miró antes de volverse hacia mí.

— Tendrás un matrimonio feliz.

— ¡Basta de promesas vacías!

— Sabes lo importante que es este matrimonio para todos nosotros. Sin él, la mafia...

— Ya está. — Agarré el cuello de su camisa, retorciéndolo con frustración. — Sé mejor

que nadie que esta boda es importante, porque si no lo fuera, yo desde luego no me casaría.

— Lauren...

Miré mi mano en el cuello de su camisa y luego su cara. Estábamos tan cerca que tuve la ilusión de que podíamos besarnos. Quería que me besara...

Mi amor platónico por mi primo se hacía aún más intenso a medida que se acercaba una boda de la que no podía escapar.

— Creo que será mejor que te vayas a dormir. — Puso su mano sobre la mía, intentando apartarla para que la soltara.

— Mi cumpleaños aún no ha terminado.

— Pensé que ya habías hecho todo lo que querías.

— No lo hice.

Sin duda, mataría y moriría por mi hermano, también lo haría por Logan, pero por el resto... Quizá era la tristeza y la frustración hablando más alto, la gente enfadada hace estupideces, o simplemente necesitaba hacerlo antes de que me condenaran a una vida en Los Ángeles.

Me puse de puntillas y acerqué mi boca a la de Logan. Él abrió mucho los ojos, completamente sorprendido, pero cuando introduje mi lengua en su boca, cedió. Nunca había tenido sexo con nadie, necesitaba mantenerme intacta hasta que algún mafioso tuviera derecho a tenerme, pero había besado a unos cuantos chicos en la escuela y sabía cómo hacerlo.

Cuando mi lengua se encontró con la suya, sentí una serie de pequeños cohetes recorriendo mi cuerpo y unos cuantos escalofríos.

Logan me puso las manos en la cintura y pensé que iba a apartarme, pero en lugar de eso me empujó hacia la habitación y me apretó contra la pared. Dejé escapar un suspiro contra sus

labios cuando sus manos, que me habían estado presionando, viajaron por el costado de mi cuerpo y me rodearon los pechos, protegidos únicamente por el relleno de mi vestido.

Giré la cabeza, buscando el encaje perfecto entre mi boca y la suya, haciendo que el beso fuera aún mejor de lo que había imaginado. Un enorme calor comenzó a subir, creciendo hasta apoderarse de todo mi cuerpo. El beso de Logan era mucho más intenso de lo que había fantaseado durante todos estos años. Sabía que estaba actuando por impulso, pero a medida que me besaba, su lengua hundiéndose en mi boca de una forma deliciosa, más pensaba que debería haberlo besado antes.

Oímos un ruido seguido de una voz.

— ¿De verdad se cree graciosa? — La voz de Fernanda resonó en el pasillo.

Logan me soltó y, antes de que me diera cuenta, salió de la habitación. Asomé la cabeza y le vi cerrar la puerta de su habitación antes de que mi hermano y mi cuñada aparecieran por el pasillo.

— Lauren.

— Hola, Lucian —dije torpemente, mientras intentaba recuperarme del estallido que me había dejado completamente enredada.

— ¿Ya has vuelto?

— Sí.

— ¿Te divirtiste?

— Me divertí. — Sacudí la cabeza, frotándome la cara y fingiendo sueño para disimular mi maquillaje emborronado.

— Me alegro.

— Gracias por dejarme ir.

Se acercó a mí, me besó en la coronilla y sonrió.

— Te quiero, hermana.

— Yo también te quiero, Lucian.

— Ahora vete a descansar. — Me esquivó y agarró a su mujer por la cintura, llevándola a su dormitorio.

En cuanto se encerraron, no tardé en reconocer los sonidos. Puede que nunca lo hubiera hecho, pero sabía muy bien lo que era. Mi hermano amaba a su mujer. Eran felices, a pesar de todas las controversias para llegar a ese punto.

Yo, por otro lado, amaba a mi primo, pero eso no importaba. Juro que me esforzaba por cumplir mi papel y hacerlo lo mejor posible, pero en el fondo estaba desesperada. ¿Quién no lo estaría?



LOGAN

Capítulo once

Quería rugir, destrozar todos los muebles en un ataque de rabia, desesperación y pánico, pero lo único que pude hacer fue encerrarme en el baño y golpear los azulejos mientras desataba mi ira contra mí mismo.

Si Lucian no hubiera llegado, no quería ni pensar en lo que le habría hecho a Lauren, habría ido mucho más allá de lo que mi mente imaginaba cuando cerraba los ojos.

¿Por qué me besó?

Imaginé que Lauren no tenía ni idea del peligro real que corría al dar un paso tan estúpido. Seguramente lo había hecho solo porque estaba molesta conmigo, quería provocarme y enfadarme... y lo había conseguido.

Aquel beso me desequilibró y probablemente sería mucho más difícil resistirme de nuevo después de haber probado el sabor de su boca, la suavidad de su cuerpo. Quería probar mucho más que su lengua. Esto no hizo más que aumentar mi sentimiento de culpa.

Volví a golpear la baldosa cuando me di cuenta de que mi pene estaba duro.

— Ella no, Logan... —me dije con la esperanza de que decirlo en voz alta bastara para que lo aceptara.

Quería sacudirme desde dentro, golpearme hasta desmayarme. Quería castigarme tanto como deseaba tumbarla en la cama y cubrir su cuerpo angelical con el mío.

— ¡Logan! — Oí que Lucian llamaba a la puerta y resoplé.

Ese era el peor momento para enfrentarme a mi primo. ¿Cómo podía mirarle y fingir que no había pasado nada? ¿Que no había besado a su hermana y recorrido sus manos?

— ¡Logan!

— Ya voy. — Salí del baño, chasqueando los dedos doloridos de chocar con los azulejos.

Abrí la puerta y lo vi, vestido solo con pantalones cortos, ya desvestido y con aspecto de haber dormido bien, aunque no había dormido nada.

— ¿No deberías estar en la cama con tu mujer?

— Ya voy a volver allí. Quería saber cómo te fue con Lauren.

— ¿Con Lauren? — Tragué saliva y me pregunté si mi primo me habría visto huir de la habitación de su hermana.

— En el club nocturno.

— ¿Qué pudo pasar en la discoteca?

Bailamos. Y si no hubiera tenido una pizca de sentido común, la habría tirado en una de aquellas mesas y la habría hecho mía delante de los hombres.

— ¿Ha ido todo bien?

— No nos atacaron.

— Muy bien. — Lucian esbozó una sonrisa, sin darse cuenta de que los verdaderos problemas eran internos. — Que pases buena noche, primo. — Me dio una palmada en el hombro y se marchó. — Mañana nos reuniremos para volver a hablar de los japoneses.

— Trato hecho. — Apenas esperé a que Lucian terminara de hablar antes de dar un portazo y volver a mi habitación.

Me tumbé en el colchón y miré hacia arriba. Intenté mantener los ojos abiertos, porque

cada vez que se me ponían pesadas las pupilas, volvía a pensar en Lauren, saboreaba su boca y quería volver a besarla.

Ya estaba seguro de que me pudriría en el infierno con mi colección de crímenes, pero este me parecía el peor de todos.



LAUREN

Capítulo doce

Una parte de mí esperaba que él entrara en mi habitación al amanecer, volviera a besarme con todo aquel fervor y me dijera que yo sería suya y de nadie más. Aquel sueño tonto y las esperanzas vacías se desvanecieron a la mañana siguiente, cuando una criada llamó a la puerta para despertarme y anunciarme que venía la encargada del catering para concretar los detalles de mi boda, que tendría lugar en Nueva York y sería pagada íntegramente por mi hermano, que lo había ofrecido como parte del trato.

La gran fiesta iba a ser increíble, con mucha comida, bebida, baile y elegancia, una boda digna de la princesa que yo era. Debería estar emocionada, porque iba a convertirme en una reina, igual que Fernanda, casada con un jefe. Con suerte, Ivan me permitiría acompañarle en las misiones, podría involucrarme en los asuntos, tomar decisiones y sentirme útil.

Eran paliativos para poder afrontar el miedo, la aflicción y el temor.

— ¿Señorita? — La criada volvió a llamar a la puerta.

— ¡Ya voy!

Me levanté de la cama, estiré las piernas y me arrastré hasta el baño. Tenía el cuerpo dolorido y pesado. Había dormido mal, si es que había dormido.

Me preparé, me recogí el pelo en una coleta y salí de la habitación. Miré hacia la puerta de Logan, que estaba cerrada. Dudaba mucho que aún estuviera dormido. Siempre era el primero en levantarse para ir a trabajar.

Me pasé la mano por la boca, saboreando su beso. Probablemente era lo más estúpido que había hecho nunca, pero no me arrepentía; al contrario, quería más.

Cerré los ojos y me sumergí en aquel recuerdo durante unos minutos hasta que por fin

me armé de valor para bajar los escalones y enfrentarme a mi yo del futuro en el salón.

Sólo esperaba ver a una organizadora de eventos con carpetas y revistas, pero me sobresalté aún más cuando vi a Iván sentado junto a la mujer, con algunos de los secuaces de pie detrás de él. Desde un sillón, mi hermano parecía estar observándolo todo.

— Iv... Ivan. ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Es esa la forma de hablarle a tu futuro marido? — Fue grosero conmigo.

— Lauren. — Lucian me regañó.

— Perdón. — Intenté dedicarle mi mejor sonrisa, por falsa que fuera. — No sabía que ibas a venir. Debería haber estado preparada para darte la bienvenida.

— Estás preciosa así.

— Ah, gracias.

— ¿Por qué no vienes y te sientas a mi lado? — Tocó en el espacio libre del sofá y se me revolvió el estómago ante la perspectiva. Tenía que controlar mejor ese miedo, ese temor, si quería sobrevivir a esa boda.

— Sí. — Me esforcé por mantener mi sonrisa y me acerqué a él.

El hombre me rodeó con el brazo, me puso la mano en el muslo y tiró de mí, ajeno a la presencia de mi hermano y de los demás presentes.

— ¿Fue ayer tu cumpleaños?

— Sí.

— Estaba ocupándome de otros asuntos y lamentablemente no pude acudir.

— Es una pena.

— Estoy seguro de que me hubieses querido más cerca.

Asentí.

— No tendremos más problemas con esto, ya que pasarás todos tus próximos cumpleaños a mi lado.

— ¡Así es! — Le sonreí como un niño ante un regalo, mientras por dentro estaba a punto de derrumbarme.

— Ven aquí. — Me tomó de la cara y me besó.

No sentí el calor, las campanillas ni la lujuria que había experimentado cuando era la lengua de Logan la que estaba dentro de mi boca. El beso de Iván tenía un sabor extraño, o era simplemente que no lo deseaba.

Mi hermano resopló, pero el hombre no se apartó, solo cuando se quedó sin aire, pero su mano permaneció en mi muslo.

— No puedo esperar para llevarte a casa, muñeca.

— Yo tampoco. — Decirlo en voz alta era mucho más difícil de lo que parecía.

— Resolvamos los detalles de esta boda.

— Sí.

— Quiero una gran fiesta. — Se volvió hacia mi hermano.

— Como prometí. — Lucian confirmó con la cabeza.

— La señorita Lansky ya había elegido la siguiente decoración. — La organizadora se le

acercó y le mostró algunas fotos.

— Servirá. ¿Y el pastel?

— ¿Pastel, señor?

— Sí. Quiero hacer una degustación de pasteles hoy.

— Ah, tengo que comprobar...

— Hazlo. —ordenó mi hermano a la mujer, que frunció el ceño pero asintió.

— Por la noche, ¿está bien?

— ¿Qué hay que hacer, verdad? —resopló el ruso, no contento al cien por cien, pero al final asintió.

— Lauren, ¿por qué no le pides a Abigail que prepare el almuerzo especialmente para el invitado que tenemos hoy?

— Por supuesto. — Me alegré y agradecí la excusa que me dio mi hermano para poder salir de la habitación y librarme de la compañía de aquel hombre.

Empujé mi cuerpo hacia delante, dispuesta a levantarme, pero Iván me sujetó y me inmovilizó contra el sofá.

— Quédate aquí.

— Voy a hablar con la cocinera y vuelvo enseguida.

— Tu hermano puede ir en tu lugar.

Tragué saliva y esbocé una sonrisa falsa, pues me asustaba la posibilidad de quedarme a solas con él, aunque solo fuera unos segundos. En un mes sería inevitable, pero quería aplazar

ese momento todo lo posible.

— Deja ir a Lauren. — Lucian intervino a mi favor.

— Quiero que mi prometida se quede aquí conmigo más tiempo. — Iván me olisqueó el cuello y yo me esforcé aún más por no estremecerme.

Lucian me miró y pensé que iba a levantarse, dejándome a solas con ellos, pero en lugar de eso hizo una seña a uno de los soldados de la sala. El hombre se acercó, mi hermano le susurró algo al oído y se alejó, dirigiéndose a la cocina.

Agradecí mentalmente a mi hermano su sensatez al no alejarse de nosotros.

— Por fin llega la boda —dijo Iván—. Empezaba a pensar que estaba tardando demasiado.

— Todo a su tiempo, querido. — Lucian mantuvo su postura.

— No todo el mundo tiene ese tipo de paciencia. Tienes suerte, Lansky. No sé si esperaría tanto por una mujer si no fuera tan hermosa como tu hermana.

Me apretó más fuerte y suspiré como si me estuviera quedando sin aire, pero no en el buen sentido. Besar a Logan tampoco había servido de nada; al contrario, no había hecho más que desviar mi atención del hombre que pronto se convertiría en mi marido.

Hablando de Logan... Mis ojos se clavaron en él cuando el hombre entró en la habitación. Me mordí el labio inferior para evitar decir algo que pudiera complicarme delante de mi prometido, por mucho que quisiera deshacerme de él y correr hacia otra persona.

Cuando Logan me devolvió la mirada, sentí que el corazón me latía con más fuerza en el pecho y la sensación de que se detendría en cualquier momento.



LOGAN

Capítulo trece

Un bar de Queens había tenido problemas en mitad de la noche. Una pelea entre bandas había dejado cadáveres que habían llamado la atención de la policía y la nuestra. Yo había salido a arreglar el desaguisado y, por mucho que odiara el impacto que las peleas locales tenían en los negocios, me alegraba de haber encontrado una excusa para salir de la cama y dedicarme a lo que mejor sé hacer, ocuparme de los asuntos de la mafia.

A pesar de los contratiempos, planeé reunirme con mi primo e imaginé que sería un día más tranquilo, pero mis esperanzas se desvanecieron cuando entré en el salón y vi a Lauren y a su prometido sentados uno al lado del otro en uno de los sofás. El hombre, que parecía del tamaño de un oso, la estrechaba contra él con una mano en el muslo. Mentiría si dijera que la imagen no me causó malestar. La incomodidad me subió por el estómago e hizo que me ardiera la boca, pero tragué en seco, obligándola a bajar de nuevo.

— Logan... —Lauren susurró mi nombre y su voz grave me desconcertó aún más.

— ¡Hola, buenos días! — Miré a todos y esbocé una media sonrisa, como si las manos de aquel hombre sobre ella no me incomodaran.

— ¿Ha ido todo bien? —me preguntó Lucian.

— Problema resuelto.

— Estupendo.

— Logan, ¿verdad? — El prometido de Lauren me miró fijamente.

— Así es.

— Me alegro de volver a verte.

— Lo mismo digo —mentí, mientras me esforzaba por mantener la postura—. Tendremos que hablar más tarde. — Volví a dirigirme a mi primo, que parecía más un guardaespaldas en la habitación que el jefe.

— Bien, más tarde.

— De acuerdo. Si me permiten... — Miré a cada uno de ellos y Lauren fue la última.

No quería quedarme en la habitación viendo a ese tipo tocarla, así que preferí cualquier excusa que me permitiera escaparme.

Lucian asintió y el ruso hizo lo mismo, autorizándome a alejarme.

Subí las escaleras para concentrarme en otra cosa que no fuera lo que estaba pasando en la sala.

Pensé que podría fingir fácilmente que no me importaba, pero parecía que me equivocaba. En cuanto puse un pie en el pasillo de los dormitorios, vi a Fernanda salir de la habitación que compartía con mi primo y caminar hacia mí.

— ¡Hola, buenos días!

— Hola —respondí secamente.

— Parece que viste al prometido de Lauren abajo.

— ¿Por qué dices eso? — Me metí las manos en los bolsillos.

— Tu cara.

— ¿Qué aspecto tengo?

— ¿De verdad crees que nadie se da cuenta? — Soltó una carcajada que me enfureció aún más.

— No hay que darse cuenta de nada.

— ¿Ah, sí? — Se cruzó de brazos y siguió mirándome fijamente.

— No deberías meterte en asuntos que no te incumben.

— Ahora soy parte de esta familia, Logan, te guste o no. Si crees que eres el único observador en esta casa, estás muy equivocado.

— No sé qué quiere decir con eso.

— ¿Seguro?

— Sí. — Me mantuve firme. Pensara lo que pensara, no iba a darle ninguna información.

— ¿De verdad vas a dejar que se case sin hacer nada?

— Llevamos dos años esperando este acuerdo. Los rusos son aliados muy importantes. Creo que tú misma te has dado cuenta, pero si no es así, será mejor que investigues un poco más.

— No hablo de alianzas con rusos, sino de lo que sientes por Lauren.

— Es como una hermana para mí.

— ¿De verdad?

Me enfadé y apreté los dientes, sin entender qué pretendía con aquel interrogatorio sin fundamento. No sentía nada por Lauren. Al menos eso era lo que quería que todos creyeran.

— Deja de hacer insinuaciones. La vida aquí no funciona como en el FBI, Fernanda.

— Esto no es un interrogatorio, Logan.

— Entonces, ¿qué pretendes hacer? — Me crucé de brazos, manteniendo mi postura

inflexible.

— Ayudarte.

— ¿Ayudarme? — Me eché a reír como si hubiera oído un chiste. — Francamente, creo que estás muy equivocada.

— Tienes que hacer algo si no quieres que se vaya.

— Deja de hablar de temas que no conoces.

— Entonces, no digas que no te lo advertí. — Pasó a mi lado y se fue por el pasillo.

Por lo que dijo, era innegable que se había dado cuenta de que yo sentía algo por Lauren, pero si se lo hubiera dicho a Lucian, podría haberse enfrentado a mí, cosa que no ocurrió. Tenía que ser más discreto para que nadie más que ella sospechara. Me preocupaba que mis sentimientos nunca pudieran anteponerse a mi compromiso con la mafia y sospechaba que cualquiera de mis acciones podría poner en peligro a mi familia.

No iba a hacer nada porque nunca pondría mi voluntad por encima de los deseos de los demás. Mi papel como *consigliere* era actuar con sabiduría y no con emoción.



LAUREN

Capítulo catorce

— Tu aroma es agradable. — Iván me olisqueó el cuello durante el almuerzo y yo me encogí mientras intentaba no apartarme de él para no parecer grosera.

— Gracias. — Le sonreí y me metí un trozo de brócoli en la boca. Comérmelo me servía de excusa para no tener que responder a sus preguntas e interacciones incómodas todo el rato.

Cada vez me esforzaba más por no huir. En el fondo, ni siquiera sabía si Iván era un hombre que me interesaría en algún momento. La verdad era que no lo quería, incluso si fuera más joven y más guapo.

Mi corazón y mis ojos buscaban a alguien que no estaba en el comedor almorzando con nosotros. Logan parecía haber huido del almuerzo y yo ni siquiera sabía dónde estaba. Desde luego, parecía aún más dispuesto a evitarme después de que lo hubiera besado.

Abrí los ojos y luché por no saltar en la silla cuando sentí la pesada mano del ruso subir por mi muslo y sus dedos acercarse a mi ingle. Metí una mano debajo de la mesa y aparté la suya para que no tocara mis partes íntimas.

Me apartó la mano y volvió por donde había venido, dejándome avergonzada y aún más irritada.

Dejé de comer de golpe, crucé los cubiertos sobre el plato de loza blanca y me levanté, apartando la silla rápidamente antes de que el hombre siguiera con sus tocamientos inapropiados que me estaban incomodando.

— ¿Va todo bien? —me preguntó Fernanda.

— Todo va bien. — Intenté sonreír. — Solo necesito ir al baño.

— Está bien.

— Disculpenme. — Miré a todos antes de irme.

Fui al aseo de invitados del pasillo, no lejos del comedor, y me encerré. Me eché agua en la cara. Estaba desconcertada por la forma en que el hombre había intentado tocarme por debajo de la mesa.

— ¡Mantente fuerte, Lauren! —me repetí, recordando lo importante que era mi sacrificio para toda la familia.

No tardé en oír que llamaban a la puerta.

— ¿Quién es?

— Fernanda. Déjame entrar.

— Estoy orinando.

— No oigo nada.

— Dudo que tu oído sea tan bueno.

— ¡Lauren!

— Estoy bien.

— Déjame entrar. — Su voz insistente ya me estaba poniendo nerviosa.

— ¿Ya ni siquiera puedo ir al baño en paz? —refunfuñé, molesta por la cantidad de veces que llamaba a la puerta.

— Lauren, ¿te hizo algo?

— ¿Cómo? No.

— Lauren...

Abrí la puerta enseguida y Fernanda entró tambaleándose, casi cayendo encima de mí.

— ¿Podrías volver al comedor y dejarme usar el baño en paz? —dije en tono interrogativo.

— Intento ayudarte.

— No necesito tu ayuda. — Intenté cerrar la puerta de nuevo, pero Fernanda la sujetó, deteniéndome. No sabía si era la diferencia de edad o el entrenamiento que había recibido, pero era más fuerte que yo.

— Me ayudaste a decidirme, intento devolverte el favor.

— Si necesito ayuda con algo, te lo haré saber.

— Sé lo que era estar atrapada con un hombre que no era bueno para mí.

— Felicitaciones por superarlo, pero esto es la mafia, no el FBI.

— Lauren... —empezó a hablar, pero antes de que pudiera terminar su pensamiento, mi hermano apareció en el pasillo, llamando la atención de ambas.

— ¿Qué pasa?

— Está todo bien. — Fernanda se volvió hacia él con una sonrisa y no se arriesgó a hablar del tema en cuestión. — Lauren se quejó de dolor de cabeza durante la semana y quería asegurarme de que estaba bien.

— Me encuentro bien. Solo son ganas de orinar y un poco de síndrome premenstrual.

— Volvamos a la mesa, no queremos hacer esperar a nuestro invitado.

— Por supuesto que no. — Sonreí a mi hermano.

Lucian ofreció la mano a su mujer, que se unió a él. Me lavé las manos en el lavabo y le seguí.

Volví a la mesa del comedor y me senté de nuevo junto a mi prometido, con la esperanza de que tuviera compromisos que le obligaran a marcharse cuanto antes, pero por desgracia se quedaba para la degustación de la torta.

Para mi alivio, no volvió a intentar tocarme así, de lo contrario, me atacaría alguna enfermedad que me mantendría en el baño para no tener que volver a acercarme a él.

Tenía que ser fuerte. Tenía que ser firme por el bien de mi familia, pero cada vez me parecía más difícil llevar este acuerdo hasta el final.



LOGAN

Capítulo quince

Giré el cuerpo para tomar impulso y golpeé el saco de arena con tal fuerza que el efecto péndulo hizo que se levantara una nube de polvo.

Ventilar mi ira en el gimnasio era una forma de intentar sacar toda la frustración y la culpa que sentía por albergar algún deseo por mi prima. Lauren no era una mujer para mí, incluso si no estuviera prometida al ruso.

Lo correcto era mantenerse alejado hasta que se celebrara la boda. Cuando se mudara a Los Ángeles, no habría nada de qué preocuparse, o eso creía yo.

— ¿Qué haces aquí? — Me sorprendió la voz de mi primo cuando entró en la sala.

— Solo estoy calentando. ¿Quieres pelear? — Le hice un gesto para que se uniera a mí.

— Tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

— Tienes razón. — Me quité el guante con los dientes y lo tiré en un rincón del gimnasio mientras seguía a mi primo.

La presencia de los rusos en la casa solo duró un día, pero tuve la sensación de que seguían al acecho en algún lugar, analizando nuestros puntos fuertes y débiles por si necesitaban atacarnos.

— ¿Alguna información nueva sobre los japoneses?

— Pensé que estabas demasiado preocupado con la boda como para preocuparte.

— No podemos dejar de lado nuestros propios asuntos por la boda de mi hermana. Es más, tenemos que asegurarnos de que ni los japoneses ni nadie se interponga en el camino de esta unión.

— Tienes razón.

— Cuento con tu ayuda, Logan. — Me apretó el hombro.

— Siempre.

— Soy consciente de ello. Sentémonos y organicemos una operación para ir tras Kurama Saito. Quiero resolver esto antes de la boda de Lauren, así que tenemos muy poco tiempo. Si realmente es el responsable de la Yakusa aquí en Nueva York, llegaremos hasta él, si no, seguro que me dirá qué cabezas tenemos que cortar para averiguarlo.

— Atrapemos a esos bastardos.

Lucian y yo subimos a su despacho. Hice algunas llamadas mientras trazábamos estrategias con nuestros hombres para determinar el mejor momento para actuar.



LAUREN

Capítulo dieciséis

Aquel día que mi prometido pasó en mi casa fue suficiente para dejarme afligida. Ojalá hubiera podido disimular mejor la tensión y el pavor que se habían apoderado de mí, pero había fracasado estrepitosamente, ya que Fernanda se había dado cuenta. Puede que mi cuñada fuera tan ingenua como para pensar que interferir era lo mejor que podía hacer por mí, pero no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas dentro de la mafia.

Si renunciaba a ese matrimonio por cualquier motivo, atraería a nuestras puertas una guerra que podría matarnos a todos. Mi vida y mis elecciones no podían estar por encima de toda la familia.

Apoyé la cabeza en la almohada y quise pasar allí todo el día. No tendría que levantarme ni enfrentarme a nadie. Tal vez toda la determinación que necesitaba para hacer frente a esta situación se cultivaría poco a poco en mí.

Oí que llamaban a la puerta y levanté la cabeza de la almohada para preguntar:

— ¿Quién es?

— Steven y Nanda —respondió mi sobrino.

Al mismo tiempo que quería a todo el mundo lejos de mí, ya echaba de menos a aquel niño. Habíamos estado muy unidos desde que nació y lo estuvimos aún más cuando murió su madre. La idea de no verle en mucho tiempo me estrujaba el corazón, pero ya sería hora de que me ocupara de mis propios hijos.

— Adelante. — Giré sobre la cama y me senté en el colchón.

— Buenos días, tía. — Entró sonriente en la habitación llevando una bandeja de desayuno con jugo y panqueques.

— ¿Es para mí?

Asintió con la cabeza.

— No has comido.

— Eso es verdad.

— Abigail puso algo de comida en la bandeja y le pedí traerla.

— Eres un caballero... — Me incliné para besarle en la frente.

— Caba... ¿qué?

— Un hombre muy educado y amable —le dije.

— ¡Ah! — Su sonrisa se hizo aún más grande, demostrando que le había gustado mi cumplido.

Recogí la bandeja, la puse sobre la cama y sostuve el vaso de jugo, dando unos sorbos.

— ¿Estás enferma, tía?

— ¿Yo?

Asintió con la cabeza.

— No, solo dormí más de lo normal. — Me reí como si hubiera contado un chiste y el chico siguió mirándome, tratando de entenderlo todo.

Si hasta Steven se daba cuenta de que había algo extraño en mí, desde luego yo me estaba mostrando incapaz de mantener la postura firme y decidida que mi cargo me exigía.

— ¡Entonces, levántate!

— Deja que tu tía se termine el café, Steven. — Fernanda le acarició el pelo.

— De acuerdo.

La mujer de mi hermano me miró durante largos minutos, dejándome desconcertada, pero no dijo nada.

— Vamos. — Le ofreció la mano a su hijastro, que la aceptó sin protestar.

— ¿Dónde está mi hermano? —pregunté antes de que saliera de mi habitación.

— Lucian se fue a arreglar las cosas con la Yakusa.

— Pensé que irías con él, ahora que participas en todo.

— Las cosas podían complicarse y me di cuenta de que sería más prudente que me quedara en casa. — Se frotó el vientre. — Es peligroso para el bebé si me doy un golpe.

— ¡Sí, Nanda! Quédate conmigo. — Steven se abrazó a su pierna.

Aunque el niño seguía sin llamar mamá a su madrastra, era sin duda el Lansky que mejor se había adaptado a su presencia en la casa, después de mi hermano.

— Terminemos el dibujo.

— ¡Bien! — Lo celebró y se marchó por el pasillo, sin molestarse en dejarme en el dormitorio.

Aunque no quería admitirlo, me tranquilizaba saber que Steven tendría a Fernanda para cuidarle. En el fondo, estaba segura de que haría muy bien su trabajo.

Terminé mi café y salí de la habitación. Iba a llamar a la organizadora para ultimar los detalles de mi boda. Pronto tendría la prueba final de mi vestido y mi boda se haría realidad. Esperaba que si me esforzaba un poco más, podría encontrar en la boca de Iván el mismo sabor

que había experimentado en la de Logan.



LOGAN

Capítulo diecisiete

Tardamos tres días en analizar todas las estrategias y decidir cuál funcionaría mejor para enfrentarnos a los japoneses. Esos bastardos intentaban dominar nuestro territorio e imponer su fuerza sobre la nuestra, y no era algo nuevo. Sin embargo, esperábamos atrapar al principal responsable de la organización en la ciudad y eliminar el problema, al menos por el momento.

Se reunían en un complejo de apartamentos de JapanTown. Nuestros informadores, en la calle y en la policía, habían conseguido una dirección en la que esperábamos encontrar al responsable.

Tras eliminar esa amenaza, esperábamos mantener cualquier posibilidad de guerra lejos de nuestras calles.

Salí del coche, una furgoneta negra, en la que iba con otros hombres. Comprobé mis armas y los cartuchos con balas que llevaba en los bolsillos. Creía que tenía munición suficiente para acabar con un pequeño ejército y confiaba en que todo saldría bien.

Oí a un hombre detrás de mí crujirse el cuello y vi a mi primo salir del coche. Llevábamos chalecos antibalas y nos habíamos preparado para el enfrentamiento.

No tardamos mucho en ponernos en marcha. Kevin, el jefe de seguridad, se adelantó y dio una fuerte patada a la puerta, arrancándola de sus bisagras. Oímos un grito, luego alguien pasó corriendo, pero no le hicimos caso, porque estábamos allí con un objetivo concreto.

Escuché un disparo y me escondí detrás de una columna, y los otros hombres que estaban conmigo también buscaron refugio. Moví el cuerpo y miré hacia arriba, tratando de identificar de dónde procedían los disparos. Apunté con el cañón de mi arma y respondí a los disparos. Mis balas fueron seguidas por las de los demás hombres.

— Maldita sea —chillé en voz baja al ver a uno de mis hombres alcanzado por una bala

en el hombro, que le hizo caer hacia atrás. Por suerte, le dio en el chaleco y esperaba que se pusiera bien.

— Dos al final de la escalera —me señaló Lucian.

Rodé por el suelo, al oír los disparos que me hacían, y tomé una posición mejor para acertar a los dos que me había indicado mi primo.

Hice una señal a mis hombres para que subieran las escaleras. Mantenían sus armas en posición, algunos tenían ametralladoras y estaban listos para disparar a la primera persona que ofreciera alguna amenaza.

— Tengan cuidado.

Una mujer abrió la puerta de uno de los pisos, tenía rasgos orientales y empezó a gritar cuando nos vio, pero en cuanto la apunté con mi pistola, se calló.

Avanzamos por el pasillo a paso lento y cauteloso. Se abrió otra puerta, y un hombre se colocó en posición, apuntando su arma en nuestra dirección, pero antes de que intentara disparar a alguno de nosotros, fui más rápido y lo derribé.

Cuando llegamos a la dirección indicada, echamos la puerta abajo y algunas mujeres desnudas salieron corriendo y se escondieron. Exploré rápidamente la habitación y solo vi a tres hombres, uno de los cuales estaba sacando un cartón de cocaína y tardó un rato en darse cuenta de que estábamos allí.

Le disparé sin pensarlo. Admito que en otras ocasiones podría haberlo analizado unas cuantas veces más, pero aquel día, con el compromiso de Lauren dando vueltas todavía en mi cabeza, las imágenes de las manos de aquel tipo paseándose sobre ella reflejándose aún en mis pesadillas, solo quería una herramienta para descargar mi ira lo más rápidamente posible.

El hombre que estaba en el centro de la sala, el mismo que estaba con las mujeres, intentó tomar una pistola entre los cojines del sofá, pero antes de que pudiera, Lucian le disparó

en la mano y le impidió contraatacar.

— ¿Kurama Saito?

— Soy el menor de tus problemas. — Esbozó una sonrisa y se echó a reír, incluso ante su propia muerte.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Lucian.

El hombre bajito, delgado y poco amenazador se echó a reír, lo que me irritó aún más.

— Habla o te mato —lo amenacé.

— Vas a matarme de todos modos. — Continuó riendo.

Lucian le apuntó con la pistola, pero antes de que mi primo pudiera hacer algo, disparé un tiro. Sin embargo, en lugar de rematar al hombre, me limité a dispararle en la mano que tenía sobre la mesa, haciéndole chillar y encogerse.

— ¿Qué estás haciendo? —me preguntó Lucian.

— Creo que es solo un chivo expiatorio. Llevémoslo y hagámoslo hablar.

— Tienes razón. — Lucian asintió y dos hombres se acercaron para llevarse al tipo.

— No voy a decir nada —gruñó, forcejeando.

— Veremos si mantienes esa postura cuando empiece mi interrogatorio. — Le miré con una postura amenazadora y una mirada sádica.

Tenía prohibido ponerle un dedo encima al ruso Ivan Petrov, pero había encontrado un sustituto para descargar mi rabia, que no hacía más que crecer a medida que se acercaba la boda de Lauren.



LAUREN

Capítulo dieciocho

Ojalá los días hubieran pasado lentamente, que el tiempo se hubiera detenido para que la fecha no llegara nunca. Pero las semanas entre mi cumpleaños y mi boda pasaron volando más rápido que la velocidad de la luz.

Ese día se dictaría mi sentencia y tuve que aceptarla con una sonrisa, pensando que mi consentimiento garantizaría la paz para mi familia. Steven y el segundo hijo de Lucian en camino estarían más seguros debido a mi sacrificio.

Fernanda había dejado de intentar convencerme de que podía huir de él. Logan me había evitado a toda costa después del beso que habíamos intercambiado la noche de mi cumpleaños. Por muy estúpida que hubiera sido al emprender aquella acción, podía quedarme con el sabor de su boca.

— Estás preciosa —susurró la costurera que estaba haciendo los últimos ajustes a mi cuerpo.

— Gracias. — Pasé la mano por la tela de encaje, llena de pequeñas perlas y purpurina, que brillaban a la luz del sol que entraba por la ventana de mi habitación.

— Deja que acabe de peinarte. — La peluquera me tomó de la mano y me hizo sentar en la silla frente a mi tocador.

Cerré los ojos mientras soltaba unos rizos. El tiempo que pasé así fue suficiente para que volviera a pensar en Logan. ¿Lo volvería a ver después de mudarme? Esperaba que sí, después de todo, seguía siendo mi familia. Imaginaba que, al igual que con mi hermano, lo vería esporádicamente.

Logan nunca se casó y durante mucho tiempo tuve la esperanza de que nunca ocurriera, pero no sabía cómo sería cuando dejara la casa de mi hermano. Ojalá encontrara una mujer que

lo hiciera feliz y le diera hijos tan hermosos como Steven.

— Ahí lo tienes —dijo la peluquera, señalando mi pelo.

— Gracias.

— ¿Quieres comer algo antes de que te apliquemos el lapiz labial?

Sacudí la cabeza en señal de negación. Si había algo que mi pavor había espantado, sin duda era el hambre.

Mi boda tendría lugar en uno de los hoteles de lujo que pertenecían a nuestra familia, un lugar que también albergaría a los rusos que viajarían desde California para la boda; toda la familia de Ivan estaría allí.

Debería estar feliz ante esa boda. En todas partes donde vi y leí sobre este acontecimiento, muchas mujeres lo consideraban el día más feliz de sus vidas. Yo no lo veía más que como una obligación, casi como una prueba de la elección que estábamos obligadas a hacer en nombre de un bien mayor.

— ¿Lauren?

Me levanté de la silla al oír la voz de mi hermano mayor y me di la vuelta para verle de pie junto a la puerta, analizándome.

— Lucian.

— Creo que tu madre, cuando se casó con nuestro padre, estaba tan preciosa como tú hoy.

— Muchas gracias. — Me pasé la mano, resbaladiza de sudor frío, por el costado del vestido.

— ¿Te encuentras bien? — Se acercó a mí, me tomó de las manos y me miró seriamente.

Mientras Lucian me analizaba, me pregunté si Fernanda le habría dicho algo.

— Lo estoy. Nerviosa, pero no creo que sea un sentimiento inusual.

— No lo es.

Bajé los hombros aliviada y sonreí.

— Todo saldrá bien, ya lo verás.

— Seguro que sí.

— Me hace feliz. — Me tocó la cara, ajeno a mi maquillaje. — Puede que te alejes, pero yo siempre estaré aquí para ti.

— Gracias.

Lucian se inclinó y me besó en la frente.

— Pase lo que pase, siempre puedes contar conmigo.

No me contuve de echarle los brazos al cuello y abrazarlo con fuerza. Apreté a mi hermano y hundí la cara en su hombro. Contuve las lágrimas para no estropearme el maquillaje, pero intenté consolarme con sus caricias.

Lucian se alejó y yo me recompuse con una sonrisa.

— Se te ha corrido el maquillaje —refunfuñó la responsable.

— Perdona.

— Ven aquí, hagámoslo bien. — Me tomó de la mano y me arrastró lejos de mi hermano.

— Te espero abajo.

Asentí y salió de la habitación.

Tardaron un poco más en declararme oficialmente lista y bajé al salón, mientras mi hermano, mi cuñada, mi sobrino y… Logan, me estaban esperando abajo.

Miré a mi primo, pero él apartó la vista y no volvió a mirarme. Esperaba que de sus labios saliera al menos un cumplido, que me dijera que estaba hermosa. Pero ni siquiera hizo eso. Logan solía ser frío en muchos aspectos, pero nunca lo había sentido tan helado como aquel día.

Una parte de mí estaba desesperada por un milagro, para que le dijera algo a mi hermano que cancelara la boda, pero no estaba viviendo un cuento de hadas, sino la realidad de haber nacido en la mafia.

— ¿Lista para irnos? —me preguntó Lucian.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

Mi hermano me hizo un gesto para que le guiara y nos dirigimos a una limusina que nos esperaba en la puerta principal de la casa. Lucian fue el primero en subir, luego Steven se coló, temeroso de quedarse atrás. Fernanda me ayudó con la falda del vestido y luego se sentó junto a su marido.

El conductor cerró la puerta y arrancó el coche.

— ¿No viene Logan con nosotros? — Moví la cabeza, al ver que nos alejábamos de la mansión, pero mi primo no estaba en el coche.

— Se ocupa de la seguridad —respondió Lucian.

— ¡Ah! —solté una breve exclamación, sin mostrar lo disgustada que estaba por no tenerlo cerca.

En el fondo, podría haber sido mejor así.

La limusina se dirigió al hotel de *Time Square*, el más lujoso de mi familia. Había alojado a muchos políticos y famosos a lo largo de su existencia y también había servido para blanquear mucho dinero, igual que las galerías que tanto me gustaba gestionar. Aunque los cuadros y otras obras de arte se utilizaban para fomentar los negocios ilícitos de mi familia, me encantaba descubrir nuevos artistas y darles la oportunidad de lucirse.

Lucian bajó de la limusina y me ofreció la mano. Lo acompañé al salón de actos donde se había preparado la ceremonia. Esperamos fuera, delante de las puertas dobles de madera, hasta que nos dijeron que entráramos.

Al sonar la marcha nupcial, pisé la alfombra roja y todo el mundo se volvió para mirarme. Imaginé que muchos de ellos estaban ansiosos por ver mi vestido y se preguntaban si me veía bien o si estaba a la altura del jefe de la mafia ruso-estadounidense. Reconocí las caras de algunos de los *capos* y secuaces de mi hermano e incluso divisé a algunos políticos de perfil bajo. Todos estaban allí para presenciar el cumplimiento de mi misión como parte de aquella familia.

El último en el que me fijé fue en mi prometido. Llevaba un traje blanco, que armonizaba bien con el resto de su atuendo. Tenía una sonrisa amable y traté de tranquilizarme. Podríamos encontrar un equilibrio y llevar una vida feliz, y quizá, en algún momento, incluso empezaría a quererle.

Seguí caminando por la alfombra, del brazo de mi hermano, hasta que Iván se acercó a nosotros y me tomó de la mano de Lucian. Aquel gesto de rendición era mucho más significativo de lo que parecía al principio.

— Cuídala bien. — La postura de mi hermano era seria.

— No te preocupes.

Iván me llevó hacia delante y mi hermano se apartó para sentarse en una de las sillas,

junto a su mujer y su hijo.

Terminé de caminar por el pasillo y el celebrante se dirigió a los invitados.

— Estamos aquí para celebrar...

Dejé de prestarle atención mientras mis ojos recorrían el lugar. Sorteé a unas cuantas personas hasta que vi a Logan de pie al fondo de la sala. El *consigliere* debería haber estado sentado junto a mi hermano. Era demasiado importante como para preocuparse simplemente por su seguridad, pero en aquel momento tuve la sensación de que quería mantener las distancias conmigo, y al darme cuenta de ello se me apretó aún más el corazón.

Iván me apartó y volví a prestar atención al celebrante. Hablaba, pero cada una de sus palabras me entraba por un oído y me salía por el otro. Me sentí ajena a aquel momento, como si mi mente vagara, intentando escapar, mientras mi cuerpo no podía.

— Sí —respondió Ivan y me di cuenta de que el celebrante estaba haciendo una pregunta.

— ¿Lauren, recibes a Ivan como tu esposo de libre y espontánea voluntad?

— Sí. — Tragué saliva.

El hombre se volvió hacia los presentes.

— ¿Alguien tiene algo en contra de que se celebre esta boda?

Me di la vuelta y una vez más mis ojos se encontraron con los de Logan. Estaba inmóvil. Una parte de mí esperaba que hablara, pero de su boca no salió ni una palabra ni un sonido que impidiera cerrar el trato con los rusos.

Iván volvió a tomar mi mano y me volví hacia él, sonriendo torpemente mientras deslizaba el anillo en mi dedo. Entonces, yo hice lo mismo, deslizando el anillo en su dedo.

Estaba segura de que ya no habría nada que impidiera a Iván apoderarse de mí cuando el celebrante dijo que podía besarme.



LOGAN

Capítulo diecinueve

El honor, el deber, la obligación y la mafia, por encima de todo...

Repetí esta frase como un mantra mientras, desde el fondo de la sala, veía a Lauren intercambiar votos con otro hombre que no era yo. La parte rebelde de mí estuvo tentada de gritar cuando el celebrante preguntó si alguien se oponía a la boda. Sin embargo, con el corazón latiéndome de una manera que me dejaba sin aliento, rechacé cualquier sentimiento y dejé que se hiciera lo correcto.

La boda de Lauren era importante para todos nosotros y no podía peligrar por mi deseo egoísta de estar con ella.

No podía hacer nada que traicionara a mi tío, que me había acogido, ni a la confianza de mi primo, que me trataba como a un hermano.

Cuando el celebrante dijo que podía besarla, me volví de espaldas y fui el primero en salir del salón. Me encontré fuera con los soldados que custodiaban la entrada del restaurante donde iba a celebrarse el banquete de bodas.

— ¿Todo bien, Logan? — Kevin se me acercó.

— ¿Por qué no habría de estarlo? —pregunté en tono áspero, pero entonces recordé que él no tenía la culpa de lo que yo pudiera estar sintiendo.

— Te ves extraño.

— Un poco de acidez. — Me pongo la mano en el estómago y hago una mueca. — Debo de haber comido algo antes de salir de casa que no estaba en buen estado, pero se me pasará pronto.

— Bueno, mejórate.

— Gracias.

Los invitados empezaron a marcharse y yo me aparté para dejarles paso. Algunos lanzaron una lluvia de arroz a los novios y yo estaba relativamente lejos cuando los ojos de Lauren volvieron a encontrarme.

Sentí que se me agitaba el pecho al mirar fijamente sus ojos azules, pero mantuve mi postura inflexible. Formaba parte de la mafia y sería un soldado leal hasta el final, aunque eso significara verla casarse con otro hombre.

Se fueron al restaurante del hotel y yo me quedé en el pasillo, fingiendo que observaba a los demás huéspedes mientras se movían, hasta que Lucian apareció con el resto de la familia.

— Todo salió bien. — Extendió la mano y me tocó el hombro.

— Como era de esperar.

— ¿No vas a entrar? — Él abrió el camino.

— En un momento.

— Sabes que Kevin puede ocuparse de todo. Tal vez es hora de que te diviertas un poco.

— Nada es mejor que cuando lo hacemos nosotros mismos, pero no te preocupes, estoy bien así.

— Como quieras. — Se encogió de hombros.

— Llévate a Steven —le dijo Fernanda a Lucian.

— ¿No vienes?

— Se me ha caído el pendiente en el salón, voy a buscarlo.

— Voy contigo.

— Deja que Logan me ayude. Tienes que estar ahí, eres el hermano de la novia y el jefe.

Lucian alternaba la mirada entre su mujer y yo, con aire ligeramente suspicaz. Incluso a mí esa excusa me había parecido poco convincente, pero mi primo asintió y se llevó a su hijo al restaurante.

Fernanda me puso la mano en el hombro y tiró de mí hacia el salón donde había tenido lugar la celebración de la boda.

— Ya basta. — La esquivé. — Tengo cosas más importantes que hacer que buscar un pendiente.

— Ciertamente lo tenías, pero no lo hiciste —resopló.

— No sé de qué estás hablando.

— Logan, pensé que eras aburrido, pero no idiota.

— Si toda esta excusa es para discutir conmigo, creo que será mejor que vayas a buscar a tu marido.

— No puedo creer que la dejaras casarse.

— ¿No es por eso por lo que estamos aquí?

Fernanda me miró fijamente y luego volvió la cabeza hacia otro lado.

— Voy a la fiesta. Lucian me está esperando. — Recogió el pendiente y se lo volvió a poner en la oreja, haciendo evidente que solo lo había hecho para tener una excusa para hablar conmigo lejos de mi primo.

Le hice un gesto con la mano para que fuera delante de mí.

Vi a Fernanda acercarse a la mesa redonda donde estaban sentados mi primo y su hijo. Miré a un lado y a otro, analizando cada detalle de la sala. El exquisito papel pintado y las arañas de cristal acentuaban el lujo del lugar.

Intercambié miradas con todos nuestros soldados, que estaban repartidos por el local vigilando las mesas, apoyados en las paredes. Entre los invitados había también varios *capos* de Nueva York y del noreste de Estados Unidos que respondían a Lansky y a la mafia de origen italiano, de ahí el aumento de la seguridad.

Seguí cambiando mi enfoque, yendo a cualquier sitio que no me hiciera enfrentarme a Lauren y a su marido. Verlos juntos me hacía sentir incómodo. Fernanda esperaba que hiciera algo, pero ¿qué? Ella no había crecido viviendo bajo las reglas de la mafia toda su vida, era solo una empleada que aún tenía mucho que aprender sobre cómo funcionaba todo a nuestro lado.

Si intentaba detener esa boda, suponiendo que no hiciera que Lucian se enfureciera conmigo por ir en contra de sus deseos, atraería una guerra a nuestras puertas. Ya no bastaba con los japoneses, tener a los rusos pisándonos los talones lo empeoraría todo aún más.

— ¿Una copa, señor? — Una camarera pasó por delante de mí y yo negué con la cabeza, despidiéndola.

Lo mejor que podía hacer en aquel momento era recuperar la sobriedad, porque si perdía el conocimiento aunque solo fuera un instante, era muy posible que cometiera alguna imprudencia. Un paso en falso por mi parte en ese momento podría tener consecuencias irremediables.

Giré la cabeza y vi a Lauren sentada en una elevación, delante de la mesa puesta y a la vista de todos. Su marido estaba comiendo y bebiendo junto a ella. Me quedé mirándola hasta que se dio cuenta y aparté la mirada, intentando disimular.



LAUREN

Capítulo veinte

Tuve la sensación de que me observaba, pero apartó la mirada en cuanto se la devolví. Me pregunté cuándo volvería a verle después de aquel día. Sin duda, mi vida en Los Ángeles sería muy distinta a la que estaba acostumbrada, con los lujos y el cariño de mi hermano.

— Miren aquí. — El fotógrafo nos hizo señas a Iván y a mí para que posáramos.

Saqué una sonrisa y me esforcé por mostrar que estaba contenta. No podía dejar que mi expresión me delatara.

— Por fin. — Inclinó la cabeza y me habló cerca del oído.

— Sí. — Intenté ser complaciente.

— He esperado demasiado para tenerte, pero hoy por fin eres mía.

— El tiempo ha pasado muy deprisa —bromeé.

Estaba siendo amable y sonriendo en lugar de decirle que ojalá la distancia entre nuestro compromiso y el matrimonio me hubiera llevado toda la vida.

Posamos para algunas fotos más e hicimos un brindis. Mi hermano, que estaba sentado en una silla a unos metros en compañía de su mujer y su hijo, se levantó y pronunció unas palabras sobre el honor, el deber y la familia que me emocionaron y me recordaron por qué estaba haciendo ese sacrificio.

— Es hora de bailar —dijo uno de los organizadores de la ceremonia.

Me levanté, subiéndome la larga falda del vestido y rodeé la mesa para bajar los escalones que conducían a una zona abierta frente a nosotros.

Iván se acercó por detrás y, siguiendo mis pasos, me rodeó la cintura con los brazos, guiándome al ritmo de la música.

— Cuando termine este baile, nos iremos de aquí.

— ¿Por qué nos iremos? — No lo entendía.

— Te llevaré a la habitación.

— ¿Habitación? — Tragué saliva, sintiendo cómo una buena dosis de pavor crecía en mi vientre e irradiaba por todo mi cuerpo.

— Sí. He esperado demasiado.

— Puedes esperar un poco más. Disfrutemos de la fiesta.

— Estoy harto de las fiestas. — Habló en un tono más firme, apretándome la cintura de una forma dolorosa que me hizo estremecerme.

— Es nuestra boda.

— Solo quiero una celebración de nuestro matrimonio, y va a ser en el dormitorio. — Iván me hizo girar y yo lo hice hasta que mi mano chocó contra su pecho.

Sabía que no podría escapar de ese momento, pero una parte de mí seguía pensando que podría evitarlo el mayor tiempo posible.

Yo era como cualquier otra mujer, sentía curiosidad por el sexo y quería practicarlo. Mientras que la mayoría de nosotras no nos convertimos en vírgenes hasta que cumplimos mi edad, a mí me condicionaron a esperar para que alguien se llevara mi virginidad como una especie de premio. Desde luego, no era lo que yo quería.

Tenía una amiga del instituto que había perdido la virginidad en la parte trasera del coche de su novio. No era el lugar ideal, decía que le había dolido mucho, pero a diferencia de mí,

April había elegido dónde, cuándo y con quién.

Nunca le había dicho nada a Lucian sobre mi deseo de no casarme con un desconocido sobre el cuál no sabía nada. No podía luchar contra ello, ya había conocido a otras mujeres en la mafia y sabía que el destino de las princesas como yo era el matrimonio.

Necesitaba tener pensamientos positivos. Era posible que mi matrimonio con Ivan fuera próspero y feliz. Tendría hijos a los que amar y, con suerte, podría ocuparme de negocios, como las galerías de arte que dirigía en Nueva York.

— ¿Lauren? — El baile terminó y me di cuenta de que Ivan me estaba llamando.

Asentí la cabeza, volviendo a la realidad.

— Mira hacia el fotógrafo. — Me movió la cintura y forcé otra sonrisa al sentir el flash de la cámara en mis ojos.

Puse la mano en el hombro de mi marido y dejé que me hicieran unas cuantas fotos más, luego nos dirigimos a la torta. Cortamos y repartimos trozos y pensé que Iván habría renunciado a sacarme de allí a rastras, pero lo había celebrado demasiado pronto, porque en cuanto el fotógrafo se alejó, mi marido me agarró de la muñeca.

— Vámonos.

— Espera. — Traté de tirar de mi cuerpo en la otra dirección. — Deben querer tomar más fotos.

— Estoy harto de fotos. — Me agarró de la muñeca y empezó a arrastrarme con más fuerza.

— Tranquilízate.

— ¡Ven pronto! Quiero inaugurarte.

No soy ningún tipo de establecimiento. Quería gruñirle, pero me guardé toda mi indignación.

Podía ver a los invitados a lo lejos, y algunos se despedían de nosotros. Otros, sobre todo hombres rusos, miraban a Iván y sonreían, como adivinando lo que iba a hacerme.

— Espera —dije cuando llegamos al pasillo, cerca del ascensor que nos llevaría a nuestra habitación. — ¿No crees que sería mejor que me cambiara primero, que me quitara este vestido enorme?

— Puedo arreglármelas con un poco de tela. — Me sujetó la muñeca con más fuerza y me arrastró.

Llegué a la conclusión de que no tenía escapatoria cuando me llevó al ascensor y pulsó el botón de la última planta, donde se encontraba la suite presidencial que mi hermano le había reservado.

Sentía una aflicción y una opresión que empezaba en el pecho y se irradiaba por todo el cuerpo. Intenté mantener la calma y esperar lo mejor, pero era difícil no desesperar. Solo tenía que aguardar y dejar que el momento terminara.

Cuando se abrieron las puertas metálicas, Iván siguió arrastrándome hasta la habitación, que abrió con una tarjeta y me empujó dentro.

— ¿Puedo ir al baño? — Intenté caminar hasta la habitación, pero me detuvo antes de que pudiera.

— Después. — Iván me apretó contra la pared y su boca se posó en la mía. Podría haber intentado gritar, pero con su lengua en mi garganta, no creía que nadie fuera a oírme. Y aunque lo hicieran, nadie me ayudaría.

Las manos del hombre empezaron a recorrer mi cuerpo y pensé que aceptar era la mejor alternativa. Había llegado hasta aquí, había dicho sí en el altar, así que tenía que dejarle

consumar el matrimonio.

Una lágrima recorrió mi mejilla, pero permanecí inmóvil. Con suerte, todo acabaría pronto y podría darme una ducha y descansar un poco.

— Arrodíllate. — Se apartó y me empujó los hombros, haciéndome caer frente a él.

— ¡Ay! — Solté un grito de dolor y protesta.

Conmigo arrodillada frente a él, Iván se llevó la mano al cinturón de su pantalón y empezó a bajarse la cremallera. Se bajó los pantalones, sacando su miembro y acercándolo a mis labios.

— Abre la boca, putita italiana.

Le dije que no y él se inclinó hacia mí, me agarró del pelo y tiró de él con tanta fuerza que sentí dolor.

— ¡Escúchame! Eres mi esposa. Yo ordeno, tú obedeces. Y hazlo bien.

Tragué saliva.

— ¡Chúpamela! — Siguió tirándome del pelo y empujó mi cabeza hacia delante hasta que mis labios estuvieron contra su miembro. — ¡Abre la boca!

Me tragué las lágrimas y abrí los labios. Apenas tuve tiempo de prepararme antes de que me empujara hasta el fondo y casi me hiciera vomitar cuando me tocó la garganta.

Sus manos, firmes en mi pelo, tirando de él dolorosamente, controlaban todos y cada uno de los movimientos de mi cabeza. Intenté contener la respiración y aceptar que no podía hacer nada más que rendirme, y justo cuando creía que esto era solo el principio de aquella terrible noche, Iván fue arrancado de mí.

Vi cómo salía despedido y su espalda golpeaba la pared que tenía detrás, a unos metros

de distancia. No pude entender lo que había pasado hasta que mis ojos se cruzaron con los de Logan. Jadeaba, resoplaba, y a través de sus dientes apretados pude ver su furia.

— Levántate. — Me tendió la mano, que acepté sin pensármelo dos veces.

Me agradecí mentalmente que esa escena se hubiera detenido y que Logan estuviera allí.

— Bastardo, ¿qué haces aquí? —gruñó Iván mientras se acercaba a él.

— No es una de tus putas —dijo Logan furioso mientras esquivaba un puñetazo.

Iván se lanzó por mi primo con todo, dispuesto a golpearle con sus propias manos. Logan movió el cuerpo de un lado a otro, esquivando y rodando para esquivar varios puñetazos.

Me tambaleé hacia atrás, observándolo con cierto pavor, temerosa de lo que pudiera pasarnos a cualquiera de nosotros dos.

Mi primo levantó el brazo, interceptó otro de los golpes de Iván y empujó la pierna hacia delante, golpeando al ruso de lleno en el estómago y haciéndole chocar de nuevo contra la pared. Iván rugió furioso y tomó un jarrón que contenía un arreglo de rosas.

Intentó estrellarla contra la cabeza de Logan, pero mi primo se protegió con el brazo. Afortunadamente, no resultó herido. Logan ni siquiera parecía sentir dolor mientras iba por el ruso con todo, dándole puñetazos en la cara y esquivando los otros intentos infructuosos de Iván de golpearle. Sin embargo, un golpe le dio en la zona cercana a la oreja y pareció marearle un poco.

Iván seguía acercándose a él y lanzó una patada que golpeó a Logan en el costado, quien parecía haberse recuperado y consiguió devolver el golpe, golpeando al ruso en la mandíbula de arriba abajo. Aquello mareó a Iván y fue suficiente para que Logan lanzara otro puñetazo, luego otros, y pronto perdí la cuenta al ver la cara de Iván deformándose por los golpes y la sangre manando a borbotones.

— ¡Logan! — Lo agarré del hombro. — Vas a matarlo.

— Esa era la intención. — No dejó de golpear hasta que mi marido, con la cabeza completamente ensangrentada, se deslizó por la pared y cayó inmóvil al suelo.

— Vámonos de aquí. — Tiré de Logan, sin molestarme en comprobar si Ivan estaba realmente muerto.

Aún no tenía ni idea de las consecuencias de aquel asesinato, pero sí era consciente de que se derramaría más sangre cuando su familia se enterara de lo que había ocurrido allí.

Logan me tomó de la mano y salimos corriendo juntos.

— ¿Cómo saldremos del hotel?

— Hay algunos coches de proveedores en la parte de atrás, tomemos uno de ellos y salgamos de aquí lo antes posible.

— Logan. — Lo detuve, haciendo que me mirara.

— ¿Qué ocurre?

— Gracias por sacarme de allí.

— Acabo de meternos en una guerra, pero lo único que quiero es salir de aquí. — Tiró de mí para que le siguiera.

No dejamos de correr hasta que estuvimos dentro de una de las furgonetas de la parte trasera del hotel.



LOGAN

Capítulo veintiuno

No debería haber ido tras ellos cuando vi a Iván arrastrar a Lauren a una de las habitaciones del hotel, y mucho menos arriesgarme a ver más de lo debido robándole la llave maestra a una de las camareras en el pasillo. Estaba decidido a dejar que se celebrara aquella boda. Era lo mejor para la mafia y para toda mi familia. Sin embargo, cuando vi a aquel hombre poner a Lauren de rodillas y meterle a la fuerza su asqueroso miembro en la boca, ni todo mi sentido común, la deuda con mi tío y el honor con la mafia bastaron para que me quedara quieto y no hiciera nada.

Mientras conducía lo más rápido que podía, zigzagueando entre los coches de la avenida, saqué el móvil del bolsillo y se lo entregué a Lauren.

— Llama a Fernanda. Dile que finja estar enferma y saca a tu hermano y a Steven de esa fiesta. Cuando encuentren a Iván, las cosas podrían complicarse.

— ¿Por qué para ella?

— Tu hermano hará preguntas.

Lauren pareció buscar el número de su cuñada en mi lista de contactos y la llamó. La ex agente federal probablemente iba a decirme que debería haber actuado antes, pero dada la situación, aunque no me gustara delatarla, ella parecía la mejor alternativa para mantener a salvo a Lucian y Steven.

— Fernanda, finge algo y que Lucian no sepa que estás hablando conmigo. ¡Genial! — He oído a Lauren hablando por teléfono. — Necesito que saques a mi hermano y a mi sobrino de ese lugar lo antes posible.

— ¿Lo ha entendido? — Me volví hacia Lauren.

Asintió con la cabeza.

Aceleré más el coche y me salté un semáforo rojo, siguiendo unas cuantas calles más hasta que me detuve en una calle estrecha, detrás de otras más concurridas y no lejos de una parada de taxis.

— ¿Qué vamos a hacer? — Lauren miraba a su alrededor.

— ¿Llevas una falda fina debajo?

— Hay un forro. — Siguió mirándome sin comprender.

— Estupendo.

Me incliné sobre ella y le subí la falda del vestido, rasgándola y dejándola solo con un fino satén que le cubría hasta las rodillas.

— ¿Por qué hiciste eso? — Estaba estupefacta.

— El vestido de novia llama mucho la atención.

Me quité la chaqueta del traje que llevaba y se la entregué. Por suerte, yo era lo bastante alto para que la cubriera satisfactoriamente. Lauren asintió y se lo puso.

— Sal del coche.

— ¿Vas a dejarlo aquí?

— Es mejor que lo usen para seguirnos. — Tomé mi móvil y lo tiré a la calle, justo antes de que pasara un coche y lo golpeara.

Sabía que en cuanto la familia de Ivan lo encontrara, harían todo lo posible por localizarnos. Querrían mi cabeza y, en consecuencia, la de Lauren. Lucian y el resto de nuestros hombres tampoco estarían a salvo.

Le di la mano y bajamos a la calle, pero antes recogí el móvil que se había caído al suelo y lo tiré a una alcantarilla para que no pudieran rastrearlo. Teníamos muchos recursos y contactos en todas partes, pero no era tan ingenuo como para pensar que los rusos no disponían de las mismas herramientas.

Fuimos a la parada de taxis y di la dirección de un viejo piso del Bronx que utilizaba para reunirme con los líderes locales. Se suponía que era un lugar seguro hasta que pudiera hablar con Lucian y pensar bien lo que debíamos hacer.

Pagué al taxista en efectivo y me bajé unas manzanas antes de donde realmente íbamos. Lauren con mi chaqueta llamaba la atención, pero lo habría hecho mucho más si hubiera llevado aquel lujoso vestido de novia.

Saqué la llave de un tablón suelto de la entrada y le indiqué el camino para que pudiera acompañarme. El edificio no tenía ascensores, solo escaleras precarias y una decoración muy diferente del refinamiento al que ella estaba acostumbrada.

Lauren hizo una mueca cuando abrí la puerta del piso.

— Cuánto polvo y moho.

— Lo siento que no sea un hotel de cinco estrellas.

— No pasa nada. — Me puso la mano en el hombro y me hizo mirarla. — Estoy aquí contigo y estoy a salvo.

— Sí, lo estás.

— Gracias, Logan.

— No me des las gracias todavía. — Aparté su mano de mí y la dejé caer.

— ¿Por qué?

— Solo puedo imaginar lo que podría pasar ahora, y no será bueno para ninguno de los dos.

— Mejor que ser violada por ese cerdo. — Se alejó unos pasos de mí y habló antes de que yo tuviera tiempo de decir nada más. — Tengo que ir al baño.

Señalé en dirección a la habitación y ella se alejó.

Había atraído el caos a la familia Lansky y tenía que estar preparado para afrontar las consecuencias de mis actos, empezando por la furia de mi primo y jefe.



LAUREN

Capítulo veintidós

Las instalaciones del piso eran muy deficientes, empezando por el moho de las paredes y el olor a polvo, pero afortunadamente había agua corriente y pude enjuagarme la boca. Todavía se me revolvía el estómago al recordar a Iván y lo que me había hecho. No había imaginado que Logan me salvaría, pero no podía dejar de pensar en lo feliz que me estaba haciendo.

Me miré la mano y vi mi alianza. Me la quité del dedo y la tiré a la basura. Valdría una fortuna para quien la encontrara, pero tirarlo significaba que era libre.

Volví al salón y le vi de pie junto a la ventana, observando la calle. Estaba distante, como si lo analizara todo. Logan parecía esperar que el caos descendiera sobre nosotros con toda su furia lo antes posible.

— Estaremos bien. — Volví hacia él y le toqué.

Logan giró el cuerpo para mirarme, su expresión se volvió aún más seria y me miró de arriba abajo antes de decir.

— Honestamente no lo sé, pero todo lo que puedo prometerte es que te protegeré con mi vida.

— Es suficiente. — Le puse las dos manos sobre los hombros y le obligué a mantener los ojos fijos en mí. Me puse de puntillas y me estiré todo lo que pude para que mis labios rozaran los suyos.

— Lauren. — Me tomó de los brazos antes de plantearse besarme. — No podemos hacer esto.

— Iván debe estar muerto y cualquier alianza con los rusos ha terminado.

— Sí —suspiró al admitirlo—. Pero...

— Si tiene que ser alguien, quiero que seas tú, Logan. Yo... — Respiré hondo, armándome de valor para confesar los sentimientos que albergaba desde hacía mucho tiempo. — Te amo.

Pensé que iba a apartarse de mí y rechazarme, pero en lugar de eso se inclinó y juntó nuestros labios.

El beso empezó despacio, lleno de afecto, e imaginé que seguiría así, pero entonces sus brazos se cerraron en torno a mi cintura y me apretó contra la áspera pared de ladrillo. A diferencia de cuando me besó Ivan, el sabor de la lengua de Logan era adictivo.

Pasé mis manos por su nuca y enredé mis dedos en su pelo, tirando de los mechones para que apretara aún más su cara contra la mía y su lengua tocara la mía con vehemencia. Moví la cabeza, buscando el encaje perfecto, y disfruté de todo su sabor. No podía explicarlo con claridad, pero cuando Logan me besaba, nunca quería que parara, ni siquiera cuando me quedaba sin aliento.

Subió las manos por la fina falda que quedaba de mi vestido y me tocó directamente las nalgas. Me revolví contra él, sintiendo cómo el calor entre mis muslos se hacía más intenso y palpitante. Me froté contra sus manos, rogándole que me tocara y apretara más.

La boca de Logan abandonó la mía y recorrió mi cuello, y entre besos y mordiscos, hizo arder todo mi cuerpo. Era difícil explicar por qué un hombre me causaba tanto pavor y el otro me hacía desearlo tanto. Sin duda, el amor y la lujuria iban mucho más allá de la línea racional.

Logan me agarró de los muslos y me levantó, haciéndome rodearle con las piernas. Me llevó a una habitación donde había una vieja cama, me despojó de su chaqueta y la tiró sobre el colchón para que me tumbara en él. Se acomodó entre mis piernas y volvió a besarme.

Deslicé las manos desde su cuello hasta su pecho, trazando con los dedos el bulto de sus músculos hasta llegar a los botones de su camisa y empecé a abrirlos. Perdida en la inmensidad de sus ojos, no tuve prisa en abrirlos uno a uno, dejando la corbata en último lugar. Él la recogió y la colocó sobre el cabecero, luego volvió a besarme. El sabor de su lengua me embriagó aún

más.

Sus manos volvieron a pasearse por mis muslos, subieron por la falda de mi vestido y lo levantaron hasta subirlo del todo, pero Logan tuvo que abrir unos botones de la espalda para quitármelo, dejándome solo en medias, liguero y lencería blanca.

Logan se detuvo un momento, analizándome, y pensé que iba a decir algo sobre que no debíamos hacer eso, pero afortunadamente se limitó a besarme de nuevo y sus manos, pesadas y firmes, recorrieron mi cuerpo.

Dibujaba mis curvas como yo dibujaba sus músculos. Logan deslizó sus labios por mi cuello, la parte exterior de mi nuca y el valle entre mis pechos. Cerré los ojos y arqueé el cuerpo hacia arriba. Me pasó las manos por la espalda y abrió el broche de mi sujetador, tirando de él para colocarlo, junto con el resto de mi vestido y su camisa, sobre el cabecero.

Me sumergí aún más en el placer y la excitación cuando su boca envolvió mi pezón. Jugó con su lengua, provocándome, hasta que empezó a chupar, arrancándome un profundo gemido.

Incluso podría verme obligada a quedarme con otro hombre después, pero al menos por esa noche, iba a entregarme a quien realmente quería.

Mientras me chupaba los pechos, alternando con la boca, Logan deslizó la mano bajo el liguero y encontró el lateral de mis bragas. Tiró de ellas hacia abajo, deslizándolas por la punta de mis pies.

Logan se arrodilló en el suelo junto a la cama y tiró de mi cintura, arrastrándome hacia el borde hasta que su aliento estuvo muy cerca de mi zona íntima. Sentí su aliento y me retorcí, mi necesidad cada vez más latente. Intenté mover mi cuerpo, pero él me sujetó las nalgas, manteniéndome quieta, hasta que su boca se acercó lo suficiente para que la sintiera sobre mí.

— Logan... — Gemí su nombre, inclinando el cuerpo y hundiendo la cabeza hacia atrás.

— ¿Estás bien? — Me tocó con la punta de la lengua y gemí, retorciendo los dedos en la

vieja sábana.

— Sí...

Me dio unos besos delicados y acariciadores en el montículo antes de pasar la lengua por mis labios mayores, y volvió a encontrar mi clítoris, pero en lugar de pequeñas caricias, Logan lo presionó con la lengua y empezó a hacer movimientos circulares. El placer que empezó a desatarse allí y a irradiarse por todo mi cuerpo fue intenso, delicioso y me hizo desear más y más.

— Logan... — Me estremecía con cada empujón que subía desde donde él me tocaba, lamía, presionaba y provocaba.

Profundizó su boca y pude sentir su cara en mi ingle, su cabeza entre mis piernas, su lengua penetrando y estimulando mi intimidad. Su aliento, caliente y pesado, aumentaba mi placer, intensificando las reacciones que se desencadenaban con cada estímulo.

Empecé a gemir más fuerte, mientras todo mi cuerpo se retorcía, volviéndose del revés con la tensión que crecía allí donde Logan me tocaba. Justo cuando pensaba que no podía ser más intenso o delicioso, una ola me arrasó como un tsunami, llevando efectos y sensaciones a cada una de mis células. Jadeando y poniendo los ojos en blanco, tardé un rato en recuperarme de aquel clímax.

— Lauren — Logan volvió a inclinarse sobre mí y me tocó la cara mientras me miraba fijamente.

— ¿Sí?... — Mi voz aún sonaba débil y entumecida.

— No sé si deba hacerlo...

Estiré una de mis manos y se la puse sobre los labios, haciéndole callar.

— Quiero ser tuya.

Logan me miró fijamente y el brillo del deseo se hizo aún más evidente en sus ojos oscuros. Se apartó y yo estaba a punto de protestar cuando vi que se quitaba los pantalones. Su miembro rígido apareció ante mí y me froté los muslos. Sabía que todo aquel volumen pronto se introduciría en mi cuerpo.

Volvió a inclinarse y la cama crujió cuando apoyó la rodilla en ella. Me rodeó la cintura con el brazo, moviéndome más hacia arriba en el colchón hasta que se tumbó encima de mí. Su boca volvió a besarme con fervor y deseo mientras sentía su miembro rozar mi zona íntima, pero sin penetrarme. Logan permaneció así un rato, disfrutando del calor de mi cuerpo y del sabor de mi boca hasta que apoyó una mano en el colchón y con la otra sujetó su miembro, encajándolo en mi entrada.

Me desplomé sobre el colchón y sentí una ligera punzada de dolor cuando me presionó.

— ¿Estás segura? —preguntó e imaginé que mi rostro había revelado mi posible incomodidad ante su presencia.

Moví la cabeza afirmativamente y le rodeé la cintura con las piernas. Si había un hombre con el que quería hacer eso, sin duda era Logan. Me besó de nuevo y apretó su cuerpo contra mí. Mi grito de dolor cuando me arrancó la virginidad fue acallado por sus labios sobre los míos y su lengua bailando con la mía.

No dejó de besarme, ni sus manos de recorrer mi cuerpo mientras se movía lentamente para que me acostumbrara a su presencia en mí. El lento vaivén me fue abriendo poco a poco. Clavé mis uñas en su espalda para controlar el dolor, pero mantuve mis piernas alrededor de su cintura para que no se detuviera.

— Lauren. — Levantó una mano para tocarme la cara. — ¿Te duele?

Afirmé con la cabeza.

— Puedo parar.

— ¡No! Quédate conmigo.

— No quiero hacerte daño.

— No me haces daño, me liberas.

Estar allí con Logan me dio la satisfacción de saber que podía tomar la decisión de renunciar a mi cuerpo y tener sexo por primera vez con el hombre que realmente quería.

Me mordisqueó el labio inferior y siguió besándome. La caricia de sus manos, la presión de su lengua y el calor de su cuerpo me hicieron relajarme, disminuyendo el dolor.

Aumentó un poco la intensidad de sus movimientos y me apretó el muslo con una mano. Me di cuenta de que se estaba conteniendo, pero no tardó en salir de mí y agarrarse el miembro. Sus ojos se entornaron y todo su cuerpo se crispó, haciéndome imaginar que había alcanzado su punto álgido.

— Enseguida vuelvo. — Se levantó de la cama unos instantes después.

Asentí y salió de la habitación.



LOGAN

Capítulo veintitrés

Salí de la habitación donde acababa de acostarme con Lauren y entré en el único cuarto de baño del piso, una habitación estrecha sin cabina de ducha ni cortina. Abrí el grifo del lavabo con la mano limpia y levanté la tapa del inodoro, dejando que mi semen cayera dentro. Me miré la mano, sucia de mi propio líquido y de la sangre de Lauren.

El mismo día, había traicionado la confianza de mi primo dos veces. Había arrebatado a su hermana de las manos de su marido y le había quitado la virginidad yo mismo. Mi mente iba a mil por hora, pero por mucho que me pesara la conciencia, no podía detener la sensación de tener a Lauren entre mis brazos.

Fue un completo error, pero al mismo tiempo me dio una felicidad inconmensurable.

La amaba, obviamente la quería para mí, pero aún tenía que pensar en las consecuencias que mis actos tendrían para todos. No solo nos había puesto en peligro a nosotros dos, sino también a toda la estructura de la mafia italiana.

Metí la mano en el agua y dejé que las señales de mi crimen corrieran por el desagüe.

— Logan. — Sentí sus manos subiendo por mi espalda y pronto me di cuenta de que Lauren estaba de pie detrás de mí, desnuda.

— Hola.

— ¿Aún funciona esa ducha? —preguntó.

— No lo sé.

— Podemos averiguarlo juntos. — Ella tiró de mí.

— Tengo que decirle a tu hermano lo que ha pasado para que se prepare...

— Después de la ducha.

— Lauren... — Toqué su cara con mi mano limpia.

— Mi hermano es lo suficientemente grande como para cuidarse solo. Además, tiene muchos hombres, y Fernanda sabe que me escapé.

Abrió la ducha y se acurrucó contra mí cuando sintió el agua fría correr por su espalda. Seguramente se había quemado la resistencia y, como no utilizábamos el piso más que para las reuniones de la mafia, nadie se había molestado en cambiarla.

— Creo que será mejor que vayamos a otro sitio.

— Puedo sobrevivir a un poco de agua fría —se rió.

Estaba demasiado tranquila después de todo lo que había pasado.

— Necesito...

— Logan, estoy aquí. Estoy contigo —suspiró—. Eso es todo lo que siempre he querido.

— Yo también te amo. — La atraje hacia mí, revelándole algo que había guardado en lo más profundo de mi alma durante todos estos años.

Había transgredido todo lo que juré que no haría cuando golpeé a Iván y saqué a Lauren de aquella habitación. En ese momento, no tuve más remedio que afrontar las consecuencias y cumplir mi deseo egoísta de estar con ella.

Terminamos la ducha fría y me vestí.

— Te traeré algo de ropa y algo de comer.

— ¿Qué vamos a hacer? — Tragó saliva.

— Llamaré a Lucian y le contaré lo que ha pasado.

— ¿Todo? — Miró su cuerpo desnudo que acababa de disfrutar.

— Una buena parte.

No me gustaba ocultarle cosas. Los secretos eran como malas hierbas que acababan minando el suelo hasta matarlo todo, pero necesitaba un plan para revelarlos y, de momento, no lo tenía. Lucian se había casado con una agente del FBI, un enemigo, pero no podía imaginar que lo tuviera en cuenta cuando se enterara de que me había acostado con su hermana pequeña.

— Quédate aquí —le dije a Lauren después de enderezarme la camisa—. Escóndete si oyes algún ruido.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Recogí la pistola, que estaba entre mis ropas, y se la entregué.

— Si lo necesitas, sabes cómo utilizarlo.

— No, Logan. Tienes que llevártela, es la única que tienes.

— Puedo defenderme con las manos.

— Quédate con el arma, nadie va a atraparme aquí. Además, ni siquiera sabemos si ya han encontrado a Iván. Es posible que piensen que se está divirtiendo conmigo.

Apreté los dientes, pero no dije nada sobre la desagradable imagen mental que había visualizado.

— Si la mafia rusa aún no lo sabe, tampoco vendrán por mí. Voy a hacer una salida rápida y vuelvo enseguida.

Le dejé la pistola y salí del piso. La zona en la que estábamos era pobre y estaba formada

por muchos inmigrantes. El tráfico de drogas y la delincuencia reinaban en el lugar, que era mal visto por todos, incluida la policía. Imaginé que sería el último lugar donde nos buscarían, pero tenía que tener cuidado y estudiar qué hacer.

No llevaba mucho dinero encima, ya que no había planeado una fuga, solo lo suficiente para comprar ropa nueva para mí y Lauren y un teléfono móvil desechable, que usé para llamar a Lucian.

No tardó en responder a mi llamada.

— ¿Quién es?

— Lucian, soy yo.

— ¿Dónde mierda estás? —gritó desde el otro lado de la línea. La furia de mi primo era exactamente lo que esperaba—. Llevo más de una hora intentando localizarte.

— Tiré mi teléfono móvil.

— ¿Por qué carajo hiciste eso?

— No quiero que los rusos me rastreen.

— Solo supe que algo iba mal cuando llegamos a casa y Fernanda me dijo que no se encontraba mal. Logan, ¿qué mierda has hecho?

— Le di unas trompadas a Iván y saqué a Lauren de allí —confesé.

— ¿Por qué? ¿Tienes idea de lo que has hecho? Vendrán a por nosotros con todo. ¿En qué estabas pensando? No deberías haberla sacado.

— ¿Preferirías dejar que tu hermana fuera violada por un imbécil? — Lo solté, estaba frustrado. Ver a Iván hacerle eso a Lauren me había desconcentrado y me había hecho actuar más allá de lo razonable, y aún seguía actuando.

— ¿A qué te refieres? ¿Qué has visto?

— No necesito repetir lo que vi, pero volvería a golpear y a matar si se repitiera la situación.

— ¿Cómo está? — Lucian bajó varios tonos la voz. Podía estar muy enfadado conmigo, con razón, pero yo sabía que quería a Lauren y no querría que le hicieran daño. A diferencia de mí, mi primo siempre ha sido más propenso a dejar de lado las reglas de la mafia en favor de su corazón.

— Bien.

— ¿Dónde están?

— A salvo en el Bronx, al menos por ahora.

— Tienen que irse a casa.

— ¿Están bien ahí dentro?

— Lo estamos. Salimos de la fiesta sin llamar la atención. Fernanda fue una buena actriz y solo pensaron que mi mujer embarazada estaba con malestares.

— ¿Saben ellos ya lo de Ivan?

— Todavía no, pero no debería tardar mucho. Le diré a Kevin y a todos en seguridad que se preparen. Lo que has hecho va a empezar una puta guerra, y la única razón por la que no voy a estrangularte es por mi hermana.

— Ya lo sé. — Tragué saliva. Estaba seguro de que Lucian cambiaría de opinión sobre matarme si conocía la otra parte de la historia, pero eso tendría que esperar hasta más tarde, porque con los rusos viniendo por nosotros, necesitaría mi ayuda. — Envía hombres con un blindado a recogernos.

— De acuerdo.

— Informen a tus contactos policiales.

— De acuerdo. Tomaremos otras decisiones cuando llegues a casa.

— Hasta pronto. — Colgué la llamada y le envié la dirección de una esquina no muy lejos de donde estábamos.

No subestimaba la capacidad de los rusos para piratearnos, ni me consideraba afortunado de que aún no hubieran encontrado a su jefe muerto.

Volví al piso y le di a Lauren su ropa para que se cambiara y algo de comer.

— Hablé con tu hermano.

— ¿Cómo de enojado está?

— Conoce la guerra que se avecina y no puedo decir que le entusiasme.

— Lo superará.

— Si salimos de esta, podríamos. Le he pedido que envíe a unos hombres a recogernos, deberían reunirse con nosotros en unos minutos en una esquina no muy lejos de aquí.

— De acuerdo. ¿Qué van a hacer con los rusos?

— Prepararnos para un ataque.

Tragó saliva y volvió a comer, sin valor para hacer más preguntas.

Las guerras eran malas para los negocios. Ganaran o perdieran, muchos sufrirían, pero yo esperaba que al final, cuando finalizara el caos, seguiríamos en pie.



LAUREN

Capítulo veinticuatro

Los soldados nos recogieron en mitad de la noche en una camioneta negra con matrículas frías, igual que muchos de los vehículos que utilizaban mi hermano y sus hombres.

Logan no me dijo ni una palabra en todo el camino a casa. Quería que me tomara de la mano y me besara cariñosamente, pero dudaba que lo hiciera delante de alguno de nuestros hombres, y mucho menos de mi hermano.

Por muy feliz que estuviera por el breve momento que había pasado entre sus brazos, mientras mi única preocupación era ser el uno del otro, sabía que la situación era mucho más complicada.

Aparcaron en el garaje y fui la última en salir del coche. Sin hablar con nadie, seguí el camino que llevaba al salón y oí que alguien gritaba mi nombre justo antes de que Steven se acercara corriendo y me abrazara.

— Hola —sonreí mientras le besaba en la mejilla.

— ¡Tía! — Me rodeó el cuello con los brazos. — Pensé que no ibas a volver.

— Yo tampoco. — Suspiré al recordar todo lo que había pasado desde que me fui de casa para casarme con Iván.

— Steven, ve a buscar a la niñera arriba —dijo mi hermano con voz firme, lo que hizo que el niño se bajara de mi regazo.

— ¿La niñera?

— Sí, sube.

— De acuerdo. — Me saludó con la mano y subió, siguiendo la orden de su padre.

— ¿Qué ha pasado, Lauren? — Se volvió hacia mí con un tono firme y muy reprobatorio que me hizo estremecerme.

— Lo siento. — Intenté contener las lágrimas. — Lo intenté, pero no pude, no fue posible...

Me eché atrás. Pensar en Iván cerca de mí otra vez, en lo que había hecho, me revolvía el estómago. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, por más que lo intenté, no pude evitar derramarlas.

— Tranquilízate. — Fernanda se levantó del sofá y vino hacia mí, abrazándome. Había sido tan aterrador, y recordar lo que había pasado me atemorizó tanto que ni siquiera me atreví a rechazar su abrazo.

— ¿Qué te ha pasado? —preguntó en un susurro mientras me acariciaba.

— Él... Él... — No podía expresar con palabras lo que había pasado.

— ¿Te ha dolido?

— Fue horrible...

— Teníamos un acuerdo con ellos —murmuró Lucian, masajeándose las sienes, probablemente pensando en todo lo que podría pasarnos si me escapaba en mi noche de bodas.

— No puede quedarse con un hombre que la obliga a hacer algo, Lucian. — Mi cuñada se volvió hacia él con mirada firme.

Le devolvió la mirada, pero acabó retrocediendo.

Lucian procesó la situación durante unos segundos antes de acercarse a mí y ponerme la mano en la mejilla con suavidad, haciéndome mirarle fijamente.

— ¿Estás bien ahora?

— Voy a estar bien.

— Eso es lo que importa. — Me acarició la mejilla y me besó en la frente. — El resto es un problema que resolveremos.

— Nos las arreglaremos —prometió Fernanda, pero me di cuenta de que no tenía ni idea de con quién estábamos tratando.

— ¡Logan!

Nos volvimos hacia la entrada de la sala cuando mi hermano dijo el nombre de nuestro primo. El *consigliere* se mantuvo firme mientras Lucian lo miraba fijamente.

— ¿Mataste al bastardo?

— No estoy seguro.

— Era lo mínimo que debías haber hecho.

— Van a crear problemas y tenemos que estar preparados. — Hinchó el pecho. — Tenemos que avisar a nuestros *capos* y esperar que realmente hayamos matado al Yakusa correcto.

— También advertir al actual director del FBI y a nuestros aliados en la policía local sobre la presencia de los rusos en la ciudad y la posibilidad de un levantamiento contra nosotros. — Lucian se volvió hacia su mujer, que asintió.

— Tanto si Iván está muerto como si no, los rusos se volverán contra nosotros por lo ocurrido —finalizó Fernanda la frase de mi hermano.

Mientras hablaban y hacían posibles preparativos, como quien espera un huracán, yo pensaba en todo lo que había pasado y en la posibilidad de haber traicionado a mi familia. Dependíamos de aquel matrimonio para mantener la paz, pero lo único que había atraído era el caos. La guerra que nos esperaba a todos sería cruel y yo tenía que estar preparada para ayudar

de alguna manera y luchar para defendernos.

— Lauren, vete a tu habitación a descansar. — Lucian se volvió hacia mí. — Lo solucionaremos.

— Pido disculpas. — No pude evitar el peso y la presión que sentí.

— Fue un error mío por pensar que podíamos confiar en ellos y que Iván sería un buen marido para ti... — La mirada de mi hermano era distante y parecía pensativo. Por un momento, me pregunté si Fernanda le habría dicho algo sobre entregarme a un desconocido, pero no creí que fuera el momento adecuado para hacer preguntas al respecto.

— Date un baño. — Mi cuñada se acercó a mí y me rodeó los hombros con los brazos, guiándome hacia las escaleras. — Todo se arreglará.

Quería estar tan seguro como ella. Los rusos no eran cualquier banda callejera que se había atrevido a desafiar a mi hermano, eran hombres tan poderosos como nosotros y podían causar mucho daño y pérdidas si querían.

Los miré a los tres por última vez antes de volver a la habitación que había imaginado que ya no sería mía, pero que ahora tenía un extraño peso sobre mi conciencia. Una parte egoísta de mí estaba exultante por haber sido rescatada de aquel matrimonio, por estar de vuelta en mi hogar familiar, y más aún por haberme entregado a Logan, pero la parte que se preocupaba por los demás a mi alrededor temía la guerra que llegaría a nuestras puertas.



LOGAN

Capítulo veinticinco

Observé cómo Lauren desaparecía escaleras arriba antes de volverme hacia mi primo. Lucian estaba tenso, y no era para menos; aquel tipo de enfrentamiento era todo aquello a lo que no queríamos enfrentarnos. Las guerras no eran buenas para el negocio, atraían demasiada atención y significaban que perdíamos mucho más que unas cuantas vidas, aunque ganáramos.

— Llamaré a nuestro *capos* y a los jefes de la banda. — Se volvió hacia su mujer, que observaba todo con atención. — Habla con el director.

— No hay problema.

Lucian subió primero e imaginé que se había dirigido a su despacho, pero en lugar de seguirlo, su mujer no dejaba de mirarme.

Le devolví la mirada durante unos instantes, hasta que me atreví a abrir la boca para decir algo de lo que imaginaba que me arrepentiría.

— Gracias por sacar a mi primo de allí —dije varios tonos más bajo, porque en el fondo no estaba nada seguro de querer que me oyera.

— ¿Qué? — Se llevó la mano a la oreja. — No he oído bien.

Resoplé y ella se rió.

— De nada. Es mucho más fácil cuando admites que te equivocaste.

— Tal vez —murmuré.

— ¿Cuándo se lo vas a decir? — Dio un paso hacia mí al cambiar de tema.

— ¿Decirle qué? — Me hice el tonto.

— Que amas a Lauren.

— Yo no... — Me detuve a mitad de la frase cuando me di cuenta de que no podía seguir mintiendo al respecto, porque ya le había confesado mis sentimientos. — Lucian ya debe querer matarme ahora, se pondrá aún más furioso si se entera.

Movió la cabeza negativamente y murmuró, haciéndome enfadar de nuevo.

— Cobarde.

— Yo no...

— No tienes que darme explicaciones —me interrumpió antes de que pudiera terminar.

Me dejó en el salón y subió tras su marido. No sabía si siempre había sido así, o si el poder que Lucian le había dado como reina se le había subido a la cabeza. Quizá aún albergaba cierta incomodidad hacia Fernanda porque a menudo me sacaba de mi zona de confort, agitando la situación.

Me gustara o no, Fernanda tenía razón. Ya había roto mi honor con la mafia al sacar a Lauren de aquel hotel y quitarle la virginidad en una cama precaria. Necesitaba valor para asumir aquello delante de mi primo y mi jefe y afrontar las consecuencias de mis actos.

Me metí las manos en los bolsillos y subí las escaleras hasta el despacho de mi primo, cuya puerta estaba abierta.

Estaba al teléfono y parecía discutir airadamente con alguien al otro lado de la línea. Imaginó que avisar al *capo* de que se avecinaba una guerra causaría mucho descontento.

— Sí, deberías prepararte. Por supuesto que te protegeré, como siempre hago, pero no puedo evitarlo todo. — Lucian resopló, aferrando con más fuerza su teléfono móvil. — Sigue mis órdenes y te mantendré informado.

Mi primo dejó el móvil sobre la mesa y se volvió hacia mí.

— No están muy contentos, supongo —comenté, manteniendo la postura.

— Están aterrorizados, pero se mantendrán firmes, porque nosotros nos mantendremos firmes.

— Lo haremos —confirmó Fernanda.

— ¿Puedes dejarnos solos? —le pregunté.

— Sí. — Asintió y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí para que yo pudiera hablar con Lucian en privado.

— ¿Hay algo más que necesite saber? — Se levantó y puso las manos sobre la mesa, mirándome, casi como si pudiera adivinarlo.

— En realidad, sí.

— Si hubiera sabido que los rusos... —empezó, pero le interrumpí.

— No tiene nada que ver con los rusos, al menos no necesariamente.

— No lo entiendo, Logan. — Mi primo frunció el ceño y siguió mirándome interrogativo.

— Se trata de Lauren...

— ¿Qué pasa con mi hermana?

— Bueno, yo...

— ¡Jefe! — Kevin irrumpió en el despacho de Lucian sin molestarse en llamar a la puerta antes de entrar.

El jefe de seguridad jadeaba y le corría el sudor por la frente.

— ¿Qué pasó? — Lucian movió su cuerpo hacia él.

— Están aquí.

— ¿Los rusos?

— Sí. Están en la puerta y muy bien armados, exigiendo hablar con usted.

— De acuerdo. Hablaré con ellos, pero coloca a los hombres en el tejado de la mansión y en los otros puntos estratégicos para que nuestros francotiradores sean los primeros en disparar si llegamos a un conflicto.

— Sí, señor.

— ¡Adelante!

Kevin le dio la espalda y pronto desapareció por el pasillo, yendo a cumplir las órdenes de Lucian.

— Terminaremos esta conversación más tarde. — Mi primo extendió la mano en señal de alto en mi dirección y no tuve más remedio que acceder.

Tomó cartuchos de bala nuevos y se los metió en los pantalones. Yo también recogí algunos y me preparé para defender la casa contra lo que fuera necesario. Si los rusos estaban allí, era culpa mía y no podía dejar que pasara nada.

Lucian iba delante y yo le seguía de cerca. Algunos hombres se nos unieron en el garaje y nos rodearon antes de que nos acercáramos a la puerta de entrada. En la calle había unos cinco coches, con hombres muy bien armados. Al frente de la comitiva iba un hombre rubio, unos años más joven que Ivan, que se adelantó en cuanto vio a Lucian.

— ¿Dónde está la esposa de mi hermano? —dijo en tono brusco.

— ¿No debería estar con su marido? — Lucian se hizo el tonto, sin dejar traslucir de

inmediato que sabía algo, y mucho menos que Lauren estaba en su habitación.

— ¿Creen que somos idiotas, italianos?

— No opinamos nada.

— Tú. — Uno de ellos me señaló cuando se fijó en mí entre los demás hombres. — ¡Fuiste tú! — Se acercó a mí, pero antes de que se atreviera a tocarme, los hombres se movieron por el tejado, apuntando con sus armas para hacer retroceder a los rusos.

— Nadie viene a mi casa a atacarnos. — Lucian se cruzó de brazos.

— Ustedes casi mataron a mi hermano.

— ¿Te estás volviendo loco? ¿Qué quieres decir? La última vez que vi a tu hermano, estaba sonriendo para las fotos con mi hermana. — Lucian se hizo el tonto otra vez. — ¿Qué ha pasado?

— Fue al hospital y está en coma.

— No sé cómo ha pasado, pero lo siento.

— Pregúntale a él. — El ruso me señaló. — Las cámaras del hotel muestran a tu *consigliere* saliendo con tu hermana. Entréganoslo. — Volvió a dar un paso hacia mí, pero retrocedió cuando nuestros hombres le apuntaron con sus armas.

— Te mantendrás bien lejos de cualquiera de mis hombres.

— Actuó contra mi hermano y debe ser castigado en consecuencia.

— Nadie será castigado hoy, Alexander.

— No puede hacer eso. — El ruso apretó los dientes.

— Estás en mi territorio. Yo doy las órdenes aquí.

— Imagino que también están con la puta.

Lucian apretó los dientes por la forma en que se refería a Lauren, pero ni afirmó ni negó nada.

— Esto no quedará así, italiano.

— Ninguno de nosotros quiere conflictos, Alexander. — Lucian se mantuvo firme.

— Nos ofrecen una alianza, luego intentan matar a mi hermano ¿y crees que no haremos nada al respecto?

— Todos tenemos mucho que perder en una guerra.

— No tengo miedo de tus malditos soldados.

— Será mejor que seamos sensatos.

— Tienes hasta el mediodía para entregar al bastardo que agredió a mi hermano y a su esposa. Si no, arreglaremos las cosas de otra manera. — El hombre subió al coche y nos miró una vez más antes de cerrar la puerta.

Los demás actuaron de la misma manera y los vehículos se desprendieron chirriando neumáticos.

— Deben de estar intentando invadir la casa. — Lucian se volvió hacia mí.

— Es muy probable. Necesitamos más hombres.

— Sí, muchos más.



MÁFIA LANSKY - LIVRO II

LAUREN

Capítulo veintiséis

Desde la ventana de mi habitación, observé el movimiento en la puerta de entrada de la mansión. Era difícil ver bien, pero pude distinguir algunos coches y el movimiento de soldados que portaban armas pesadas, diferentes de los simples revólveres que estaba acostumbrado a verles llevar. Estaban preparados para una guerra, provocada por mí, aunque yo no la quisiera.

Me pasé la mano por el pelo rubio y me lo eché hacia atrás, respiré hondo y volví a meterme en la cama.

— Lauren. — Oí que llamaban a la puerta.

— Hola.

— ¿Puedo pasar?

— Claro.

Giré mi cuerpo sobre la cama y puse los pies sobre la alfombra.

Fernanda entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Llevaba una bandeja con comida, un vaso de agua y otro de jugo.

— Pensé que tendrías hambre. — Puso la bandeja en la mesilla y se sentó a mi lado.

— Son las cinco de la mañana. Deberías estar durmiendo.

— Pero nadie va a poder dormir esta noche, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

— Debería haber estado allí y no traer enemigos a nuestra puerta. Les fallé a todos...

— Yo que tú no me culparía tanto. — Su voz era tranquila y sin ningún juicio. — Comprendo los compromisos que cada uno tiene para mantener el negocio familiar, pero nunca estuve de acuerdo con este matrimonio.

— No parecía eso.

— Tu hermano actuó como si fuera una buena elección y yo solo le pregunté una vez al respecto. Me llevó un tiempo, pero me di cuenta de que cuando elegí unirme a esta familia, tuve que adaptarme a la forma en que se resolvían los asuntos. Me ayudaste a verlo cuando dijiste que aquí se mata o se muere. Pero no creo que tuvieras que morir por eso.

— No iba a morir.

— Hay diferentes maneras de estar muerta, Lauren.

— ¿Me estás diciendo que prefieres enfrentarte a una puta guerra antes que verme casada con un cerdo que me trataría como a una puta?

— ¿No es eso lo que hace la familia? ¿Protegerse unos a otros? Me he enfrentado a muchas misiones difíciles.

— Esto no es el FBI.

— Pero aún tenemos que hacer frente a grandes amenazas. Al final, habrá merecido la pena, ¿no? — Sacudió la cabeza y se volvió hacia el pasillo, justo cuando vimos pasar a Logan.

Mi primo se detuvo delante de la puerta y me miró solo una fracción de segundo antes de volver a seguir a mi hermano.



LOGAN

Capítulo veintisiete

Querían mi cabeza y en el fondo pensé que sería prudente entregarme a ellos. Matar a un *capo* de la mafia tenía consecuencias, al igual que dejarlo en coma.

Fernanda me había llamado cobarde y quizá ese era mi momento de demostrar mi valentía.

— Voy a entregarme —le dije a Lucian cuando volvimos a quedarnos solos en su despacho—. Los rusos quieren sangre, mi sangre, y se calmarán cuando la consigan.

— ¿Qué? — Lucian se asombró de mi sugerencia. — Claro que no vas a entregarte. Tienes razón en que quieren sangre, pero no se detendrán solo en la tuya, también piensan que mi hermana es culpable. Además, ya nos causaban bastantes problemas antes de esta alianza y seguirán haciéndolo, te maten o no.

— ¿Vamos a luchar contra ellos?

— Tú eres el consejero aquí.

— Iván no es el único que vamos a tener que matar.

— Ya lo sé. — Lucian se mordió el labio inferior.

— No somos los únicos que tenemos enemigos, imagino que los Petrov también tienen su propia colección de enemigos.

— Es posible que alguna otra familia tenga el interés y los recursos para tomar el control de la mafia rusa. Si descubrimos quién, podríamos tener aliados.

— El enemigo de mi enemigo puede convertirse en mi amigo.

Lucian asintió.

— Pero no debemos olvidar que esto se aplica a ambos bandos —continué—. La Yakusa puede hacerlos más fuertes.

— Precisamente por eso necesitamos aliados. Nuestra prioridad es averiguar quiénes son sus enemigos y convencerles de que se pongan de nuestro lado.

— Exactamente.

— Haremos algunas llamadas, pero antes dime lo que tenías que decirme. — Lucian dio unos pasos hacia mí y me miró fijamente.

Tragué saliva.

— Se trataba de Lauren —insistió—. ¿Qué viste que le hacía ese cerdo a mi hermanita?

Pensé en cómo decírselo, si había una forma más educada o política de decirle la verdad, pero no encontré ninguna, y en todas las alternativas mi primo habría intentado matarme. Así que decidí ser lo más directo posible.

— Estoy enamorado de tu hermana.

— ¿Qué cosa? — Lucian movió los ojos y la cara como si no acabara de entender lo que acababa de decir.

— Siempre he amado a Lauren... — Apenas pude terminar la frase antes de que un puñetazo me diera de lleno en la mejilla y me dejara un ardiente sabor a sangre en la garganta.

— Maldito.

— Lucian...

— ¡Es solo una niña!

— ¡Ya no es una niña! — Mis palabras fueron suficientes para recibir un segundo puñetazo.

Lucian me golpeaba y yo no tenía la audacia de defenderme, no creía que debiera hacerlo.

— Eres demasiado viejo para ella.

— Iván es mayor que yo.

— ¡Es nuestra hermana! — Me agarró por el cuello y me lanzó un tercer puñetazo a la cara, que acepté sin defenderme. En el fondo, pensaba que me los merecía todos.

— ¡Lucian! — Fernanda entró en el despacho e impidió que su marido siguiera golpeándome. Me salvó la piel mucho más de lo que me hubiera gustado.

— Es nuestra hermana —repitió, molesto.

— No. — Fernanda lo corrigió. — Ella es *tu* hermana. Logan es solo un primo.

— Es lo mismo —resopló mientras retrocedía.

Mi primo nos miró a mí y a su mujer embarazada, y no parecía dispuesto a pasar por encima de ella para pegarme.

— ¿Lo sabías? —le preguntó.

— Lo sospechaba.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— No me correspondía a mí decirlo.

— ¿Así que nos pusiste en guerra con los rusos solo porque no podías ver a mi hermana

con otro hombre?

— Lo he intentado. Lo juro. Dejé que se casara y no hice nada, pero no pude evitar actuar cuando vi que la trataba como lo hacía.

— Pensé que solo la protegías, pero solo eres un lobo con piel de cordero. Debería entregarte a los rusos.

— Cálmate, Lucian. — Fernanda intentó suavizar las cosas.

— Estaba criando una serpiente dentro de mi casa.

— No es así.

— ¿No?

— Sé que Logan es un idiota, pero es fiel, Lucian. Lauren tampoco se merecía ese matrimonio.

Mi primo se pasó las manos por el pelo rubio, echándoselo hacia atrás, y resopló. Pensé que si no hubiera sido por su mujer, me habría saltado al cuello y me habría degollado como un animal.

— ¿Qué quieres que haga? — Intentó reflexionar y escuchó a su mujer. — ¿Sacar a mi hermana de un matrimonio concertado para meterla en otro?

— No. — Me sorprendí cuando Lauren entró en el pasillo.

Apoyó ambas manos en el marco de la puerta y llamó la atención de todos al aparecer de la nada.

— Deberías estar durmiendo. — Lucian fue duro.

— No va a ser un matrimonio concertado. — Me miró de un modo que me hizo sonreír y

pensar que merecía la pena recibir unos cuantos puñetazos, y luego volvió los ojos hacia su hermano. — Amo a Logan.

— ¿Cuánto tiempo llevan ocultándome esta relación?

— No teníamos nada. Bueno... — Me miró de nuevo, probablemente recordando lo que había pasado después de nuestra huida. — No antes de hoy.

— Deberías habérmelo dicho, Lauren.

— Mi voluntad no era más importante que los asuntos de la mafia.

— Debería haber considerado todo esto antes de tomar la decisión de casarte con Ivan. Deberías haberme dicho...

Lauren se me acercó y me agarró del brazo, provocando un poco más de furia por parte de su hermano, que solo no hizo nada porque su mujer le tomó de la mano.

— Voy a decirlo ahora. Quiero casarme con Logan. — Entrelazó sus dedos con los míos. Al mismo tiempo que esa declaración me hacía feliz, sabía lo que nos haría.

— El problema, hermana, es que ya eres una mujer casada. Creo que es poco probable que Iván te dé el divorcio.

Lauren me apretó más fuerte el brazo, pero no dijo nada.

— Intentarán matarnos, pero nosotros los mataremos primero. Como viuda, podrá casarse con quien quiera. — Lucian me miró, sin mostrar extrema felicidad por la elección de su hermana.

— No podemos morir. — Fernanda le tomó la mano y se la puso en el estómago.

Lucian seguía moviendo la cabeza, pero no decía nada más.

— Salgan de aquí, por favor. — Fernanda señaló la puerta, indicándonos a Lauren y a mí que saliéramos de la habitación.

Mi primo estaba furioso, pero su mujer creía que podía domarlo. Por mucho que hubiéramos pasado toda la vida juntos, estaba seguro de que yo no era su persona favorita en ese momento.

Lauren me arrastró fuera y dejé que me llevara sin protestar.



LAUREN

Capítulo veintiocho

Por mucho que me hubiera costado aceptar a la nueva esposa de mi hermano en nuestras vidas, no tenía ni idea de cómo hubiéramos arreglado las cosas sin ella. Lucian era mi hermano y me quería, pero estaba claro que no le hacía ninguna gracia enterarse de la pasión que siempre había albergado por Logan.

No quería que se enterara así, pero desde luego era mejor que tener que pasar el resto de mi vida con Iván. Estar de vuelta en casa me extasiaba, pero al mismo tiempo me aterrorizaba, porque conocía todas las consecuencias.

Nos detuvimos a la luz del pasillo y me quedé mirando a Logan. Le toqué la cara con la punta de los dedos y vi el chichón morado que se había formado allí a consecuencia de los puñetazos de mi hermano.

— Te ha hecho daño.

— Creo que me lo merecía.

— Probablemente. — Risas.

— Tu hermano querrá matarme durante un tiempo.

— Lo hará, pero creo que Fernanda puede manejarlo y mantener su furia y sus puños lejos de ti. Lucian no es nuestro mayor problema.

— Desgraciadamente, no.

— Mi marido... — Mi boca sabía amarga cuando dije esas palabras. — ...*Iván* me querrá de vuelta cuando salga del coma.

— Nos ocuparemos de ellos.

— Eso espero. — Me puse de puntillas y acerqué mis labios a los suyos.

Logan vaciló un instante antes de rodearme la cintura con el brazo y acercarme a él. Me apretó contra su cuerpo mientras su lengua se introducía en mi boca. Moví la cabeza, echándola hacia atrás y haciendo que me colgara el pelo. Logan subió la otra mano y me agarró la nuca, juntando los mechones y haciendo que el beso fuera aún mejor.

Imaginé que iba a levantarme y arrastrarme hasta su habitación. Me moría de ganas de que repitiéramos lo que habíamos hecho antes, aunque todavía estaba dolorida por la primera vez.

Sin embargo, antes de que pudiera seguir alimentando esa ilusión, Logan se apartó e interrumpió el beso.

— Ve a dormir, Lauren. Necesitas descansar.

— ¿No vienes conmigo? — Le agarré de las manos y tiré de él hacia mi habitación.

— No. — Logan permaneció inmóvil, sin importar cuánto lo presionara.

— Pero...

— No necesitamos darle a tu hermano más razones para estar enfadado.

— No hay problema.

Me pasó la mano por la mejilla y me dio un beso más, luego me empujó hacia mi habitación y se marchó.

Me quedé mirándole hasta que entró en su habitación y acabé haciendo lo mismo.



LOGAN

Capítulo veintinueve

Había noches complejas cuando eras miembro de la mafia. Las noches en vela formaban parte de ello cuando tenías enemigos muy peligrosos al acecho, pero aquella noche fue sin duda la más dura. Yo solía ser el centrado, el responsable y el que evitaba que la situación se nos fuera de las manos, pero era el único culpable de nuestro actual conflicto y en lugar de tener a mi primo a mi lado, como siempre había sido, él aún me miraba con desconfianza.

Me pregunté si el deseo de dispararme, que probablemente sentía Lucian, anularía el sentido común y lo llevaría a realizar ese acto.

— ¿Has comido algo, Logan? —me preguntó Fernanda cuando regresé a la oficina de mi primo más tarde aquella mañana, dispuesta a oír o presenciar lo que había planeado para mí.

— No. No tengo hambre.

— Si crees que vas a poder defendernos de algo con el estómago vacío, estás muy equivocado.

— Comeré algo después. — Me metí las manos en los bolsillos, sin prestar mucha atención a lo que me decía.

— No deberías preocuparte por él —resopló mi primo.

— ¡Lucian!

Se removió en su silla tras la mesa del despacho, pero siguió mirándome. Las pocas horas que habíamos estado separados no habían bastado para que decidiera que ya era hora de aceptar mi amor por su hermana.

— Tenemos que decidir nuestros aliados —intenté devolver el tema a lo que era realmente importante para nosotros.

— No podemos fiarnos de todo el mundo. — Su provocación me molestó, porque Lucian solo parecía ver su irritación al pensar en lo que yo sentía por Lauren. Estaba furioso por lo que le había pasado a Ivan y quería protegerla, incluso de mí.

— No fui el único que hizo algo estúpido por amor.

— ¿Estás hablando de mí? — Se levantó, golpeó con fuerza la mesa de madera oscura con ambas manos y el sonido resonó en toda la habitación.

— ¡¿Quién más se casó con una agente del FBI?!

— Con Fernanda es diferente.

— Por supuesto, porque eras tú.

— ¡Suficiente! Los dos... — Fernanda alternaba la mirada entre su marido y yo, tratando de devolvernos la cordura. — No pueden seguir actuando así. Ya basta con enfrentarnos a los rusos. Tenemos que estar más unidos que nunca.

— Sé que estás molesto, Lucian, pero intenté no traicionar tu confianza.

— Pero lo hiciste de todos modos.

Me quedé callado, no podía decir que se ha equivocabo, por mucho que quisiera.

— ¿Qué más le hiciste a mi hermana?

— ¿A qué te refieres?

— ¡Basta! —se impuso Fernanda—. Los dos están cansados, estresados, y quedan pocas horas para el mediodía. Los rusos los quieren a ti y a Lauren y no sabemos qué les harán si se los llevan.

— ¿Has hablado con tus amigos? — Me refería al resto del FBI, especialmente a los

corruptos que estaban en nuestra nómina.

— Están vigilados, pero no pueden hacer nada hasta que actúen.

— Pronto lo harán.

— Tenemos que estar preparados.

— He triplicado la seguridad de la mansión empleando a todos los hombres disponibles, incluidos algunos que se ocupan de la seguridad de los clubes por la noche —comentó Lucian.

— Haremos todo lo posible para mantenerlos alejados de aquí.

El teléfono de la mesa de Lucian empezó a sonar y contestó mi primo. Mientras hablaba por la línea, seguí haciendo conjeturas sobre quién o qué podría ser, pero con todos los chirridos durante la conversación, era muy difícil de entender.

— ¡Oh, mierda! —oí murmurar a Lucian.

— ¿Qué ocurre?

Colgó el teléfono con fuerza.

— Lucian... —insistió Fernanda, esperando una respuesta.

— Una bomba explotó frente a uno de nuestros laboratorios en Queens. Dañaron otros dos edificios contiguos.

— ¿Cuántos muertos? — Fernanda parecía preocupada.

— Veinte y contando.

— Maldita sea. — Miró su teléfono móvil. — Aún no es mediodía.

— La paciencia no es uno de los mejores rasgos de los rusos.

— Tenemos que averiguar en qué hospital está Iván y cuál es su estado.

— Si muere, querrán matarnos. Si vive, querrán matarnos —murmuró Lucian—. No importa, los rusos intentarán destruirnos.

— Tienes razón —asentí.

— Fernanda, déjanos solos. — Lucian se levantó al mirar a su mujer, pero ella vaciló, preocupada por su petición.

— Lucian...

— Prometo que intentaré no matarlo.

Alternó la mirada entre nosotros dos, temerosa de lo que pudiera ocurrir, pero yo asentí, animándola a irse. Entonces, la mujer cruzó la puerta del despacho y la cerró tras de sí, dejándonos solos.

Lucian cruzó los pocos metros que nos separaban, me agarró por el cuello de la camisa y me inmovilizó contra la pared.

— Espero que te des cuenta de que quiero la cabeza de Ivan.

— Lo he hecho.

— ¡Qué bien! — Me soltó y se alejó unos pasos, para darse la vuelta y mirarme de nuevo. — Si no eres el mejor marido del mundo para mi hermana, te vuelo los sesos y se los echo a los perros.

— ¿Estás diciendo que lo apruebas? — Abrí los ojos sorprendido por lo que acababa de decir.

— Lo acepto. Es diferente.

— De acuerdo.

— Pero primero tienes que ayudarme a salir de este fango y hacer que vuelva a ser una mujer soltera.

— Quizá habría sido más fácil si te lo hubiera dicho antes.

— Hubiera querido romperte la cara de todos modos, pero sí, hubiera sido mejor...

Asentí, pero antes de que pudiera decir nada, el móvil de Lucian empezó a sonar y contestó.

— Has destruido cosas que son importantes para mí. — Hubo una pausa terrible, pero no pude oír lo que decían al otro lado de la línea. — No voy a renunciar a mi hermana. — Lucian me miró mientras escuchaba. — Yo tampoco voy a renunciar a él.

Resopló y colgó el teléfono.

— ¿Fueron los rusos?

— Sí. Están dispuestos a crear un rastro de cadáveres hasta llegar a nosotros, pero podemos ser más listos. Los civiles murieron por la bomba que explotaron y los federales querrán algunas cabezas que podamos entregarles.

— Todavía están en inferioridad numérica y en nuestro territorio, tenemos que actuar para que se vean obligados a retirarse al suyo.

— Eso mismo.

— ¿Siguen en el hotel?

— Probablemente no.

— Lo averiguaré.

Yo era el responsable de habernos metido en este lío y tenía que pensar lo antes posible en cómo resolver el problema. Hice algunas llamadas. Como *consigliere*, tenía tantos conocimientos y contactos como el propio Lucian. Me veían como su espejo y me respetaban del mismo modo y, afortunadamente, ninguno de ellos sabía lo que había ocurrido internamente, y mucho menos mi interés amoroso por Lauren.

A través de nuestros socios, teníamos ojos y oídos en toda la ciudad de Nueva York. Los rusos se refugiaban en una vieja pensión del Bronx e Iván estaba en un hospital de Manhattan, vigilado día y noche por un pequeño equipo.

Yo no era de los que esperaban la siguiente acción, sino de los que se preparaban para el siguiente golpe.



LAUREN

Capítulo treinta

Confieso que no había nada más angustiante que sentarme en mi habitación a esperar lo que iba a pasar. No sabía si mi hermano seguía queriendo matar a Logan o si simplemente había decidido arreglar las cosas con él.

Ojalá podría hacer algo y ayudar a todos a salir de aquel lío, pero no podía hacer nada.

Intenté dormir, intenté leer e incluso intenté comer, pero no tuve éxito en ninguna de estas tareas. Pensé en visitar alguna de las galerías que admiraba para distraerme, pero sabía que arriesgarme a salir era lo peor que podía hacerme. Estaba tras los muros de aquella mansión y, por angustioso que fuera, sabía que allí estaba a salvo.

Me levanté de la cama y, en cuanto salí al pasillo, Steven vino corriendo hacia mí y me abrazó.

— ¡Tía!

— ¡Hola! — Le devolví el abrazo y le di un beso en la cabeza.

— Sigues aquí.

— Sí.

— No lo sabía.

— ¡Pues sí! ¡Sorpresa!

— Dijiste que te ibas a vivir lejos. ¡Estaba tan triste!

— Oh, Steven. — Me agaché para abrazarlo más fuerte. — Yo también estaba triste, por eso he vuelto.

— ¿Ah, sí? — Se le iluminaron los ojos.

— Sí.

— ¿Ya no te mudas?

— No.

— Qué buena noticia.

— Yo también lo creo.

— Pero, ¿y tu marido? ¿No te has casado? ¿Va a vivir aquí con nosotros también, como Fernanda vive con mi padre?

— Es más complicado que eso, Steven.

— ¿Por qué complicado? — Sacudió la cabeza, mirándome de reojo y analizándome durante largo rato.

— Bueno, solo tienes que saber que no va a venir a vivir aquí.

— ¿Nunca?

Negué con la cabeza.

— De acuerdo, pero tú te quedas, ¿no?

— Sí, me quedo.

— ¡Genial!

Abracé y besé con más fuerza a mi sobrino, pensando que esa era una de las principales razones por las que quería seguir viviendo en aquella casa.

— Lauren.

Miré hacia el pasillo cuando oí mi nombre y vi a mi hermano de pie en la puerta de su despacho, mirándome.

— Hola. — Me levanté para mirarle.

— Steven, ve a buscar a tu niñera.

— Está bien, papá. — El chico se fue corriendo a su habitación, dejándome a solas con Lucian.

— Ven aquí, Lauren. — Hizo un gesto con la cabeza, para que entrara en el despacho con él.

Sin protestar, le seguí la corriente.

Me detuve en medio de la habitación, mirándole, y Lucian se cruzó de brazos, observándome fijamente. Esperaba una reprimenda de hermano mayor, pero en lugar de eso se quedó ahí parado. Al cabo de un momento, dijo:

— Deberías haberme dicho que no querías casarte con Iván.

— ¿Alguna vez pensaste que quería? —resoplé.

— Nunca dijiste nada.

— Es la mafia, Lucian. ¿Tengo elección?

— Micaela y yo éramos felices, y pensé que podrías encontrar algo similar. No fue fácil al principio, pero... — Mi hermano estaba pensativo, pero yo sabía en el fondo que me quería y se preocupaba por mí.

— No son como nosotros.

— Por supuesto que no. — Había más arrepentimiento en sus ojos que reproche. — Quería resolver un problema y solo he creado otro aún mayor.

— Lo siento por eso.

— En cuanto a Logan...

Tragué saliva y pensé en las peores posibilidades de lo que podría decir.

— ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Afirmé con la cabeza.

— Es nuestro primo, Lauren.

— Primo no es hermano.

— En eso tienes razón —asintió—. Estoy enfadado con ustedes dos por no haberme dicho nunca nada.

— Ni siquiera nunca se lo había dicho a él, y Logan tampoco me había confesado nada.

— ¿Hasta ayer?

Asentí.

— ¿Qué vas a hacer? — Intenté cambiar de tema.

— Expulsar a los rusos de nuestra Nueva York y luego prepararnos para cualquier posible ataque que se les ocurra.

— Si Iván no está muerto, termina de matarlo.

Mi hermano asintió.

— ¿Lucian?

— Sí.

— ¿Significa esto que Logan y yo podemos estar juntos?

— Estás casada con otro hombre, Lauren. Es mucho más complicado de lo que parece.

— Si matas a Iván, seré viuda y podré volver a casarme con el hombre que quiera. Puedo esperar por eso.

— Pues espera.

— Pero...

— Lauren, si te refieres a las manos de Logan sobre ti, sabes que no es algo que me guste.

— Me alegro mucho más de tener las suyas que las de Iván —resoplé.

Si ya había arrastrado a mi familia a una guerra, al menos lucharía con mi hermano para poder estar con el hombre que realmente quería.

Lucian movió la cabeza negativamente.

— No esperaste a estar casado para acostarte con Fernanda y ella también estaba relacionándose con otro.

— Es diferente.

— Nada de nada.

— Lauren... — No dejé que intentara discutir.

— He hecho mucho por esta familia y quiero que hagan algo por mí. Recuerdo cuánto quería papá a Logan.

— Como un hijo.

— Pero no lo es.

Me miró fijamente, intentando pensar en algo que decir o hacer que me obligara a cambiar de opinión, pero no pudo hacerlo.

— Ya tenemos una guerra con los rusos.

— No quiero que los soldados o los *capos* lo sepan antes de resolver este problema.

— Seremos discretos. — Me lancé a sus brazos y lo apreté con fuerza. Me aterraba la guerra, pero me alegraba saber que mi hermano al menos estaba de acuerdo con mi relación con Logan.



LOGAN

Capítulo treinta y uno

Era obvio que los rusos intentarían esconderse de nosotros después de hacer explotar aquella bomba, pero estaban en nuestra ciudad y nosotros sabíamos lo que había debajo de cada piedra mejor que cualquiera de ellos.

Nuestro objetivo con esa misión era expulsarlos, hacer que regresaran a su ciudad y dejaran de ser una amenaza para nosotros, pero yo estaba dispuesto a matar a tantos como fuera necesario.

Se habían reunido en una pequeña pensión y no sabía cuántos seguían allí y cuántos habían regresado a Los Ángeles. Aparcamos los vehículos blindados en la carretera y Kevin fue el primero en salir, haciendo gestos a los demás soldados para que bajaran.

Lucian y yo salimos tras ellos. Llevábamos chalecos antibalas y cascos como los de las fuerzas armadas estadounidenses. Entramos en la recepción empuñando nuestras armas y oímos gritar a la recepcionista, que se sobresaltó ante la embestida.

Apunté con la pistola a la mujer y dejó de gritar.

— ¿Dónde están los rusos?

— En las habitaciones de la segunda planta.

— ¿Cuáles?

— De doscientos tres a doscientos doce.

Asentí y le hice un gesto para que se apartara, saliendo a la calle y abriéndonos paso para seguir adelante.

Me adelanté, tomando la iniciativa en aquella misión. Más que nadie, quería librar a

Lauren de aquellos hombres, quizá como mi propia penitencia por haber permitido que se casara.

Subí las escaleras con la pistola en la mano, dispuesto a disparar al primero que se cruzara en mi camino, pero con balas reservadas para los hermanos de Iván que habían iniciado el conflicto.

Una mujer apareció frente a mí e inmediatamente levantó los brazos, dejando caer un cubo de agua al suelo. Llevaba uniforme de criada y parecía estar limpiando una de las habitaciones cuya puerta estaba abierta.

— ¡Fuera de aquí! —le ordené, y salió corriendo.

Me dirigí a la puerta de una de las habitaciones indicadas por la recepcionista y la pateé, encontrando una habitación desocupada sin rastro del huésped, solo las sábanas revueltas confirmaban que alguien había estado allí.

— Vacía.

Fui al siguiente y me encontré con el mismo escenario.

— Vacía también.

— Ya deben de haberse marchado —comentó Kevin.

— Eso parece.

Por conciencia, fui de puerta en puerta hasta llegar a la última. Entré y oí un ruido.

— ¡Atrás! —grité a mi primo y a los otros hombres mientras agarraba un delgado hilo que estaba sujeto a la puerta y que, con un movimiento rápido y casi milagroso, conseguí sujetar antes de que apretara algún gatillo.

— ¿Qué es lo que pasa? — Lucian me miró, confuso.

— Hay una trampa, podría ser una bomba, un arma o cualquier cosa. Todo el mundo fuera de aquí.

— ¿Y tú?

Respiré hondo, intentando mantener la calma.

— Sea lo que sea, se desencadenará en el momento en que suelte esa cuerda.

— Si mueres, me llevaré tu cuerpo solo para que mi hermana pueda abofetearte.

— Voy a volver por ella. — Era una promesa.

Lucian asintió e hizo un gesto a los hombres. Lentamente, todos se alejaron y bajaron las escaleras. Miré a mi alrededor y, cuando creí que el resto de los hombres estaban a una distancia segura, solté el cable y corrí, lanzándome contra la ventana del pasillo.

El cristal se hizo añicos con el impacto de mi cuerpo un milisegundo antes de que una explosión se apoderara del pasillo. Pude sentir cómo me ardían las piernas antes de caer al suelo y rodar por la hierba hasta la acera.

Vi a algunos de los hombres venir corriendo hacia mí.

Intenté ponerme en pie, pero me quedé sin fuerzas durante unos segundos, ya que me las drenaba todo el dolor que sentía.

Luché contra las ganas de desmayarme y me mantuve en pie, mientras me movía y me miraba las piernas. Mis pantalones estaban chamuscados y parte de mis botas se habían derretido por el calor de la explosión.

— ¿Está vivo? —se burló Lucian mientras me hablaba.

— Parece que sí, por desgracia.

— Levántate.

Me quité los zapatos fundidos e impulsé mi cuerpo hacia delante para ponerme de pie. Afortunadamente, el casco y el resto del equipo de protección que llevaba me habían ayudado a salir con heridas mínimas.

Nos acercamos a los coches y desde allí analicé la segunda planta de la pensión. Había un agujero en el lateral del edificio, señal de la explosión que se había producido, pero no había sido lo suficientemente fuerte como para derribar todo el edificio.

— ¿Habrá sido una granada de mano? —preguntó Lucian, mirando en la misma dirección que yo.

— O una pequeña bomba.

— Sabían que veníamos.

— Era de esperar. Tenemos que ir tras Iván. Yo no maté al bastardo y necesito terminar el trabajo.

— Llamaré a los hombres que lo vigilaban en el hospital.

— De acuerdo.

Entré en uno de los coches y mi primo me acompañó mientras hablaba con alguien por teléfono. Capté algunas palabras, pero ninguna lo bastante clara.

— Mierda —murmuró Lucian al colgar.

— ¿Qué ocurre?

— Acaban de subir a Iván a un helicóptero para trasladarlo a un hospital de Los Ángeles.

— ¿Por qué lo permitieron? — Estaba enfadado y me preguntaba por qué había pensado

que sería buena idea ir primero por los hombres sanos.

— No pudieron hacer nada.

— ¡Maldita sea! Se nos escaparon de las manos.

— La próxima vez que vayas a golpear a alguien, hazlo bien. Al menos Lauren sería viuda ahora.

— ¿Crees que estoy contento con eso? — Hinché el pecho.

— La culpa es tuya. — Lucian cerró la puerta del coche y dio por terminada la conversación.

Sí, no podría discutirlo. Fue totalmente mi culpa. Pensé que estaba haciendo lo mejor para la mafia al permitir que se celebrara esa boda, independientemente de lo que sintiera por Lauren, pero lo único que conseguí fue dar vuelta todo y ponernos a todos en una situación muy complicada.



LAUREN

Capítulo treinta y dos

— Debería haber ido con ellos. — Me levanté del sofá y me dirigí a la puerta del salón, inquieta.

— No había mucho que pudieras hacer —respondió Fernanda con calma, contrastando con mi angustia al saber que mi hermano y el hombre al que amaba habían salido a enfrentarse a la familia del hombre con el que me había casado, que en ese momento intentaba matarnos.

— ¿Cómo puedes estar aquí esperando tan tranquila?

— La desesperación es un arma a favor de nuestro enemigo.

— ¿Aprendiste eso en tu formación?

— Entre otras cosas. — Se encogió de hombros.

Durante mucho tiempo no lo habría pensado, pero Fernanda demostraba cada día ser la compañera ideal para mi hermano. Era una buena líder, valiente, astuta y mejor entrenada que muchos de nosotros, incluida yo. Mientras que a mí me habían educado para saludar y sonreír, Fernanda sabía lidiar con el fragor de la guerra y la angustia de la batalla sin perder el control.

Oí un ruido en el garaje y me di cuenta de que habían llegado los coches. Salí y corrí hacia allí. Vi a varios soldados salir de los vehículos y finalmente a mi hermano y a Logan. Exploré rápidamente a Lucian y parecía entero, pero fue Logan quien me sorprendió. El *consigliere* estaba descalzo y tenía las perneras del pantalón chamuscadas. Cojeaba un poco, pero me dedicó una sonrisa cuando sus ojos se encontraron con los míos.

— Logan. — Intenté acercarme a él, pero mi hermano estaba en medio.

Busqué los ojos de Lucian, que me devolvió la mirada y asintió. Se apartó y me dejó acercarme a Logan.

— ¿Qué te ha pasado? — Le puse las manos en los brazos, pero las aparté en cuanto Logan hizo una leve mueca de dolor.

— Una pequeña trampa.

— ¿A qué te refieres?

— Fuimos por los rusos. No estaban allí, pero habían dejado una bomba de regalo esperándonos.

— ¿Bomba? — Me quedé dura. — ¿Qué quieres decir con bomba?

— Estoy bien, Lauren.

— No es lo que parece.

— Una buena ducha y estaré como nuevo. — Esbozó una sonrisa que me hizo ver que le dolía todo.

— Entremos. — Lucian nos hizo un gesto para que entráramos en la mansión.

Logan aceptó y los tres entramos en el salón. Fernanda los miró mientras entrábamos, pero no hizo ningún comentario. Imaginé que estaría esperando un momento más oportuno, o quedarse a solas con mi hermano, para que este le contara lo sucedido.

— Yo cuidaré de él —le dije a Lucian mientras empujaba a Logan hacia las escaleras.

— De acuerdo —aceptó sin mostrar ninguna emoción, y no supe si eso era bueno o malo.

Vi que Logan apretaba los dientes, pero evitó quejarse del dolor mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación.

— Podrías haber muerto allí —fui la primera en mencionarlo.

— Solo otro día en la mafia.

— Sí, siempre la mafia —resoplé. Era muy consciente de que nuestras vidas se resumían en esa palabra, pero aun así no pude evitar enfadarme cuando lo dijo.

— Toda mi vida ha girado en torno a la mafia, desde que tu padre me trajo a esta casa. Yo tenía cuatro años y tu hermano tres, y él ya nos estaba enseñando lecciones importantes sobre las responsabilidades que tendríamos.

— Por supuesto.

Di un paso hacia el pasillo, preguntándome si no sería mejor dejarlo en su habitación y que se las arreglara solo. Porque, por mucho que le hubiera dado mi virginidad, nuestra relación seguía siendo tan complicada y oscura como la propia mafia. Podíamos querernos, pero eso no parecía suficiente. Sin embargo, antes de salir de la habitación, Logan alargó la mano para tocarme la muñeca y me obligó a mirarle a la cara.

— Lauren...

— ¿Qué ocurre?

— Quédate aquí.

— Está bien. — Tragué saliva.

— Tu hermano tiene razón.

— A veces la tiene, pero ¿a qué te refieres ahora?

— La culpa es mía. Me guste o no, Fernanda me advirtió sobre cometer un error, pero lo único que no quería era fallarte a ti y al resto de la familia.

— Parece que no había forma de evitarlo.

Logan negó con la cabeza.

— Soy tu primo, soy mucho mayor. No debería mirarte con codicia, pero siempre has sido mucho más fuerte que yo. Si Iván fuera un buen hombre...

— Pero no lo es —me apresuré a interrumpirle.

— Pero si lo fuera, me conformaría con saber que eres feliz.

— ¿Creías que sería tan simple, Logan?

— ¿No?

Apreté los dientes e intenté pensar en las mejores palabras para expresarme. En el fondo, no podía decir que no le entendía, porque era muy difícil afrontar cualquier situación cuando el corazón y el deber estaban en lados opuestos de la balanza.

— ¿Y si te dijera que solo sería feliz contigo?

— Te diría que necesitabas intentarlo.

— ¿Y tú? ¿Nunca te has preocupado por tu propia felicidad?

— Mi felicidad no importa —respondió sin vacilar, como si aquella frase estuviera tan arraigada en su alma, que la hubiera memorizado.

— ¿Es altruismo o idiotez?

— Puedes ponerle el nombre que quieras.

Moví la cabeza negativamente y él siguió mirándome.

— ¿Así que lo que sientes por mí no importa? — Fruncí los labios, intentando contener las lágrimas que amenazaban con caer.

— Importaba tanto que nos metió en una guerra. Como dije, tu hermano tiene razón, todo es mi culpa. Quería hacer lo correcto por ti y por todos, pero por mucho que lo intente, siempre meto la pata.

— No exageres.

— Es verdad.

— Tú eres el consejero, Logan. Tienes que ver la situación más racionalmente.

— Nunca puedo atenerme a la racionalidad cuando se trata de ti.

— Logan... — Apenas conseguí susurrar su nombre antes de que cubriera mi boca con la suya. Sería una gran mentira si dijera que no quería ese beso.

Extendí una de mis manos para que la puerta se cerrara y nadie que pasara por el pasillo pudiera vernos. Logan movió su boca por mi cuello y dejó escapar un profundo gemido, pero no sabría decir si era de dolor o de placer. Fuera cual fuera la causa, no se detuvo.

Su boca recorrió la base de mi cuello, provocándome escalofríos, y luego subió hasta mi nuca, donde chupó y besó hasta llegar a mi oreja, mordisqueando y haciendo que mis nervios se activaran aún más.

— Logan, estás herido —me tomé la molestia de hablar mirándole fijamente a los ojos.

— Estoy dispuesto a pagar el precio de tenerte y puedo lidiar con el dolor que conlleva.

En aquel momento me pareció una hermosa declaración de amor, pero Logan iba mucho más allá, haciéndonos conscientes de todos los posibles obstáculos a los que nos enfrentaríamos hasta que fuéramos definitivamente marido y mujer.

Me tomó por la cintura y me llevó hasta la cama, recostándome en el colchón. Levanté las piernas y las rodeé por la cintura, aferrándome a él. Perdí un poco el aliento, pero lo ignoré y la excitación me inundó cuando su lengua volvió a encontrar la mía.

Subí mis manos por sus hombros, le rodeé el cuello y bajé por la nuca hasta meterle los dedos en el pelo. Logan me mordisqueó el labio inferior mientras sus manos exploraban mi culo.

Yo llevaba jeans, pero ni siquiera el grosor de la tela fue suficiente para evitar que sintiera el bulto de su miembro presionándome. Era evidente que a Logan le dolía su quemadura, pero eso no parecía impedirle disfrutar tocándome.

Suspiré cuando sus manos firmes y pesadas me presionaron las nalgas.

Me froté contra él y la excitación entre mis muslos se hizo más intensa a medida que nos besábamos, que mi cuerpo se frotaba contra el suyo y que mi sexo palpitaba ansioso por recibirlo, olvidando por completo el dolor que había sentido la primera vez.

Logan volvió a rodearme la cintura con las manos y me bajó la blusa. Levanté los brazos y dejé que me la quitara, tirándola al suelo. Solo con el sujetador, podía ver mejor cómo mis pechos subían y bajaban a medida que mi respiración se aceleraba.

Rodeé su nuca con los brazos y atraje su cabeza hacia mí, profundizando el beso. Mi lengua jugaba con la suya y lo único que deseaba era sentir la boca de Logan y todo su cuerpo en contacto con el mío.

Me retorcí, me quité el sujetador e incliné la cabeza hacia atrás, hundiéndome en el colchón mientras él se inclinaba para lamerme un pezón.

— Eres angelical y al mismo tiempo tan seductora...

No lo dejé seguir hablando, porque quería más de su boca, de sus besos y de todo su cuerpo. Con las piernas alrededor de su cintura y las manos apoyadas en sus hombros, me resfregué contra él, pidiendo más y más.

Logan se apartó para quitarse la camisa. Tiró la prenda al suelo y luego hizo lo mismo con los pantalones. Por la mueca que hizo al quitárselo, supuse que le causaba cierta incomodidad al entrar en contacto con los moratones. Finalmente, se deshizo de los pantalones y

pude ver su miembro rígido.

Se inclinó sobre mí, me agarró de nuevo por la cintura y me bajó los pantalones y las bragas de un tirón. Acercó la cabeza para darme un beso en el monte y luego se subió encima de mí, besándome el vientre, entre los pechos y llegando finalmente a la boca.

Yo le deseaba y él me deseaba con la misma intensidad. Por muy confuso que fuera el resto, pensé que ese punto era el que más debía tener en cuenta. Abrí las piernas y Logan se acomodó entre ellas mientras su boca tomaba la mía con fervor. Su pecho presionó mis pechos y lentamente encontró su camino dentro de mí.

Fue mi turno de gemir . Me agarré a sus hombros y presioné mis uñas contra ellos, clavándolas en su piel para que el ardor y la incomodidad disminuyeran. A pesar del dolor que me causaba su penetración, sentía un enorme placer al tenerlo allí y quería que continuara.

— ¿Va todo bien? — Me sujetó la cara y me obligó a mirarle.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

— ¿Puedo? — Empezó a moverse lentamente.

— Sí... — Susurré.

Logan apoyó una mano en la cama y aumentó la intensidad de sus movimientos, y poco a poco el dolor fue remitiendo. Era mucho menor que la primera vez y ya no tenía la sensación de que me estuviera desgarrando, solo de que mi cuerpo necesitaba abrirse para acoger todo su volumen.

Logan volvió a besarme y mis gemidos, mezcla de placer y dolor, dejaron de resonar por la habitación, acallados por sus labios. Siguió moviéndose hasta que sentí que sus músculos se agarrotaban y su mirada se quedaba inmóvil mientras un líquido cálido me llenaba.

En cuanto pareció recuperarse del acto, se apartó de mí y puso una mano entre nuestros

cuerpos. Me tocó el clítoris con el dedo y empezó a estimularlo. Arqueé la espalda y apreté los labios para que mis gemidos de placer sonaran lo más bajo posible. Por mucho que supiera que mi hermano no era idiota, no quería que nos oyera practicar sexo y, además, era media tarde y Steven seguía despierto.

Sujeté la cara de Logan y le miré fijamente mientras mi cuerpo se llenaba de éxtasis y todas mis venas se entumecían a medida que el orgasmo me bañaba.

— Si mato a Iván... —empezó, pero le toqué los labios y le impedí continuar.

— Cuando mates a Iván —corregí.

— Voy a casarme contigo.

— Es lo menos que puedo esperar. — Me reí y me besó.

Rodé de la cama, saliendo de debajo de él, y sentí su semen goteando por mis muslos.

— Vamos a ducharnos para que pueda curarte las quemaduras.

Asintió y miré sus piernas, examinando las heridas.

Me metí en la ducha y Logan me siguió. Seguramente me dolían mucho durante la ducha, por superficiales que parecieran, pero Logan no se quejó. Tampoco lo hizo cuando volvimos a la cama y fui a por unas pomadas.

— Tendrás que ir sin zapatos cerrados durante un tiempo.

— Eso parece.

Cuando aparté las manos de él para dejar de aplicarme una buena dosis de pomada, Logan me agarró la cara y me obligó a mirarle. Permanecimos así largos minutos, hasta que tiró de mi mentón y me besó, provocando una nueva oleada de caricias que sellaron la promesa que flotaba en el aire.



LOGAN

Capítulo treinta y tres

Entré en el despacho de mi primo cojeando. Odiaba que me hicieran daño, pero aún no había encontrado la forma de hacerme invulnerable y ese tipo de incidentes ocurrían, sobre todo cuando tenías muchos enemigos.

— ¿Te sientes mejor? — Fernanda me miró y me dedicó una suave sonrisa.

— Sí, gracias.

— Te mataría si dijeras que no —resopló Lucian.

— Amor — Fernanda intentó contenerlo.

Era muy probable que si no hubiera estado ella entre nosotros, mi primo ya habría intentado matarme.

— Se estaba revolcando con mi hermana.

— ¡Lucian! — Fernanda levantó la voz.

— ¿Fue así? — Se volvió hacia mí. Sin duda estaba celoso y negarle la verdad en aquel momento solo complicaría las cosas.

— Sí.

— ¿Lo ves?

— Se quieren, no es un acto de instinto ni nada parecido. — Ella no cambió su tono mientras se pasaba la mano por el estómago.

— Sí, la amo. No lo negaré más, Lucian.

— Bien hecho —resopló.

— Me voy a Los Ángeles a arreglar lo de Iván —dije en tono firme—. Tiene que morir para que Lauren se convierta en mi esposa.

— Buena suerte. — Lucian se rió, imaginando que intentaba suicidarme, y Fernanda movió la cabeza en señal de no.

— Deberías ser más prudente para ser un consejero.

Tenía en la punta de la lengua una respuesta grosera, pero tuve que aceptar que, en aquel despacho, era la mujer de mi primo la que más estaba a mi lado.

— Intenté actuar con prudencia y eso no impidió que llegáramos hasta aquí.

— Si vas allí solo y consigues matar a Iván y salir con vida, lo que sería un milagro, los rusos seguirán viniendo por nosotros.

— ¿Tienes alguna sugerencia mejor? — Me crucé de brazos, sintiendo que los músculos me tiraban y me dolían.

— Pensaré en un plan con más detenimiento.

— De acuerdo.

— Lucian. — Fernanda se volvió hacia su marido, llamando su atención, y me di cuenta de que tal vez había algo que aún no me habían contado.

— He hablado con los Bellucci. Vienen a ayudar.

— ¿Los italianos? Pero, ¿por qué deberían venir?

— Si caemos, también caerá la influencia de Italia con Estados Unidos. Ellos ciertamente no quieren eso.

— Ya veo. ¿Cuándo llegarán?

— Dentro de dos días. — Lucian respondió sin demora. Desde luego, no le hacía ninguna gracia pedir ayuda a alguien, siempre habíamos afrontado muy bien nuestros problemas solos, hasta ese momento.

— Lo siento —susurré.

— ¿Cómo?

— Lo siento, Lucian.

— Me alegra que admitas tu culpa.

— Lo comprobé con Inteligencia — Fernanda cambió de tema. — Todos los principales miembros de la mafia rusa están de vuelta en California, pero eso no significa que no hayan podido dejar más amenazas que esa bomba.

— Pondré a nuestros *capos* y a los líderes de la banda en alerta. Aunque seamos el objetivo, es posible que intenten hacernos daño de alguna otra forma.

— Hazlo. — Lucian me hizo un gesto para que le dejara solo en la habitación con su mujer, cosa que no dudé en hacer.

No quería confrontarlo, pero cada vez me parecía más difícil no hacerlo. Al menos hasta que toda la situación se normalizara, Lucian seguiría mirándome con expresión poco amistosa. Por mucho que quisiera ver feliz a su hermana, seguiría sin aceptar que ella quisiera estar conmigo.

Era innegable que el jefe era mucho más emoción que razón y esa era una de los motivos por los que se había casado con una de las mujeres menos probables.



LAUREN

Capítulo treinta y cuatro

Tomé el cargador y lo encajé en la pistola antes de acomodarme frente a los blancos y prepararme para disparar. Por mucho que mi hermano me mantuviera alejada de la acción, Lucian me había enseñado a usar un arma y qué hacer en caso de necesitar defenderme algún día.

Estaba inquieta, sentía que tenía que actuar. A los pocos disparos, me imaginaba la cara de Iván en la diana e intentaba darle justo en medio de la frente. Era terrible sentarse a esperar mientras otros decidían mi futuro.

Aquella guerra era desesperante. Mis padres habían muerto en una emboscada planeada por los rusos y el corazón se me estrujaba al pensar que los siguientes en morir podrían ser mi hermano o Logan. No había nada peor que la sensación de que podrían no volver a casa.

Tenía que hacer algo o acabaría volviéndome loca.

Apreté el gatillo y disparé otra secuencia de tiros al objetivo.

En cuanto me detuve, oí pasos y me giré, apuntando con el arma en dirección a quienquiera que fuese.

— ¡Cálmate! — Fernanda levantó los brazos en actitud defensiva. — No querrás disparar a una mujer embarazada.

— ¿Qué haces aquí?

— Te busqué en el dormitorio y no te encontré. Fui a la biblioteca y tampoco estabas. Así que me pregunté dónde podría encontrarte y acabé aquí.

— Entiendo. — Me encogí de hombros como si realmente no me importara.

— Descargar un peine de balas suele ser muy eficaz para descargar la ira.

— Sí, eso parece.

— Si necesitas hablar, Lauren, estoy aquí.

— Gracias, pero no por el momento. ¿Quieres disparar?

Asintió con la cabeza.

— Eso también ayuda. — Se acercó a un banco detrás de nosotros y tomó una pistola para ella. Comprobó que estaba cargada y apuntó al mismo blanco al que yo disparaba, acertando varias veces en el centro.

— Puedes dejar de presumir. Sé que eres buena.

— Durante mucho tiempo no lo creí. A veces lo único que necesitamos es tener fe en nosotros mismos.

— Son situaciones diferentes y creo que tengo suficiente fe en mí mismo.

— A veces no solo en nosotros.

— ¿No?

— En Logan, en tu hermano...

— Si Lucian no intenta matar a Logan antes que los rusos, será una gran ventaja.

— Tu hermano te quiere. Está enfadado por haberte puesto en una situación difícil y, al mismo tiempo, descontento porque Logan y tú no le dijeron lo que sentían.

— No serviría de nada.

— Ni siquiera lo intentaste. — Puso los ojos en blanco.

— Era complicado.

— ¿Más que una federal enamorándose de un mafioso? — Dejó caer la pistola sobre la mesa para ponerse la mano en el estómago.

— Somos primos. Él es mayor y el consejero de mi hermano.

— Solo sabrías cómo reaccionaría tu hermano si se lo dijeras.

— Tienes razón.

Esbozó una media sonrisa.

— Te dejaré en paz. — Le dio la espalda y empezó a caminar en la dirección por la que había venido.

— ¿Fernanda?

— ¿Sí? — Me miró de nuevo.

— ¿Te arrepientes de haber elegido a mi hermano?

— Fue duro, pero no me arrepiento. — Me dedicó una sonrisa amable.

Sabía que, en parte, yo era responsable de haberla hecho decidirse, pero nunca supe qué pasaba realmente por su cabeza, y menos aún si su intención no era solo espiarnos. En el fondo, creo que Logan y yo despreciábamos los sentimientos de mi hermano y su mujer, pero no teníamos el valor de admitir los nuestros ante nosotros mismos.

Respiré hondo y volví a apuntar. Puede que no estuviera preparada para un enfrentamiento, pero al menos había conseguido descargar mi ira.



LOGAN

Capítulo treinta y cinco

Hay momentos en la vida en que la verdad puede costarlo todo y ser liberadora al mismo tiempo. Así es como me sentía respecto a mis sentimientos por Lauren. Los había guardado para mí durante mucho tiempo, pensando que era lo mejor, pero la verdad sobre ellos estaba rompiendo lazos y mostrándome una posibilidad de felicidad, algo que había imaginado que nunca tendría.

Caminaba por el pasillo después de salir de mi habitación cuando me topé con Lucian, que se dirigía a la suya.

— ¿Dónde está Lauren?

— No lo sé, la buscaré.

— Ahora más que nunca tienes que cuidarla.

— Lo sé.

— A veces parece que no. — Se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, mostrando su irritación. Me pregunté si en algún momento mi primo iba a volver a pegarme, porque estaba claro que su rabia aún no se había calmado.

— Sé que un simple *lo siento* no es suficiente para ti...

— No lo es —me interrumpió con dureza—. Eres mi maldito consejero, deberías haberme impedido hacer eso.

— Como si fueras a hacerme caso —refunfuñé, pero pronto me di cuenta de que era el peor momento para decirlo.

— ¿Me estás diciendo que todo es culpa mía por meter a mi hermana en este

matrimonio?

— No.

— Eso es lo que parece. — Se masajeó las sienes, con la cabeza gacha. Al parecer no era el único que se sentía culpable. — Con Micaela no era tan difícil, pensaba...

— Tú y Micaela eran similares en edad y gustos. Sinceramente, creo que tuviste suerte.

— ¿Por qué no hiciste nada? — Me agarró por los hombros y me sacudió. En ese momento se mezclaron con facilidad su rabia hacia mí y su propia culpa.

— No podía pensar con claridad y tú eres el jefe. Además, los rusos siempre han sido un problema, estaría bien que la situación se suavizara.

— No debería haberlo permitido.

— Tienes razón, no deberías.

Me apretó los hombros con fuerza, inhaló profundamente y luego soltó el aire, aliviando la tensión y, cuando volvió a mirarme, tuve la sensación de que ya no contenía las ganas de matarme, sino que estaba decidido a resolver nuestro problema.

— Deshagámonos de esos bastardos.

— Sí.

Lucian me soltó los hombros y seguí por el pasillo hasta el primer piso. No encontré a Lauren en la cocina, la biblioteca o el comedor hasta que uno de los hombres me dijo que la había visto en el campo de tiro.

No sabía qué hacía allí, pero eran días difíciles para cualquiera. Mientras su hermano mayor alternaba la culpa con las ganas de matarme, yo me castigaba por no haber actuado, mientras pensaba en cómo podía evitar aquella guerra.

Entré en el cobertizo de la parte trasera de la mansión, oyendo el ruido de disparos. Lauren estaba tan concentrada que tardó un rato en fijarse en mí.

— Logan.

— Tienes mucho mejor aspecto. — Le sonreí. Recordaba haberla visto disparar unas cuantas veces, pero hacía mucho tiempo que no veía a Lauren empuñar un arma.

— He estado practicando. — Me dedicó una sonrisa forzada.

— Estoy orgulloso de ti.

— Si irrumpen en esta casa, quiero estar preparada.

— No van a entrar en esta casa. — Me acerqué lo suficiente para acariciarle la mejilla y hacer que me mirara.

— El FBI...

— Después de eso aumentamos la seguridad.

— No actuarán con protocolos.

— Nosotros tampoco. Me equivoqué, Lauren, al dejar que te tocara una vez, pero no volverá a pasar. Mataré a ese bastardo antes de que vuelva a poner una mano en un mechón de tu pelo.

— Cuento con esa promesa. — Dejó caer la pistola sobre la mesa y me rodeó los hombros con los brazos.

La agarré por la cintura y la levanté hasta que quedó sentada sobre la mesa de madera. Me acomodé entre sus piernas y le sujeté la cara. Nos miramos fijamente durante largos minutos hasta que ella tomó una de sus manos y la puso en mi mejilla.

— Te quiero, Logan.

— Yo también te quiero, Lauren. — Confesar esto era cada vez más fácil y natural.

Se inclinó y juntó sus labios con los míos. Metí la lengua en su boca y probé su dulce sabor.

Moví las manos hacia sus muslos, palpando la áspera tela hasta llegar a sus nalgas y apretarlas. Varias veces me había masturbado pensando en aquel cuerpo suave, pequeño y perfumado, y a veces me parecía difícil aceptar que realmente la tenía entre mis brazos y bajo mi cuerpo.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y yo recorrí su cuello con la boca, besándola, mordisqueándola y haciéndola estremecerse.

Habíamos tenido sexo más temprano. Antes, pasaba muchos días sin sentir el cuerpo de una mujer sobre el mío, pero cuando se trataba de Lauren, la deseaba todo el tiempo.

— Señor...

Me aparté de ella cuando oí la voz de Kevin detrás de mí.

— ¿Qué? —gruñí, con las manos aún sobre los muslos de Lauren, pero antes de alcanzar mi objetivo y bajarle la cremallera de los pantalones.

— El jefe está llamando.

— ¿Por qué?

— Tienen que salir. Los capos han pedido una reunión.

— Eso significa problemas. — Lauren me empujó por los hombros y me vi obligado a asentir.

— Desgraciadamente, sí.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Quédate aquí con Fernanda. — Le acaricié la mejilla y le pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja. — Tu hermano y yo lo solucionaremos.

— Vuelve pronto. — Me tomó de la mano y se quedó mirándome largo rato hasta que por fin me soltó, permitiéndome ir.

Dejé atrás a Lauren y seguí a Kevin hasta el garaje. Llevaba chanclas y cojeaba por las molestias causadas por las quemaduras en los pies, pero tuve que disimularlo para mantener mi postura lo mejor posible. Era lo bastante astuto como para saber que solo había una razón para este tipo de reuniones: el miedo. Nuestros hombres debían de estar aterrorizados ante los posibles rumores que pudieran extenderse.

— ¿Vas en chanclas? — Lucian me miró con cierto desdén.

— Nuevo estilo. — Me encogí de hombros.

— ¿Desde cuándo haces bromas?

— Vamos de una vez, Lucian. — Le indiqué el asiento de al lado en el coche y mi primo subió. — ¿Dónde nos reuniremos?

— En un terreno baldío en las afueras de la ciudad.

— ¿Cuántos vendrán?

— Todo el mundo, parece.

No hice más comentarios. Supuse que el miedo era mucho mayor de lo que yo pensaba. Teníamos que mantenernos firmes y demostrarles que seguíamos teniendo el mismo poder que habíamos tenido durante años.

Kevin condujo durante varios minutos hasta que aparcamos en un lugar rodeado de viejos hierros y altos arbustos. Cuando llegamos, ya había otros coches allí. Los *capos* venían no solo de Nueva York, sino de todos los pueblos de la costa noreste que respondían a nosotros, de ese y otros estados.

Los hombres bajaron primero, posicionándose para garantizar nuestra seguridad, luego Lucian y yo en último lugar.

— Parece que los rumores son ciertos: los atraparon —comentó un *capo*, Ulgar, que estaba de pie en un pequeño semicírculo con otros hombres frente a nosotros.

— Si nos hubieran atrapado, no estaríamos aquí. — Mantuve mi habitual tono duro y autoritario para recordarles a quién debían respetar.

— Tus pies... —comenzó otro.

— Me quemé. Apuesto a que la mayoría de ustedes se han quemado alguna vez por un motivo u otro.

— ¿Estás diciendo que estamos levantando sospechas por nada? — Ulgar se cruzó de brazos e hinchó el pecho.

— Para decir eso, primero necesito saber de qué sospechas estamos hablando.

— Que molestaron a los rusos y ahora van a por ustedes. Nos prometiste la paz y lo único que haces es atraer más guerra.

— A veces surgen contratiempos y tenemos que tomar medidas para volver a controlar la situación.

— ¿Contratiempos?

— Sí.

— Jefe —algunos se dirigieron a Lucian—, usted sabe que las guerras son malas para los negocios.

— Todos ustedes saben también que suelen ser inevitables en algún momento, nos guste o no.

— Queremos saber si lo que dicen es verdad —preguntó otro *capo* que estaba más atrás, oculto entre la multitud, y al que apenas podía ver bien la cara.

— ¿Qué cosa dicen? — Lucian se cruzó de brazos y yo permanecí inmóvil.

— Que todo este lío pasa porque tu consejero se tira a la puta de tu hermana. Seguro que el ruso la rechazó al enterarse de que era más experimentada....

Antes de que el idiota pudiera terminar de despotricar, saqué mi pistola de la cintura y apunté al tipo, disparándole en la cabeza, silenciándolo inmediatamente. Cuando los demás se dieron cuenta de mi actitud y vieron caer un cuerpo, algunos dieron un paso atrás y otros desenfundaron sus armas, apuntando en mi dirección, pero nuestros soldados les devolvieron la suya. Si alguien empezaba a disparar, el lugar se convertiría en una auténtica masacre, cosa que ninguno de nosotros deseaba.

— Bajen las armas —ordenó Lucian, y así lo hicimos.

— Tú mataste a Julian. — Alguien señaló el cuerpo.

— Sufrió poco después de ofender a un Lansky. — Apreté los dientes mientras hablaba furiosamente.

— Primero una agente federal, ahora problemas con los rusos...

— ¿Les ha llegado su mercadería? —preguntó Lucian.

— Sí. — Se vieron obligados a responder.

— ¿Están seguros?

— Sí.

— Entonces, ¡callense la maldita boca! ¿Necesito recordarte que yo toco la música y ustedes bailan? Si se atreven a desafiarme, rápidamente puedo cambiar el liderazgo de cualquiera de sus pequeños esquemas. ¿Está claro?

Permanecieron en silencio, asintiendo de acuerdo con mi primo.

— Estupendo.

— ¿Y los rusos? —insistió alguien.

— Nadie actúa contra Lansky y se sale con la suya. Si una guerra llega a sus puertas, tendrán que actuar como buenos soldados, de lo contrario serán considerados los peores desertores.

Me miraron fijamente, pero no me respondieron nada.

No era fácil actuar con liderazgo en aquel momento, pero nos tocaba tener mano dura para que, además de los rusos, no tuviéramos que enfrentarnos a ningún problema interno con alguna familia que se creyera con derecho a cuestionar nuestras normas.



LAUREN

Capítulo treinta y seis

Entré en la habitación de invitados que pronto daría la bienvenida al segundo hijo de mi hermano. Algunos de los regalos que habían recibido estaban sobre la cama, que pronto sería reemplazada por una cuna. Me acerqué y abrí una cajita que contenía un par de zapatos de bebé, tan celestes como un día de verano.

— ¿Tía?

Me di la vuelta sobresaltada y casi se me cae el objeto al suelo.

— Steven. — Sonreí cuando vi al niño en la puerta de la habitación.

— ¿Estás viendo los regalos de mi hermano pequeño?

— Sí.

— ¿Tú también quieres que nazca pronto? Papá dice que tardará unos meses, pero yo quiero que venga pronto para que pueda jugar a la pelota y a los autitos conmigo.

— Pasará un tiempo antes de que pueda jugar contigo.

— ¿Incluso para los rompecabezas?

— Sí. Bueno, los rompecabezas son más difíciles para los bebés que jugar a la pelota.

— Es verdad.

— Pero pasará rápido, ya verás. — Me acerqué a mi sobrino y le besé la coronilla.

— Qué bonito. — Sonrió.

Sin duda, el segundo hijo de mi hermano era muy esperado por otras personas.

— ¿Vamos a tu habitación? — Empujé a Steven por detrás hacia el pasillo.

— ¿Me lees un cuento?

— ¿De dinosaurios?

— No, quiero de Peter Pan.

— ¿Ese libro nuevo que te compró tu padre?

Steven asintió con la cabeza y me dedicó una gran sonrisa. Acompañé a mi sobrino a su habitación. Le ayudé a meterse en la cama y me senté en el borde, tomando el libro que me había indicado. Steven apoyó la cabeza en mi hombro mientras yo empezaba a leerle.

Casi había terminado cuando por fin se durmió, pero me quedé allí hasta que oí el ruido de pasos en el pasillo, junto con las voces de Logan y mi hermano. Acomodé a mi sobrino en la cama y salí al encuentro de los hombres.

— No podemos permitir que nos cuestionen —dijo Logan con firmeza.

— Mataremos a los que lo intenten. — Mi hermano exudaba pura rabia. Imaginé que el encuentro con los *capos* no había sido el mejor del mundo.

— ¿Se encuentran bien? — Me agarré al marco de la puerta mientras los miraba fijamente, escaneándolos de pies a cabeza en busca de una mancha de sangre o una herida reciente. Afortunadamente, no encontré nada.

— Lo estamos —respondió Lucian monosilábicamente.

— Estupendo.

— Voy a ver cómo está Fernanda. — Mi hermano pasó junto a nosotros y se dirigió por

el pasillo a la habitación que compartía con su mujer.

— ¿Están enfadados los *capos*? —le pregunté a Logan cuando nos quedamos solos en el pasillo.

— Los pusimos en su lugar. No te preocupes.

— Bien. ¿Y tú cómo estás?

— Bien.

— ¿Haciéndote el duro?

— Es parte de mi papel. — Sonrió y se le iluminó la cara.

— ¿Qué tal si dejas de lado tu papel por un momento? — Me acerqué y le agarré el cuello de la camisa, haciendo que bajara la mirada para observarme.

— ¿Para estar cerca de ti?

— Sí… —susurré.

— Lo estoy haciendo. — Se agachó, me rodeó la cintura con el brazo y me levantó en el aire, llevándome a su dormitorio.

Extendí la mano y cerré la puerta, atrancándola tras nosotros para que tuviéramos algo de intimidad. No cabía duda de que frecuentaba aquella habitación mucho más de lo que lo había hecho en los últimos años.

— ¿Te siguen doliendo los pies?

— No es la primera vez que me hieren. Sobreviviré.

— Duro.

— Siempre. — Se rió mientras me agarraba de la nuca y tiraba de mí para besarme, arrastrándome al centro de la habitación.

La lengua de Logan se zambulló en mi boca y yo moví la cabeza, intentando que nuestros labios encajaran mejor. Me inclinó hacia atrás, haciéndome caer sobre el colchón de su cama, que era mucho más suave y perfumado que el lugar donde tuvimos sexo por primera vez.

Antes de mi matrimonio con Iván, imaginaba que el sexo era algo que tenía que hacer por obligación, pero con Logan, lo deseaba, anhelaba estar con él... lo amaba.

Sujeté su cara entre mis manos e intensifiqué el beso, mi lengua buscando la suya con la misma ferocidad que lo hacía la de Logan. Deslizó su boca por mi cuello, haciéndola resbalar hasta la base de mi garganta. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y me sumergí en la oleada de sensaciones y efectos que provocaba cada una de sus caricias.

— Eres tan suave. — Me mordisqueó el lóbulo de la oreja, haciendo que me estremeciera entera, temblando entre sus brazos.

Suspiré, inflando los pulmones, y luego dejé salir el aire lentamente, disfrutando de cada estímulo que me abrumaba.

Logan siguió besándome hasta el valle entre mis pechos, pasando la lengua por la parte que sobresalía del escote de la blusa. Mientras tanto, sus manos bajaron hasta mi cintura, apretando y presionando antes de tirar de la prenda. Levanté el cuerpo y los brazos para que pudiera quitármela.

Me mordisqueó el pecho por encima del sujetador y solté un profundo gemido, incapaz de contenerlo. Imaginé que Logan iba a reñirme de alguna manera, pero se limitó a sonreír. Steven dormía y mi hermano y Fernanda no estaban precisamente callados.

Mi sujetador estaba abierto por delante y Logan deslizó sus dedos por debajo de la cremallera, abriéndola, haciendo que mis pechos aparecieran ante sus ojos. La lujuria con que me miró antes de chupármelos me puso aún más cachonda.

Froté mis muslos contra el costado de su cuerpo, animándole a continuar.

Bajó lentamente su boca, provocando escalofríos y un ligero cosquilleo, hasta llegar a mi vientre. Sus manos también se deslizaron hacia abajo, alcanzando mis shorts, abriéndolos y bajándolos junto con mis bragas. Su boca siguió recorriendo mi cuerpo hasta llegar a mi monte. Enredé los dedos en la colcha y me retorcí al sentir su aliento rozar mi zona íntima y provocar una serie de intensos y deliciosos efectos.

Separé aún más los muslos, receptiva a lo que estaba por venir. Logan deslizó su mano bajo ellos, bajando para agarrarme las nalgas y mantenerme firme. Sus dedos se hundieron en mi piel en el momento en que su lengua presionó mi clítoris. Fruncí los labios mientras ponía los ojos en blanco, para que mis gemidos no llegaran al pasillo. Siempre me había sentido enteramente de Logan y no podía estar más contenta de que esto se estuviera concretando.

Me pasó la lengua por los labios, con movimientos precisos y hábiles que me volvieron loca. Estiré la mano y le agarré del pelo, incitándole a profundizar más y con más intensidad. Podía sentir los pelos de su barba rozando la sensible piel de mi ingle, lo que hacía que el sexo fuera aún más intenso y lleno de sensaciones.

— Logan... — Gemí suavemente su nombre y él no me dio tregua con su boca y su lengua.

Intenté retorcerme en la cama, pero sus manos me sujetaban el culo, haciendo la tarea prácticamente imposible. El placer aumentaba poco a poco a medida que me estimulaba. No quería que se detuviera, y no lo hizo hasta que la tensión que se acumulaba en mi vientre explotó, enviando una oleada de lujuria por todo mi cuerpo que me dejó ardiendo como si estuviera hecha de lava pura.

Le tiré del pelo e hice que se pusiera encima de mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo, y mi boca volvió a encontrar la suya. Pude saborearme en su lengua al toparse con la mía, y las manos de Logan volvieron a recorrer mi cuerpo.

Tiré de su camisa y Logan se apartó para que pudiera quitársela, besándome de nuevo

inmediatamente después. Sus pantalones acabaron en el suelo con el resto de su ropa. Me tomó por la cintura y me hizo girar sobre la cama, poniéndose esta vez debajo de mí. Apoyé las manos en su pecho y me eché el pelo hacia atrás, antes de inclinarme para saborear su cuello.

Logan pasó las palmas de las manos por mi cuerpo, deslizándolas por mi espalda, trazando cada una de mis curvas. Mi cuerpo estaba todo caliente, mi sexo palpitaba cada vez más mientras me frotaba contra su erección, pero sin penetración. Le mordisqueé el cuello y él apretó más mi cintura y me estrujó contra su miembro. Me moví hacia delante y hacia atrás sobre sus caderas.

Mis gemidos crecieron en proporción a mi deseo hasta que finalmente levanté mi cuerpo y agarré el miembro de Logan, encajándolo dentro de mí. Incliné la cabeza hacia atrás y dejé escapar un profundo gemido del fondo de mi garganta mientras él me tomaba toda, entrando hasta el fondo. Apreté las uñas contra el pecho de Logan y él mantuvo las manos en mi cintura, pero pasó un rato antes de que intentara dictar mis movimientos mientras dejaba que me acostumbrara a su presencia. El dolor fue momentáneo y pasó cuando empecé a moverme, despacio, con las manos apoyadas en su pecho, y luego acelerando el ritmo, rodando y rebotando sobre su miembro mientras Logan me miraba profundamente.

Subió una de sus manos y me rodeó el cuello, apoyando los dedos en mi nuca y el pulgar en mi mejilla. Con firmeza, me atrajo hacia él, haciéndome caer sobre su cuerpo. Gemí contra sus labios antes de dejar que mi lengua se encontrara con la suya. Apoyé los pechos en el suyo y seguí moviéndome. El roce de su cuerpo contra el mío era delicioso y aumentaba aún más mi placer.

Continué dándome la vuelta con Logan ayudándome y guiándome. Mi respiración empezó a hacerse pesada, jadeante, haciendo más difícil seguir besándome. Apoyé la frente en la suya y nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaron.

— Logan...

— Lauren... —gimió conmigo.

Una de sus manos bajó hasta mi muslo y lo apretó con fuerza cuando noté que sus músculos se ponían rígidos. Los gemidos de Logan se hicieron más intensos y vi cómo sus ojos se entornaban cuando su líquido brotó dentro de mí.

No dejé de moverme, simplemente me aparté de él y volví a apoyar mis manos en su pecho. Aumenté la velocidad de mis movimientos y la intensidad con la que me frotaba contra él, disfrutando de los momentos que quedaban de su clímax en busca del mío. Cuando la tensión estalló, le apreté el pecho y aproveché al máximo, hasta que volví a inclinarme sobre él, esta vez exhausta.

— Te quiero —dijo en voz baja, mientras jugueteaba con mi pelo ondulado, echándolo hacia atrás.

— Yo también te quiero, Logan.

Estaba segura de que aún tendrían que pasar muchas cosas antes de que me convirtiera oficialmente en su esposa, pero ya era feliz con aquel momento, en el que yo era enteramente suya y no parecía haber nada en el mundo que pudiera estropear nuestra felicidad.

Me rodeó con sus brazos y me abrazó durante largos minutos hasta que me quedé dormida sobre su pecho.



LOGAN

Capítulo treinta y siete

Recordaba haber oído que no tenía sentido llorar sobre la leche derramada. Seguramente lo que había pasado no podía cambiarse. Me arrepentí de haber dejado que Lauren se casara con el ruso. En ese momento, podría haber sido mi esposa en lugar de estar atada a otro hombre. Sin embargo, temía una guerra, que al final resultó inevitable.

En aquel momento, por mucho que me arrepintiera de mis actos y decisiones, me tocaba afrontar la situación y encontrar la mejor salida para que Lauren y los demás pudiéramos estar a salvo. Mi objetivo era resolver el problema que yo mismo había causado.

Por la mañana, me levanté de la cama y la dejé durmiendo sobre mis sábanas. No había nada más extasiante que despertarme con ella entre mis brazos, con el aroma afrodisíaco de su piel invadiendo mi nariz. La cubrí con una sábana, para que su desnudez no quedara al descubierto, y cerré la puerta.

Todavía cojeaba cuando llegué al pasillo. Las quemaduras, aunque superficiales, me molestaban y esperaba recuperarme pronto.

Llegué al despacho de mi primo y vi que estaba sentado detrás de su mesa y hablando por teléfono.

Me hizo un gesto para que me acercara y cerré la puerta, deteniéndome frente a él.

— Sí, iremos allí a recibirlo —dijo al teléfono.

— ¿Recibir a quién? —pregunté cuando me di cuenta de que se había despedido y desconectado la llamada.

— Nuestra ayuda. Mateo Bellucci está en un avión que viene hacia aquí y aterrizará en una hora.

— ¿El subjefe en persona?

— Sí.

— Parece que han enviado a la caballería.

— No solo no les interesa que perdamos influencia, sino que también ganan con la caída de los rusos.

— Tienes razón.

— ¿Cómo está mi hermana? — Lucian se inclinó sobre la mesa y me miró seriamente.

— Durmiendo.

— ¿Y bien?

— Sí.

— ¿Ustedes ya…? — Se detuvo a mitad de la frase. Imaginé que le había molestado pensar en lo que hacía con ella a puerta cerrada.

— No. Nunca la había tocado antes de la boda. Bueno, nos habíamos besado.

— ¿Cuándo? — Alzó la voz.

— En su cumpleaños.

— ¿Sólo esa vez? — Inclinó aún más su cuerpo, analizándome.

— No me atrevería a acercarme a Lauren. Por mucho que me gustara, es mucho más joven que yo. Sé que es difícil confiar en mí, pero ella fue la primera en acercarse a mí y yo nunca hice ni intenté nada cuando era más joven.

— Así está mejor —resopló, dejando escapar un fuerte suspiro.

Me esforzaba por entender la postura de Lucian. Lauren era su hermana pequeña y lo único que quería era protegerla, aunque no hubiera tomado las mejores decisiones.

— Vámonos. — Se levantó.

— ¿Dónde?

— A buscar a los italianos. Son nuestros mejores aliados y necesitamos una recepción a la altura.

— ¿Le has pedido a Abigail que prepare algo especial para comer?

— Sí, platos inspirados en Italia.

— Estupendo. Me pondré los zapatos y nos vemos en el garaje.

Lucian movió la cabeza y me miró a los pies.

— ¿Duele?

— Bastante.

— Creo que te lo merecías. — Se rió en tono libertino.

— Dudaba que pensaras diferente.

— Cámbiate pronto. No es bueno que lleguemos tarde.

Asentí y salí de su despacho, dirigiéndome a mi habitación. Nada más entrar, vi a Lauren sentada en la cama, alisándose la ropa que habíamos tirado al suelo la noche anterior.

— ¡Eh! — Me sonrió pícaramente.

— Hola. — Me acerqué a la cama para rozar mis labios con los tuyos. — Buenos días.

— Buenos días. — Me sujetó la cara para que pudiera quedarme cerca más tiempo y prolongó el beso.

— Tengo que irme ya. — Salí para ir al baño. Tomé la pomada para quemaduras y unas gasas y me protegí el pie antes de ponerme los calcetines y los zapatos cerrados.

Hice una mueca y apreté los dientes cuando el cuero me apretó los dedos y me recordó la herida.

— ¿No es mejor llevar chanclas? — Me acarició los hombros, preocupada por mí.

— Viene un Bellucci y tengo que estar presentable.

— Sabrá que estás herido.

— Es mejor que no lo sepa.

— Logan, por favor. No quiero que tu lesión empeore.

— No empeorará si me quito los zapatos al llegar a casa.

Lauren movió la cabeza negativamente, en desacuerdo con mi opinión, pero no insistió. En el fondo, sabía que yo era tan testarudo que sería una pérdida de tiempo intentar hacerme cambiar de opinión.

— Hasta luego. — Le di un breve beso.

— Adios. — Lauren siguió mi mirada hasta que desaparecí por el pasillo.

Bajé al garaje y entré por la puerta abierta que me esperaba. Me senté junto a mi primo, que jugueteaba con su teléfono móvil. Sonrió ligeramente, pero trató de disimularlo cuando se dio cuenta de que yo estaba allí.

— ¿Qué te pasa? —le pregunté, curioso.

— Nada.

— ¿Lucian?

— Estas son las imágenes de la última ecografía de Fernanda, cuando supimos que iba a ser un niño. — Le dio la vuelta al móvil para que yo pudiera verlas.

— Será tan fuerte e inteligente como Steven.

— No tengo ninguna duda al respecto. — Se encogió de hombros, engreído. — Ojalá solo me preocupara por mi hijo nonato y mi mujer, pero estamos en una puta guerra.

— Lamento que tus planes no salgan como esperabas, pero a menos que Lauren fuera sacrificada, dudo que podamos evitar un enfrentamiento con los rusos.

— Espero que seas un marido mucho mejor para ella.

— O me matarás, supongo.

— Me alegro de que lo sepas.

— Haré lo mejor posible.

— Más que lo mejor. No se merece menos.

— Sí, Lucian, lo sé.

— Me alegro de que nos entendamos.

Kevin arrancó el coche y salimos del garaje de la mansión en dirección al aeropuerto, donde Lucian había quedado en recoger a Bellucci.

Sería la primera vez que lo vería en persona, a pesar de saber que uno de ellos había venido hacía unos años para solucionar problemas familiares. Los italianos eran una leyenda y la cuna de todo el crimen organizado tal y como lo conocíamos. Se contaba que la mafia había nacido allí en la época medieval, lo que no me sorprendió.

Mientras el chofer conducía, observé el cielo azul con pocas nubes y la gente moviéndose de un lado a otro. En Nueva York, siempre se tenía la sensación de que todo el mundo corría para llegar a algún sitio lo antes posible.

En el aeropuerto, fuimos a la pista de aterrizaje privada y esperamos dentro del coche hasta que aterrizó un pequeño avión. Nuestros hombres salieron del vehículo, formando una media luna para protegernos de posibles francotiradores, y Lucian fue el primero en bajar. Yo le seguí y me coloqué con los brazos cruzados delante del cuerpo en posición defensiva.

Los primeros que vi fueron los tripulantes del avión, que abrieron la puerta y esperaron a que la escalera de descenso se acoplara al avión. Algunos auxiliares de vuelo descendieron y luego varios soldados rodearon la escalera, asegurando la protección del hombre que seguía dentro.

No conocía personalmente a Mateo Bellucci, pero supe que era él cuando se detuvo en la puerta del avión, sacó un par de gafas de sol del bolsillo y se las puso sobre los ojos, luego se alisó el mechón, con el pelo recogido.

Bajó dos escalones, pero se detuvo cuando se le acercó una mujer. Era rubia, con un pelo ondulado que me recordó al de Lauren, pero llevaba una falda larga y una blusa roja muy diferentes del estilo de mi amada y también del discreto traje negro que llevaba Bellucci.

— Mateo. — Mi primo dio un paso hacia él, pero esperó a que el hombre y la mujer terminaran de bajar las escaleras y se detuvieran frente a él.

— Lucian.

— Es un placer conocerte por fin.

— Yo digo lo mismo. — Mateo soltó la mano de la mujer para tomar la de mi primo.

— Quiero que sepas que eres muy bienvenido en Nueva York, siempre.

— Agradezco la cordialidad, pero es una pena que esto no sea una excursión de un día. — Bellucci miró fijamente a mi primo.

— Espero que puedan disfrutar de los muchos atractivos que ofrece la ciudad una vez resuelto este conflicto.

— Quiero ver el *Empire State* —dijo entusiasmada la rubia cuando Lucian habló de pasear y divertirse.

— Ella es Luize. — Mateo la señaló. — Mi encantadora esposa.

— Es un placer conocerte. — Lucian le tomó la mano y le besó el dorso.

— El placer es mío. — Le devolvió la sonrisa. Desde luego, parecía muy contenta y emocionada, a diferencia de la expresión seria y muy analítica de su marido. — He oído que te casaste con una policía.

— Sí. — Mi primo no lo negó. — La conocerás cuando lleguemos a mi casa. Como está embarazada, creo que es más apropiado que espere allí.

— Yo también, estoy de tres meses. — Luize se puso la mano en la barriga. — Y tenemos otro hijo al que cuida mi suegra.

— ¡Felicidades!

— Gracias.

— El es Logan. — Lucian finalmente me señaló. — Es mi primo y mi *consigliere*.

Estreché la mano de Mateo y también besé el dorso de la mano de su mujer.

— Encantado.

— Gracias.

— Vamos a casa —dije—. Será mejor estar allí, así podremos hablar con calma y hacer las presentaciones adecuadas.

— Sí. — Mateo estuvo de acuerdo.

— Hemos traído una furgoneta para llevar a sus hombres y una camioneta blindada para usted y su esposa.

— Gracias. — Mateo miró el coche, analizándolo, pero no dijo nada sobre si le gustaba o no.

Acompañé a los dos hasta su vehículo, esperé a que se acomodaran y volví con mi primo por donde habíamos venido.

No sabía exactamente qué ventaja obtendríamos con su presencia allí, pero esperaba que fuera suficiente para acabar de una vez por todas con la amenaza de los rusos y devolver a Lauren el derecho a casarse conmigo.



LAUREN

Capítulo treinta y ocho

Cuando me desperté por la mañana y salí de mi habitación, me sorprendió el bullicio de los empleados, que iban de un lado a otro de la mansión, preocupados por los detalles.

Fui a la cocina a desayunar cuando me di cuenta de que la mesa del comedor ya no estaba puesta y me encontré con Abigail sacando un asado del horno.

— ¡Señorita! — Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que estaba a su lado y casi se le cae la bandeja.

Retrocedí unos pasos y dejé que se moviera para colocar la fuente sobre la mesada. Parecía una tarta y estaba humeante hasta el punto de que salía humo blanco al contacto con el calor.

— ¿Qué está pasando, Abigail?

— ¿No lo sabes?

— ¿Todo esto se debe a la visita de los italianos?

— Tu hermano quiere que todo sea perfecto y me ha encargado un auténtico festín.

— Comprendo. — Miré la mesada, observando los platos que ya había hecho e imaginé que podría ser una gran exageración, pero por el momento no creí que me correspondiera cuestionarlo, ya que en aquella casa no había mayor ley que la voz de mi hermano.

— ¿Está todo listo, Abigail? — Fernanda asomó la cabeza por la puerta antes de entrar en la habitación y acercarse a la mesada.

— Casi listo, señora. — La cocinera respiró hondo y se frotó las manos en el delantal, buscando algo en el fregadero.

— Perfecto.

— ¿Ya están llegando?

— Sí. Lucian acaba de llamarme y me ha dicho que están en camino.

— ¿De verdad necesitas todo eso de comida? — No pude contener mi curiosidad y mi pregunta iba dirigida a mi cuñada.

— Sí, nos están ayudando y merecen una cálida bienvenida.

— Parece que está llegando la realeza. — Reí.

— Bueno, por lo que dijo tu hermano, parece que en cierto modo eso es lo que son. Somos la rama más poderosa fuera de Italia, pero ellos siguen siendo Italia.

— Tiene sentido. — Descrucé los brazos al asentir. — Abigail, ¿hay algo en lo que necesites ayuda?

— ¿Podrías por favor tomar tu desayuno? Está en la nevera, pero lo dejé separado en un plato.

— Gracias. — Pasé junto a ella, le di un beso en la mejilla y abrí la nevera en busca de lo que me había indicado, que no tardé en encontrar.

Sólo en ese momento, cuando me alejé para desayunar, me di cuenta de que Abigail seguía llamándome *señorita*. Probablemente el hecho de que estuviera en casa le había hecho olvidar que me había casado. Sin embargo, prefería mucho más a la señorita Lansky que a la señora Petrov.

Me senté en una mesita de la cocina y empecé a comer la fruta y el yogur que Abigail me había preparado. Fernanda se acercó, pero antes de que pudiera decirme nada, oímos un ruido y salió de la cocina para comprobar qué era. Dejé mi plato y la seguí.

Salimos por la puerta del salón y nos dirigimos al garaje. Varios coches entraron por la puerta y aparcaron en los lugares donde solían estar, la mayoría acumulando polvo porque mi hermano y los otros hombres solían hacer un gran rodaje para no llamar demasiado la atención.

Primero vi a algunos de los soldados que bajaban de los coches, algunos tenían caras conocidas y otros eran completamente extraños, lo que me hizo pensar que tal vez no fueran los soldados de mi hermano.

Pronto apareció Lucian y Logan le siguió. Casi en comitiva, todos entraron en la casa. Di unos pasos hacia atrás, retrocediendo, y antes de darme cuenta estaba frente a uno de los sofás, inclinando el cuerpo hacia atrás para poder sentarme.

— ¿Fernanda? — Lucian hizo un gesto a su mujer para que se acercara cuando la vio.

Asintió y se dirigió hacia su marido.

— Esta es mi mujer. — Lucian la presentó.

— ¿La agente federal? —preguntó un hombre que parecía unos años más joven que mi hermano. Se quitó las gafas de sol para mirar a mi cuñada.

— Ex-agente. — Fernanda le corrigió.

— Es un placer.

— Lo mismo digo. Bienvenido a nuestra casa.

— Gracias.

— Lauren. — Lucian me tendió la mano y me hizo un gesto para que me acercara también. — Esta es mi hermana —me presentó.

Me levanté del sofá, un poco tímida ante los invitados, y les dediqué una sonrisa, esperando que fuera más amistosa que una mueca.

— Hola. — Saludé discretamente.

— ¡Hola! —La mujer rubia que iba con ellos se detuvo de un salto delante de mí. Tenía una amplia sonrisa, llevaba una falda larga y ropa bastante llamativa, algo que no esperaba para la esposa de un mafioso, pero nunca había estado en Italia para estar segura de ello.

— Soy Luize Bellucci.

— Lauren Lansky.

— ¿Es ella la razón de la pelea? — Bellucci me miró de arriba abajo y luego a mi hermano.

— En parte —admitió Lucian —. Acepté un matrimonio concertado, que no fue la mejor decisión que he tomado en los últimos años.

— Estos matrimonios son habituales —dijo Bellucci sin mostrar emoción alguna.

— Sí, pero no funcionó.

— ¿Y ahora los rusos quieren matarlos?

— Exactamente.

— Comprendo la situación. — El hombre se rascó el mentón mientras entrecerraba los ojos pensativo. — Ya nos hemos enfrentado antes a los rusos y sé que tienen muchos hombres y recursos. Para dominar un país como el suyo, se necesita un equipo y una organización. Sin embargo, por suerte para nosotros, imagino que la célula de Estados Unidos opera individualmente, en una relación similar a la que tenemos con ustedes.

— ¿Crees que los rusos vendrían de allí para ayudar a los de aquí? —preguntó Logan con seriedad, probablemente intentando analizar todas nuestras posibles amenazas.

— Es posible, pero poco probable.

Abigail apareció en la puerta e hizo un gesto a Fernanda, que asintió.

— ¿Vamos a comer? —llamó mi cuñada—. Todo está listo e imagino que estarán hambrientos después de tu largo viaje.

— Sí, tengo hambre. — Sonrió la rubia. — Comiendo por dos. — Se puso la mano en el estómago, llamando la atención sobre el ligero volumen que había allí.

— ¿Estás embarazada? —Fernanda le sonrió.

— Sí. — Ella correspondió con otra amplia.

— ¡Felicidades!

— Lo mismo digo. — Señaló la barriga de Fernanda.

Verlos actuar así me hizo ponerme la mano en el estómago y pensar en el mío. Esta sería sin duda una de las principales funciones que hubiera tenido junto a Iván, darle hijos. No se había casado antes y seguía sin tener herederos aparte de sus hermanos.

Pero estar con Logan iba mucho más allá de tener hijos, era la pareja en su conjunto.

Mi hermano insistió en que fuéramos al comedor y nos instalamos en la mesa en nuestros sitios habituales, dejando el otro extremo, que solía quedar solo, para Bellucci y su mujer.

— Le he pedido a mi cocinera que haga pasta —dijo Fernanda—. Espero que te guste.

— Gracias. — Luize sonrió mientras nos miraba a nosotros y a la comida. — Huele de maravilla.

— Espero que el sabor también sea una maravilla. — Fernanda sonrió.

— Probablemente lo sea.

Tras intercambiar algunas frases más sobre el sabor de la comida, nos concentramos en almorzar. Como había desayunado poco antes, no tenía mucha hambre, así que me serví un poco para no quedarme mirando el plato mientras los demás comían.

Después de comer, los hombres fueron a reunirse en el despacho de mi hermano, dejando a la encantadora italiana en nuestra compañía.



LOGAN

Capítulo treinta y nueve

Bellucci descruzó los brazos y se acercó a nosotros, analizándonos antes de decir nada.

— Mi hermano dijo que los rusos dejaron bombas.

— Sí. Dos —respondí en tono firme—. La primera dejó civiles como víctimas, la segunda causó menos daños y parecía centrada en golpearnos a nosotros.

— ¿Atacaron la casa?

— Todavía no. — Mantuve mi tono.

— ¿Crees que lo harán? — Lucian estaba preocupado. — Mi mujer y mi hijo están en esta casa, así como mi hermana.

— Es posible, si consideras que podrían querer a tu hermana de vuelta. La ven como una propiedad, desde que se casó con el jefe, ¿no?

— Se casó —respondió Lucian monosilábicamente.

Ese hecho resurgió en mi interior. Podría haber intentado hacer algo para impedirlo antes, pero dejé que mi obediencia a la mafia y mi falta de valor para afrontar la situación me silenciaran hasta que fue demasiado tarde.

— Pensemos en alguna protección contra drones y misiles.

— ¿Drones? — Arqueé una ceja.

— Cualquiera con un mínimo de dinero puede tener acceso a este tipo de tecnología y a los materiales necesarios para volar una mansión como ésta en un abrir y cerrar de ojos. Imagino que eso no es lo que quieren.

— No —aseguró mi primo.

— ¿Tienen un departamento de tecnología? — Mateo parecía mirar a su alrededor, analizando el despacho de mi primo.

— Solo algunos hackers que trabajan para nosotros. Pero también tenemos contactos en el FBI y la CIA muy bien pagados para que nos pasen toda la información que necesitamos — dijo Lucian hinchando el pecho, como si eso fuera suficiente.

— ¿Por qué descuidan la parte más importante? — Mateo movió la cabeza negativamente. Como la pregunta parecía más una ocurrencia de última hora que lo que realmente se nos decía, no contestamos.

— ¿Qué necesitas? — Lucian dio un paso hacia él.

— Unos cuantos servidores, ordenadores, personal formado y un lugar refrigerado para guardarlo todo.

— Puedo conseguirlo.

— Bien. Por suerte he traído conmigo a algunos hombres que pueden ayudarme a programar defensas y bloqueadores para proteger la casa.

— ¿Vas a hacer algún tipo de cúpula alrededor de la mansión? — Mi curiosidad era lo bastante grande como para que se me escapara la pregunta.

— Es básicamente eso, pero no será visible. Servirá para alejar drones, desviar misiles o cualquier amenaza guiada que entre en los límites de la propiedad. Es mucho más difícil golpear este lugar si tienes que atacarlo directamente.

— Tiene mucho sentido.

— Siempre lo tiene. — Se encogió de hombros.

Tomé un papel y un bolígrafo de la mesa del despacho de mi hermano y se lo entregué a Bellucci.

— Haz una lista con las especificaciones de lo que necesitas. Yo lo conseguiré.

Hizo caso omiso del papel, sacó el móvil del bolsillo, tecleó algunas cosas y se volvió hacia mí.

— Ya está en tu móvil.

— ¿Cómo? — Me sorprendió tomar el teléfono y ver el mensaje. — Ni siquiera tenías mi número.

— Es un detalle fácil de resolver, pero no perderé mi tiempo ni el tuyo explicando cómo hacerlo.

— Iré por lo que necesitas.

— Gracias.

Miré a Lucian, que asintió, y los dejé a los dos solos en el despacho.

Al principio, imaginé que recibiríamos soldados para un enfrentamiento directo, pero con la llegada de aquel hombre, me di cuenta de que la guerra podía tener matices que yo desconocía.



LAUREN

Capítulo cuarenta

Cuando los hombres abandonaron el comedor y se dirigieron al despacho para hablar de la amenaza que se acercaba sobre nosotros, nos quedamos allí. Terminé de comer tranquilamente y observé a Luize, que hacía lo mismo. En cuanto terminó de comer, cruzó los cubiertos sobre el plato y nos miró, sonriendo.

— Estaba delicioso.

— Me alegro. — Fernanda se inclinó hacia ella. — Siento importunarte, pero ¿por qué has venido con él a pesar de estar embarazada?

— Mateo quería que me quedara con el resto de la familia y nuestro hijo. Dijo que así era más seguro, pero yo le amenacé con llevar pantalones durante un mes hasta para dormir si me dejaba allá. — Puso una mueca que nos arrancó una carcajada a Fernanda y a mí.

— ¿No llevas pantalones? — Me ha intrigado tu comentario.

— No. Soy de origen gitano y mantengo mis tradiciones, al menos la mayoría de ellas. Mateo y yo intentamos mantener un consenso, sobre todo a la hora de decorar, porque él prefiere los tonos grises y pastel, mientras que yo quiero ponerle vida y color a todo.

— Es bueno que hayan llegado a un consenso.

— Él me ama. Así que trata de ser flexible conmigo.

— No se habría casado contigo si no hubiera estado dispuesto a ceder —comentó Fernanda, analizando la situación.

— Y mucho menos robarme de camino a otra boda.

— ¿Te ha robado? — Me quedé estupefacta por lo que oí. Sin embargo, en el fondo, era

todo lo que quería que Logan me hubiera hecho.

Luize asintió, sonriendo.

— Estaba prometida a otro hombre y se suponía que debía casarme con él, pero Mateo y yo ya nos habíamos involucrado demasiado... — Sus mejillas se sonrojaron.

— ¿Habías tenido sexo? — Mi curiosidad no hizo más que crecer.

— No solo eso. Me había quedado embarazada. Bueno, Mateo no lo supo hasta que me rescató de camino a mi boda.

— Qué romántico...

— Era aterrador, pero al mismo tiempo me hacía muy feliz. Quería estar con el hombre que amaba y no con el que mi padre quería para mí.

— No sé por qué siguen haciendo eso —refunfuñó Fernanda para sí misma, girando la cabeza hacia otro lado mientras reflexionaba sobre la pregunta—. Cada uno debería elegir con quién quiere pasar el resto de su vida y no estar atado a este tipo de arreglos.

— Ocurren todo el tiempo —dijo Luize.

— Dímelo a mí —resoplé, apoyando el mentón en una mano.

— Por lo que tengo entendido, tu situación es parecida, ¿no? — Luize seguía mirándome, queriendo saber un poco más de mí después de haberme contado tanto sobre sí misma.

— Más o menos...

— ¿A qué te refieres?

— No me rescataron. Me casé con quien no quería.

— Pero estás aquí, de vuelta en tu casa familiar.

— Sí.

— ¿No es bueno?

— Sí, Logan me sacó de allí antes de que pasara la noche de bodas. No sé cómo habría sido si él no hubiera actuado antes de que ese hombre me hiciera lo que quisiera.

— Lo siento mucho. — Luize curvó los labios en una expresión triste.

— Gracias.

— Logan es tu primo, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

— Debió de ser como un hermano para ti. Imagino que quería protegerte tanto como al jefe.

Fernanda soltó una leve risita, delatándome, y yo me sentí completamente avergonzada, sintiendo cómo mis mejillas se ruborizaban.

— Bueno... No es como un hermano. — Mi mente se llenó de imágenes de Logan que nunca se repetirían con Lucian.

— Ustedes dos... — Luize se tapó la boca con la mano y se rió como Fernanda.

— Lo amo —admití.

— Imagino que querías casarte con él.

— Espero poder hacerlo tan pronto como me deshaga de este matrimonio que no deseaba.

— Con Mateo aquí, estoy segura de que serán capaces de resolver la situación. Es el mejor en lo que hace.

— Gracias.

— Les agradecemos mucho toda su ayuda —dijo Fernanda.

— Cuando todo esto acabe, nos reiremos de esta historia y se la contaremos a nuestros hijos. — Se acarició el vientre.

— Seguro que sí. — Mi cuñada estuvo de acuerdo. — ¿Es niño o niña? — Señaló el vientre de Bellucci.

— Nuestro primer hijo es un hombre, pero este que viene aún no lo sé. Mi suegra y yo esperamos que sea una niña. ¿Y tú?

— Voy a tener un niño.

— Ah, ¡felicidades! El próximo jefe.

— No. — Fernanda la corrigió sin que pareciera importarle en absoluto. — Lucian tiene un hijo mayor de su primer matrimonio. Steven solo tiene seis años, pero cuando sea mayor, se formará para hacerse cargo del negocio de su padre.

— ¿No te molesta?

— En absoluto. — Fernanda esbozó una sonrisa sincera. — Quiero a ese chico casi como si hubiera salido de mí.

— ¡Qué bien!

Fernanda asintió.

— ¿Está aquí tu hijastro? — Luize se levantó de la silla.

— En la habitación con la niñera, probablemente.

— ¿Puedes llevarme a conocerlo?

— Por supuesto. — Fernanda me hizo un gesto para que me levantara y las tres nos dirigimos a la habitación de Steven.

También esperaba una excusa para pasar por la puerta del despacho de mi hermano y averiguar de qué hablaban, pero por desgracia estaba cerrado y no pude oír nada.



LOGAN

Capítulo cuarenta y uno

Me pregunté qué sería más rápido, trasladar todo el equipo que se había pedido mediante contrabando o simplemente ir a una tienda y comprarlo. Acabé optando por la segunda opción, ya que no sabía exactamente a qué contactos dirigirme para que todo se hiciera lo antes posible. La tecnología nunca había sido mi fuerte y no me interesaba la innovación. Siempre me había centrado en mantener el negocio como llevaba años funcionando, pero quizá debería haberme dedicado mejor a este campo para garantizar la seguridad de todos.

Sentimos un fuerte impacto al entrar en un túnel, lo que hizo que el coche chocara contra el lateral de hormigón. Saltaron chispas mientras traqueteábamos dentro del vehículo y este se arrastraba por la pared hasta detenerse por completo.

— ¿Qué mierda pasa? —preguntó Kevin desde detrás del asiento del conductor.

— No lo sé.

Dentro de la furgoneta, era difícil ver dónde estábamos y quién nos rodeaba. Saqué mi pistola y me preparé para devolver los disparos.

Había otros coches con nosotros y oí los disparos. Mis hombres contraatacaban, disparando a los que pretendían matarnos.

Miré a mi alrededor para intentar averiguar de dónde procedían los disparos. Había un coche no muy lejos con tres hombres, probablemente el vehículo responsable de nuestro accidente. Iban fuertemente armados y no parecían dispuestos a detenerse hasta matarnos.

— ¿De dónde han salido estos tipos, señor? —me preguntó Kevin.

— No lo sé, pero quiero averiguarlo.

Con la pistola en la mano, incliné brevemente el cuerpo y abrí la puerta, saliendo del

vehículo para intentar disparar a nuestros perseguidores.

Puede que no entendiera mucho de tecnología e informática, pero sí entendía de mafia y sabía utilizar muy bien una pistola. Mi tío, el antiguo jefe, estaba orgulloso de mí y decía que era uno de los mejores que había conocido.

Entrecerré los ojos para apuntar mejor y volví a disparar, alcanzando a uno de los tipos en la cabeza. En cuanto se dieron cuenta de la procedencia del disparo, volvieron a atacarnos y se abalanzaron sobre la furgoneta en la que yo iba. Afortunadamente, el vehículo estaba blindado y resistió los golpes.

Les disparé varias veces más. Dos de los disparos dieron en el lateral del coche donde se estaban cubriendo, pero el tercero alcanzó a uno de ellos en el hombro. El otro hombre, el que seguía en pie, fue alcanzado por mis hombres y cayó inmediatamente después.

Hice un gesto a los soldados para que comprobaran los alrededores y, en cuanto me di cuenta de que no había peligro, salí de la parte trasera de la furgoneta y atravesé el túnel. Vi los cuerpos caídos y me incliné sobre uno de ellos, comprobando su documentación. En su cartera había una licencia con un nombre de origen ruso.

— ¿Son ellos, señor? — Kevin no tuvo que ser muy listo para adivinarlo.

Asentí con la cabeza.

— ¿Cómo sabían que estábamos aquí?

— Probablemente nos están espiando y vieron que salimos de la casa.

Los rusos querían mi cabeza por lo que le había hecho a Iván, y sería ingenuo por mi parte pensar que no irían a por todas para intentar matarme.

Oímos el sonido de las sirenas cuando aún estábamos cerca de los cadáveres. Guardé mi arma y me alejé antes de que una de las patrullas se detuviera. Poco después, dos policías se

acercaron a mí.

— Señor... — Uno de ellos se sorprendió al verme.

— ¿Qué ha pasado aquí? — El segundo hinchó el pecho, tratando de mostrar un poco más de valor.

— Me dispararon y me defendí. ¿Ustedes no harían lo mismo?

Al final aceptaron. Todos los policías sabían muy bien quién era yo, y los que no estaban en nómina de la mafia tampoco tenían valor para desafiarme. Para ninguno de ellos era nuevo que eran los Lansky quienes dirigían la ciudad.

— Llévense esos cuerpos lejos. — Señalé a los rusos muertos en el suelo. — Ninguno de nosotros quiere llamar más la atención.

— Está bien.

— Me alegro de que estemos de acuerdo. — Los fulminé con la mirada una vez más antes de darles la espalda y volver con mis hombres.

A uno de los nuestros que había sido baleado lo recogieron los demás y lo metieron en el maletero de uno de los vehículos para llevárselo. Cuando se producían muertes, entregábamos los cadáveres a la familia, pagábamos el entierro y nos asegurábamos de que a los familiares no les faltara de nada. Era nuestra forma de cuidar a los nuestros y, sobre todo, de garantizar su lealtad.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó Kevin.

— Vamos a la tienda a comprar lo que hemos venido a buscar. Quédate afuera con el resto de los hombres, vigilando todo. No quiero que nos sorprendan de nuevo.

— Sí, señor. — Caminó conmigo de vuelta a nuestro vehículo.

Detuvimos la camioneta delante de una de las tiendas de informática más grandes de la ciudad. Comprobé la bolsa de efectivo que llevaba conmigo. Pensé que tenía suficiente para comprar todos los artículos que me habían encargado.

Vi a un hombre empujando a una mujer. Ambos parecían ser empleados de la tienda y él la estaba instigando para que viniera hacia mí. Puse los ojos en blanco ante su actitud. ¡Qué mierda! La caballerosidad ya no se practicaba como antes.

Aunque la policía no tenía pruebas contra nosotros, corrían rumores por la ciudad y todo el mundo sabía quién era yo.

— Ho... ho... hola... —tartamudeó la empleada mientras se ponía delante de mí.

— Hola —respondí sin demora.

— En... qué... ¿Qué puedo hacer por usted?

— Necesito estos artículos lo antes posible. — Saqué el móvil del bolsillo y le enseñé todo lo que me había pedido Mateo Bellucci.

— Me encargaré de ello. — Se alejó de mí.

— Estupendo.

Tras largos minutos mirándome fijamente, la gente de la tienda empezó a moverse de nuevo. Todavía temerosos, se esforzaron por volver a hacer lo que les ocupaba antes de que yo entrara en la tienda.

— Siéntese aquí, señor Lansky. — Uno de los hombres señaló un sillón de felpa a la entrada de la tienda.

— ¿Quiere agua o galletas? No tenemos champán, pero podemos conseguirlo si lo desea.

— No quiero nada.

— ¿Seguro?

— Sí —dije en tono firme y frío—. Solo quiero lo que he venido a comprar y me iré.

Miré a mi alrededor y vi que había dejado el maletín con el dinero dentro de la camioneta.

— Enseguida vuelvo.

El tipo asintió, sin pensar siquiera en objetar. En el fondo, creo que me temía lo suficiente como para no pensar siquiera en abrir la boca.

Volví con la maleta y esperé un poco más, hasta que volvieron empujando un carrito con los artículos solicitados. Algunos artículos eran mucho más grandes y voluminosos de lo que había imaginado en un principio.

— ¿Es todo lo que necesita, señor?

— ¿Has comprobado la lista? — Abrí mi móvil para que pudieran verla de nuevo.

— Sí.

— Estupendo. Eso es todo.

Tomé la maleta y la abrí cerca de una mesa.

— ¿Cuánto es?

— Trescientos veinticinco mil.

Abrí los ojos sorprendido por la desorbitada cantidad, pero afortunadamente había traído el dinero que necesitaba.

— Aquí hay trescientos. — Le entregué la bolsa a la mujer que me había tomado el

pedido. — Traeré el resto de la camioneta. Mientras tanto, ayuden a mis hombres a meter en mi coche todo lo que he pedido.

Asintieron con la cabeza y fui el primero en salir a la calle. Saqué una segunda maleta de debajo del asiento del coche, la abrí y conté los veinticinco mil que faltaban. A los vendedores les brillaron los ojos e imagino que, por un momento, ni siquiera se preguntaron de dónde había salido el dinero. Lo único que les importaba era que les pagarían muy bien por sus ventas.

Esperé a que todo estuviera cargado en la furgoneta antes de que mis hombres y yo emprendiéramos el camino de vuelta a la mansión. Esperaba que aquellos objetos que habían costado una pequeña fortuna fueran suficientes para garantizar la seguridad de todos los que se encontraban dentro de la casa.



LAUREN

Capítulo cuarenta y dos

Cuando la presencia de Luize Bellucci ya no me distrajo, dejé a la mujer conversando con mi cuñada y me dirigí al pasillo. Fue suficiente para oír a mi hermano al teléfono. Parecía molesto por algo, pero colgó la llamada cuando se dio cuenta de que yo estaba en la puerta, mirándole.

— ¿Lauren?

— Hola. — Le dediqué una sonrisa forzada.

— ¿Te encuentras bien? — Me miró de pies a cabeza y me revisó para asegurarse.

Dije que sí. Era mentira. A pesar de lo feliz que estaba de estar allí, no podía evitar ponerme tensa ante toda la situación. Logan me había salvado de una vida infeliz junto a los rusos, mientras nos arrastraba a todos a una guerra.

— Qué bueno. — Lucian sonrió.

— ¿Qué está pasando? — Señalé su teléfono móvil, indicando que quería saber de qué estaba hablando que le había enfadado tanto.

— Nada.

— Lucian... — Insistí cuando me di cuenta de que no estaba dispuesto a decírmelo.

— No te preocupes.

— ¿Por qué?

— Son asuntos que no te incumben.

— Pero últimamente todo lo que nos pasa tiene que ver con algo que depende de mí.

— No, Lauren. Todo lo que está pasando es culpa mía. Soy la cabeza y el líder de esta familia. Tengo que pensar cada decisión que tomo, y las que tomé contigo no fueron las más asertivas. Lo siento, pero afortunadamente estás aquí y aún puedo protegerte.

— No solo tienes que protegerme a mí. — Me crucé de brazos, tragando saliva.

— Lo sé, por eso pedí ayuda a los Bellucci. Son los aliados más poderosos que tenemos. Me ayudarán a asegurarme de que no te pase nada a ti, a Fernanda...

— Y a los negocios.

— Sí, y a los negocios. — Parecía tenso mientras pensaba en ello.

— Lucian, dime. ¿Qué ha pasado?

— Te lo dije, no hay nada de qué preocuparse.

— Pero pareces bastante molesto. — Descrucé los brazos y di unos pasos hacia el despacho, apoyando las manos sobre la superficie de su escritorio, haciendo que me mirara.

— No es cierto. — Una vez más me esquivó y no me dijo nada. Estaba claro que me ocultaba algo, ya fuera por protección o simplemente porque no quería que lo supiera.

— ¿Dónde está Bellucci? — Cambié de tema cuando me di cuenta de que, por mucho que insistiera, no iba a decírmelo.

— Está con sus hombres en una especie de despacho que han montado en una de nuestras habitaciones de invitados. Están esperando el equipo que Logan fue a recoger.

— ¿No crees que está tardando demasiado? — Miré a un lado y a otro, un poco angustiada.

No había nada peor que la sensación de no poder hacer nada, y eso era lo que más me había consumido desde que se anunció mi boda con Ivan.

— No tengo ni idea de cuánto puede tardar en buscar estas cosas.

— ¿Y si ha pasaba algo? — Se me apretó el corazón y fruncí los labios, pensando en las posibilidades y en lo aterrorizada que me tenía.

— No ha pasado nada, Lauren. — Lucian intentó tranquilizarme. — Logan es un buen soldado, volverá pronto.

— Eso espero.

Mi hermano respiró hondo y me dirigió una sonrisa forzada, pero no fue suficiente para calmarme.

— ¿Hay algo que pueda hacer, Lucian? Cualquier cosa.

— Mantente a salvo y segura.

— Ninguno de nosotros estará a salvo mientras...

— Somos los Lansky, Lauren, estaremos a salvo —me aseguró.

No tuve tiempo de decir nada más antes de que Logan apareciera en la puerta del despacho de mi hermano. Estaba sudoroso, pero en un rápido vistazo alrededor no pude encontrar ninguna posible herida preocupante.

— Logan.

— Hola, Lauren. — Me sonrió de una manera que me calentó el corazón.

— ¿Ha ido todo bien? — Lucian se apoyó en la mesa para mirarle.

— Por partes.

— ¿Qué quieres decir? — Mi hermano frunció el ceño y cambió de postura, adoptando una posición más defensiva.

— Tengo todo lo que Bellucci pidió.

— Y...

— Fuimos atacados por los rusos.

— ¿A qué te refieres? — Lucian alzó la voz y mi corazón volvió a estrujarse.

— ¿Estás bien? — Me acerqué a Logan. Le pasé la mano por la cara, los hombros y el pecho en busca de algo.

— Lo estoy. — Me tomó de las manos y me sonrió de un modo que me tranquilizó. Luego se volvió hacia mi hermano y continuó narrando lo sucedido. — Nos atacaron al llegar a la tienda y perdimos a uno de nuestros hombres. Eran tres y estaban muy bien armados. Querían hacer daño.

— ¿Cómo están los demás?

— Los otros soldados están bien.

— Que se ocupen del funeral del que perdimos.

— Esto ya se está arreglando, no te preocupes.

— Bien. — Mi hermano se mordió el labio pensativo.

No fui la única que se dio cuenta de que algo le molestaba, porque Logan se lo preguntó enseguida.

— ¿Qué ocurre? ¿Ocurre algo más? — Logan se llevó la mano a la cintura y miró fijamente a mi hermano hasta que habló.

— Perdimos todo el último cargamento.

— ¿Qué quieres decir? — Logan cambió el tono.

— El camión que transportaba el tequila falso de Herrera fue tiroteado y perdimos todo el producto. Nuestros hombres no estarán muy contentos de saber que la semana que viene no tendrán polvo para vender en las calles.

— ¡Mierda! —gritó Logan —. ¿No pueden reponerlo a tiempo?

— Tal vez, los Herrera no lo garantizan.

— ¿Y los bolivianos?

— Nos odian después de que cambiáramos de proveedores, pero lo que más me preocupa es que los rusos vuelvan a actuar.

— Lo cual es muy probable.

Lucian asintió.

— Vamos a perder mucho dinero, pero ese no es el mayor problema. Ahora es cuando más necesitamos la confianza de nuestros hombres y, sin los productos, empezarán a dudar de nosotros.

— Solo unos pocos son verdaderos creyentes. La gran mayoría están comprados o tienen miedo. Si temen más a los rusos que a nosotros, perderemos muchos apoyos.

— Los rusos actúan precisamente para debilitarnos. No estamos tratando con aficionados. Son tan poderosos como nosotros y saben cómo utilizar esto en su beneficio.

Mientras Logan y Lucian hablaban, me di cuenta del caos que se acercaba sobre mi familia. Quería poder hacer algo, ayudar a resolver el conflicto, pero al mismo tiempo no sabía qué.

— Necesitamos esa protección que Mateo ofreció con su tecnología. Mientras esta casa no pueda ser invadida, estaremos bien — Lucian continuó hablando con Logan.

— Comprobaré la entrega del material para Bellucci.

— Estupendo.

Logan miró a mi hermano y luego a mí antes de salir del despacho.

Lucian respiró hondo y me miró fijamente.

— Debería haber matado a esos bastardos en lugar de considerar cualquier alianza con ellos.

— Lo siento.

— No lo sientas. — Me sonrió. — Lo solucionaremos. Pronto mataré a ese bastardo de Iván y podrás casarte con quien quieras.

— ¿Con Logan?

— Sí.

— Gracias.

Me sonrió antes de tomar el teléfono.

— Ahora tengo que resolver el problema de la carga sin perder tiempo, para que nuestros hombres no se vuelvan contra nosotros.

Asentí y salí del despacho, dejando solo a mi hermano.

Era terrible pensar que todo mi futuro estaba en manos de un destino incierto, y no podía hacer absolutamente nada más que esperar a que concluyera la guerra.

O tal vez sí había algo que podía hacer...



LOGAN

Capítulo cuarenta y tres

Observé cómo los hombres dejaban el equipo en la sala, cuyos muebles habían sido retirados para hacer sitio a los circuitos y ordenadores.

Con las manos en los bolsillos y la postura seria, me acerqué a Mateo.

— Imagino que eso es todo lo que necesitas.

Recorrió la habitación con la mirada, analizó rápidamente las piezas y luego se volvió hacia mí con una expresión tensa que no me entusiasmó demasiado.

— No es la tecnología punta que esperaba, pero servirá.

¿Servirá? Me guardé esa pregunta para mí, un poco irritado, pero en el fondo tenía que estar agradecido de que estuviera allí para ayudarnos en aquella guerra.

No sabía cómo acabaría, pero me di cuenta de que no tenía más remedio que afrontarlo. Lo único que lamento es no haber empezado antes. Si hubiera hecho caso a mi corazón en lugar de a la ciega razón, Lauren no estaría casada con un ruso.

— Tuvieron problemas para conseguir el equipo. — Mateo hizo una declaración, no una pregunta.

— ¿Cómo lo sabes?

— He hackeado cámaras de tráfico, puedo ver mucho de esa manera.

— Los rusos nos atacaron.

— ¡Mierda!

— Lucian también me dijo que perdimos un envío importante por culpa de ellos.

— Recomiendo duplicar o triplicar la seguridad hasta que resolvamos el problema. Estoy intentando piratear los ordenadores y otros sistemas de comunicación que podrían utilizar para ayudarnos a predecir sus pasos, pero aún no lo he conseguido. Con el equipo que he traído, voy a conseguir un procesamiento más rápido y, con la ayuda de mis hombres, voy a construir un *firewall* para la casa.

— *¿Un firewall* ?

— Protección virtual.

— Hay cuatro veces más soldados vigilando el lugar.

— Bien, nadie puede entrar o salir sin que lo sepamos.

— Los hombres en los que más confiamos se están encargando de ello.

— Permanece atento.

— Por supuesto.

— Ahora déjame trabajar. — Señaló la puerta.

— ¿No necesitas ayuda con nada más?

— Si lo necesito, te lo pediré.

— De acuerdo.

Miré alrededor de la habitación, viendo cables, equipos y pantallas de los que sabía poco. Iba a dejar que ellos hicieran su trabajo mientras yo pensaba en la mejor manera de hacer el mío, que era proteger a mi familia y a la mujer que amaba.

Fui a la habitación de Lauren para ver cómo estaba y la vi al teléfono. Hablaba con una voz baja y socarrona que me puso un poco celoso.

— Sí... Por supuesto.

— ¿Lauren?

Me hizo un gesto para que me apartara.

Me quedé en la puerta, intentando entender qué pasaba, pero como ella ni siquiera se molestó en decirme nada, quedándose al teléfono y dándome cuenta de que probablemente tardaría un rato, me fui a mi habitación a comprobar las quemaduras de los pies que había ignorado durante todo el día.



LAUREN

Capítulo cuarenta y cuatro

— Sí —susurré al teléfono con voz socarrona—. Estaré encantada, muchas gracias.

Corté la llamada.

Respiré hondo y moví el cuerpo, estirando los músculos. Estaba muy nerviosa y toda aquella tensión se me había acumulado en la espalda. No era completamente ajena a los asuntos de mi familia, pero normalmente me ocupaba de los detalles menos importantes. En cualquier caso, me alegraba de haberlo conseguido.

Me levanté de la cama, sin pensar en Logan en la puerta de mi habitación hacía unos minutos, y fui directa al despacho de mi hermano.

Lucian estaba inclinado sobre la mesa, masajeándose las sienes mientras hablaba por teléfono. Parecía igual o más nervioso de lo que recordaba haberlo visto momentos antes.

Se despidió de quienquiera que estuviera al otro lado de la llamada y levantó la cabeza para mirarme.

— ¿Lauren?

— Necesito tres millones de dólares para mañana por la tarde —dije, soltando las palabras sobre él.

— ¿Qué mierda estás diciendo? — Se quedó mirando, estupefacto. — ¿Por qué demonios necesitas todo ese dinero?

— Tengo el cargamento de drogas que necesitamos para mantener a los hombres contentos y a raya. Sé que si faltan las drogas, tendremos aún más problemas, así que al menos intento solucionar eso.

— ¿Cómo? — Mi hermano seguía estupefacto.

— No era mucho, pero las veces que aún me permitía salir, conseguía charlar con algunas personas y hacer amigos, ¿sabes?

— ¿Qué amigo va a conseguir una tonelada de cocaína en menos de veinticuatro horas? — Me analizó con poca credibilidad.

— ¿Recuerdas la subasta de arte a la que te pedí que me dejaras ir el año pasado?

Mi hermano asintió.

— Allí conocí a Juliano Chagas.

— ¿Uno de los jefes de los cárteles colombianos?

— Ese mismo. Es muy simpático. Le llamé y le pregunté si podía ayudarnos con este pequeño problema. Me dijo que por suerte iba a hacer un envío aquí y que podía incluir la droga para nosotros. Normalmente los recibe por adelantado, pero se lo pedí amablemente y los entregarán en una de mis galerías mañana por la tarde.

— ¿Qué le prometiste a este hombre, Lauren? — Perdió el aliento.

Pensé que Lucian se alegraría al saber que el problema se había resuelto, pero permaneció tenso.

— Lauren —insistió.

— Que vamos a ir juntos a un vernissage la semana que viene.

— ¡Lauren! — Lucian golpeó la mesa con la mano, enfadado conmigo.

— Pensé que te alegrarías en vez de regañarme. Bueno, tendremos las drogas. Creo que es poco probable que los rusos intercepten este envío, porque aparte de mí, eres el único que lo

sabe, y no solemos hacer negocios con los colombianos.

Lucian se mordió los labios y siguió mirándome. Soltó un suspiro agudo antes de volver a hablar.

— Hermana, no es que no me alegre de que me hayas ayudado a resolver este problema. Si faltaran las drogas, toda la situación sería mucho más complicada. Es solo que no quiero que te sacrifiques más en nombre de los negocios.

— Nuestro negocio, Lucian.

— Sí, pero... — No le dejé terminar de hablar.

— Además, no me casaré con nadie, solo salgo con un chico para un evento que ya de por sí me gusta.

— A Logan no le gustará eso.

— ¿Ahora vas a defenderlo? — Me puse las manos en la cintura e hinché el pecho.

— Tú lo elegiste.

— ¿Defenderme de qué? — Me sorprendí cuando Logan entró en el despacho de mi hermano y sus ojos se dirigieron directamente a mí.

— Lauren consiguió que nos sustituyeran el cargamento perdido.

— ¿Cómo? — Frunció el ceño.

— Juliano Chagas.

— ¿El colombiano? — Logan cambió el tono, adoptando una postura defensiva.

— Es un buen tipo al que le gusta el arte, ¿sabes? — Me crucé de brazos.

— No quiero que corras más riesgos, Lauren. — Mi hermano se mantuvo firme. — Lo que Iván intentó hacerte es suficiente.

— No es lo mismo —resoplé.

— No voy a correr el riesgo de pensar que estás a salvo y volver a equivocarme. — Se volvió hacia nuestro primo. — ¿Logan?

— Estoy de acuerdo con Lucian.

— ¿Y si me dejas decidir a mí? — Di un pisotón.

— Lauren, no quiero que vayas.

— ¿Por qué estás celoso?

— Porque es peligroso —resopló.

— Puedo manejarlo.

— Estoy de acuerdo con Lauren. — Fernanda entró en el despacho y sonreí al darme cuenta de que mi cuñada estaba a mi lado.

— Amor —susurró Lucian—. Ya he arriesgado bastante la vida de mi hermana y no puedo volver a hacerlo. ¿Quién puede garantizar que este colombiano no es igual o peor que Iván?

— Si ella cree que puede, puede. — Fernanda mantuvo su postura. — Además, por lo que tengo entendido, solo se trata de ir juntos a un vernissage y no de involucrarse en un nuevo matrimonio.

— Gracias por ser la razón en medio de la testosterona —le agradecí a mi cuñada, que me sonrió.

Mi hermano movió la cabeza negativamente, pero cuando volvió a mirarnos no dijo nada más.

— Todo irá bien —prometí.

— Te vigilaré. — Logan se mostró inflexible y pensé que sería difícil convencerle de que hiciera otra cosa que no fuera vigilarme.

— Me parece bien —asentí, después de todo, un poco de protección no vendría mal—. Mañana tú irás a la galería con el dinero y recoges la droga. La semana que viene yo saldré con el colombiano y tendremos una buena relación con él.

Lucian miró a un lado y a otro, alternando su mirada entre la mía y la de Fernanda, para acabar dándome la razón.

— Bien hecho. — Fernanda me felicitó.

— Gracias. — Le sonreí.

Yo formaba parte de esa familia y desde el principio estuve dispuesta a hacer lo que fuera necesario por ella. Puede que casarme con Ivan fuera demasiado para mí, pero eso no significaba que fuera a dejar de lado a mi familia.

— Vamos a cenar con nuestros invitados. — Fernanda indicó la puerta para que los demás la siguiéramos.

Asentí y salí unos instantes después. Logan y Lucian me siguieron.

Después de cenar con los Bellucci, dejé a los invitados hablando con mi hermano y mi cuñada. Subí a mi habitación y Logan me siguió. Antes de que pudiera cerrar la puerta, agarró la madera con la mano y atrajo mi mirada hacia la suya. Nos miramos fijamente durante largos segundos y mi respiración se aceleró, moviéndome el pecho arriba y abajo.

— ¿Puedo pasar? —preguntó rompiendo el silencio.

Asentí y retrocedí unos pasos.

— No me gusta la idea de que salgas con un jefe de cartel.

— Tengo sexo con un *consigliere*, ¿cuál es la diferencia? —me burlé.

— Lauren...

— ¿Te preocupas como miembro de la mafia o como mi novio?

— Ambas cuestiones.

Seguí mirándole fijamente, imaginando que tenía más que decir de lo que realmente me había dicho.

— Bueno, un poco más de la segunda alternativa.

— Estás celoso.

— Estoy preocupado. — Me puso las manos en la cintura y apretó, arrancándome un suspiro mientras mi mirada se clavaba en la suya.

— ¿Ni siquiera un poco celoso?

— Si te toca, me aseguraré de que ni siquiera vaya al hospital, lo enviaré directo a la tumba.

Logan puso cara seria, pero yo acabé sonriendo.

— Me gustas celoso. — Le pasé las manos por los hombros y le agarré la nuca, tirando de él hacia mí.

— Esto no es una broma, Lauren.

— Nunca lo había imaginado. — Rocé mis labios con los suyos y Logan no tuvo reparos en besarme.

Su lengua se encontró con la mía y me dejé envolver por la magia de su beso. Durante mucho tiempo había imaginado a qué sabría su boca y por fin pude saborearlo y disfrutarlo.

Logan deslizó sus labios por mi cuello, provocando una serie de pequeños efectos, sacudidas que me calentaron y me produjeron escalofríos. Apreté los dedos contra su piel y cerré los ojos, permitiéndome sentir el momento al máximo.

— Necesito ducharme —dije mientras él seguía besándome el cuello y bajaba hasta mis pechos, expuestos por el pequeño escote de mi blusa—. ¿Quieres venir conmigo?

— Iré donde quieras.

Solté una risita ante su respuesta y tiré de él.

Logan seguía besándome, tocándome y apretándome cuando empujé la puerta del baño de mi habitación y lo arrastré fuera conmigo.

Me estremecí por completo cuando me mordisqueó la oreja mientras sus manos me rodeaban la cintura para bajarme la blusa. Levanté los brazos para mirarle mientras me quitaba la prenda y reanudamos los besos con lengua en cuanto cayó al suelo.

Volvió a agarrarme por la cintura y me apretó contra la fría pared de azulejos. Me estremecí por el frío y Logan no dejó de besarme, ni siquiera cuando mis suaves gemidos empezaron a dificultar el encuentro de nuestras lenguas.

El frío de la superficie sobre la que estaba de pie contrastaba con el tacto dulce y cálido de sus manos y su aliento. La alternancia entre ambas temperaturas me hacía aún más sensible y deseosa de tenerlo.

— Lauren... —dijo mi nombre suavemente mientras rozaba sus labios contra mi oreja.

— ¿Sí? — Estaba poniendo los ojos en blanco de la emoción y ni siquiera estaba completamente desnuda todavía.

— Te amo.

Tiré de su cara, sujetándola entre mis manos para volver a hablar.

— Yo también te amo.

Logan sonrió y volvió a besarme. Su lengua siguió jugando, explorando y provocando la mía mientras sus manos se deslizaban hacia abajo, llevándose mis shorts con ellas hasta que éstos y mis bragas fueron un montón en el suelo.

Me tocó a mí mirarle y deshacerme de su ropa. Logan me ayudó, levantando los brazos y mirándome mientras mis dedos tiraban de su cinturón, lo desabrochaban y empujaban sus pantalones y calzoncillos al suelo.

Al verle desnudo, observé tranquilamente su cuerpo. Ya nos habíamos adaptado a estar así el uno frente al otro, y ya no me daba vergüenza. Le toqué el pecho, bajando hasta las caderas, fijándome en cada marca, pequeña o grande, hasta que miré hacia abajo.

— ¿Cómo están tus pies?

— Cada vez me duele menos. — Apretó mi cuerpo contra la pared, arrancándome un gemido con la presión de sus músculos.

— ¡Ah! — Le apreté los hombros.

— Pensemos en las lesiones más tarde. — Me apartó de la pared para abrirme el sujetador, que era la única pieza que aún cubría mi cuerpo.

Moví la cabeza afirmativamente y volví a besarle.

Logan me rodeó la cintura con el brazo y me levantó. Me balanceé sobre sus hombros,

sin dejar de besarle mientras mis piernas rodeaban su cintura.

Se frotó contra mí y gemí aún más, sintiendo que la necesidad de tenerlo aumentaba a medida que Logan presionaba su miembro contra mi sexo.

Mordisqueé su labio inferior, tirando de él conmigo mientras apoyaba la cabeza contra la pared de azulejos. Apreté su cintura con más fuerza, utilizando mis muslos hasta que accedió a mi silenciosa petición, deslizándose dentro de mí.

Logan empezó a moverse, empujando y penetrándome lentamente, solo para hacerme desearle más. El dolor que sentí la primera vez casi se estaba convirtiendo en un recuerdo lejano a medida que mi cuerpo se adaptaba a recibirle. Moví mi cuerpo hacia él, sin paciencia para esperar su siguiente embestida, asegurándome de que entrara en mí lo antes posible. Aquel ir y venir era delicioso y me dejaba jadeando cada vez más.

Rodeé su cintura con las piernas y lo abracé mientras él seguía moviéndose, penetrándome y apretando mi cuerpo contra la pared. No quería que se detuviera, sobre todo cuando mis gemidos se hicieron más fuertes y enfáticos.

— ¡Logan! — Apreté mis dedos en sus hombros.

Siguió moviéndose hasta que se detuvo, empujándome a bajar.

Solté un rugido de protesta, aún no habíamos terminado y me negaba a parar así, pero Logan se limitó a sonreír y me hizo girar, poniéndome boca abajo contra la pared. Sus firmes manos me agarraron las nalgas con fuerza, manoseándomelas, y yo gemí y me corcoveé de nuevo. Sujetándome por la cintura y las nalgas, tiró de mí hacia atrás, obligándome a inclinarme, y volvimos a conectar.

Mis uñas se clavaron en la baldosa cuando me penetró por detrás. Mi culo crujió contra su pelvis cuando me introdujo más profundamente. Me revolví el pelo, apartándolo hacia un lado para que Logan pudiera verme la cara mientras deliraba de placer con cada uno de sus movimientos.

Cada vez más profundo, cada vez más fuerte, el placer se apoderaba de mí con una intensidad demencial. Las otras veces había sido bueno, pero esta vez era inexplicable, como si Logan no se contuviera en absoluto en la búsqueda de su propio placer y aumentara el mío en el proceso.

Pasó una mano por delante de mi cuerpo y me agarró el mentón, levantándome la cabeza y tirando de ella hacia atrás para que su boca estuviera en mi oreja. Entre gemidos, susurró mi nombre y yo seguí girando sobre él, tratando de aumentar nuestra fricción todo lo posible.

Solté un grito agudo cuando el placer empezó a abrumarme, dejando mis piernas cada vez más temblorosas e impotentes. Logan siguió empujando y, casi al mismo tiempo que mi cuerpo alcanzaba su punto álgido, me di cuenta de que su líquido se derramaba dentro de mí, hasta que finalmente dejó de moverse.

— Me alegro de ducharme. — Me reí cuando me sacó y sentí el semen en mis muslos.

— Te lavaré.

— Gracias.

— ¿Va todo bien? — Me acarició la mejilla antes de abrir el grifo.

— Maravillosamente bien. — Sonreí.

— Eso me hace feliz. — Se inclinó para darme un tierno beso.

Mientras el agua corría por mi cuerpo, Logan me seguía con las manos, enjabonándome y luego retirando el jabón. Me robó algunos besos e incluso volvió a apretarme contra la pared.

Estaba completamente extasiada y deseaba que momentos así no acabaran nunca, pero al mismo tiempo sabía que teníamos un enemigo al que enfrentarnos antes.



LOGAN

Capítulo cuarenta y cinco

Con la presencia de Bellucci en nuestra casa y el refuerzo de nuestra cantidad de hombres, debería haberme sentido más seguro, pero no era así. Había un miedo terrible a que pasara algo, y a que alguien valioso para mí resultara herido. Aunque esta vida peligrosa era una realidad común en la mafia, se había intensificado con la guerra con los rusos. Eran fuertes, tenían influencia real y recursos para causarnos muchos problemas.

Lucian y yo estábamos dentro del coche, aparcado frente a una de las galerías de arte que Lauren utilizaba como tapadera para ocultar nuestros negocios, esperando a la hora acordada para la entrega del cargamento de droga.

— ¿Crees que vendrán? — Seguí mirando afuera, analizando los movimientos en la calle.

— ¿No crees en Lauren? — No sabía si era una pregunta ingenua o si solo intentaba provocarme.

— ¡Claro que sí! Pero ya conoces la reputación de los colombianos.

— Todos tenemos fama, Logan. Ahora lo que más necesitamos son las drogas. Así que esperemos que estos tipos aparezcan.

— Eso estoy esperando.

Era mentira. En el fondo, no quería que aparecieran, porque entonces Lauren no tendría que salir con ningún hombre, ni siquiera a una exposición de arte. Sin duda, mis celos se mezclaban con mi instinto protector, pero no podía dejar de pensar en los posibles peligros que correría.

Centré mi atención cuando vimos que se acercaba un coche. Era un sedán negro en el

que viajaban tres hombres. El que iba en el asiento del conductor salió del vehículo y empezó a mirar a un lado y a otro. Era fácil ver que iba armado, ya que la pistola aparecía con cada movimiento que hacía.

Nuestros hombres fueron los primeros en bajar, luego yo y por último Lucian. Me acerqué a ellos con cautela. En cuanto se percataron de nuestra presencia, sacaron sus armas y nos apuntaron.

— ¿Qué hacen? —pregunté—. Somos aliados.

— Estamos aquí para entregar una mercancía para Lucian Lansky.

— Soy yo. — Mi primo salió de detrás de mí, revelándose a los traficantes.

— ¿Tienes nuestro dinero?

Asentí y uno de nuestros hombres abrió el maletero del coche y sacó tres grandes maletas negras.

— Está todo ahí.

Uno de los hombres, que me pareció el jefe, asintió con la cabeza e indicó a los que estaban con él que comprobaran el dinero.

— Parece que está bien. — Se encogió de hombros.

— ¿Dónde está nuestro producto? —pregunté. Volvieron al coche y tomaron unas cajas, que parecían almacenar focos de luz.

— La droga está dentro de los focos. — Me dio uno a mí.

Puse la caja en el suelo y abrí una de las lámparas. Dentro había un paquete enrollado con cocaína. Debería de contener dos kilos cada una.

— ¿Está bien? —me preguntó el hombre.

— Eso parece. — Cerré la caja. — ¿Qué tan puro es?

— Noventa y cinco por ciento.

Era inferior a la droga que comprabamos a los Herrera, pero satisfacía nuestras necesidades en aquel momento.

Hice un gesto a nuestros hombres para que tomaran el resto de las cajas y las metieran en nuestro coche y en la camioneta que nos acompañaba.

— Ha sido un placer hacer negocios con usted —dijo uno de los hombres.

— Fue un placer. — Sonreí antes de dirigirme a nuestro coche.

Volví al vehículo con Lucian. No era exactamente la forma en que solíamos hacer negocios, pero asegurarnos de que teníamos la droga para que nuestros socios la vendieran en las calles era una cosa menos de la que preocuparse.

— Lauren lo logró. — Mi primo se volvió hacia mí mientras nos acomodábamos en el asiento trasero.

— Sí —murmuré sin demora. Al mismo tiempo que me sentía orgulloso de que hubiera tomado partido y nos hubiera ayudado a resolver aquel enorme problema, se había creado otro problema que me preocupaba. Si otro hombre se atrevía a tocarla, nos arrastraría a una segunda guerra sin pensarlo dos veces.

— ¿Ya lo has comprado? — Lucian hizo una pregunta que no pude entender.

— ¿Si he comprado qué cosa?

— El anillo para mi hermana. Cuando estemos libres de los rusos, quiero que le des todo lo que se merece.

— Me ocuparé de ello. — Me sorprendió ese tipo de presión entre todas las otras cosas que podía decirme.

— Bien hecho.

Dejé de mirar a mi primo y volví los ojos al exterior del coche, temiendo que los rusos aparecieran en cualquier momento. Habíamos hecho todo lo posible para que nuestra partida fuera discreta, pero sabía que podían estar vigilándonos con cualquier herramienta, incluidos los espías.

Lucian y yo fuimos en una dirección para atraer la atención de cualquiera que pudiera estar merodeando por los alrededores, y la camioneta fue en dirección contraria, escoltada por otro coche lleno de soldados.

Sólo dejarían de ser un problema cuando acabáramos con ellos, pero igual que nosotros teníamos recursos para protegernos, ellos también los tenían. Estábamos en una situación muy delicada, en la que cualquier paso en falso podía causar tragedias irreparables, no solo para el imperio Lansky.



LAUREN

Capítulo cuarenta y seis

Después de mi fatídico matrimonio, que había culminado en una guerra irremediable con la mafia rusa, era la primera vez que salía de casa. Estaba muy contenta por haber conseguido el cargamento para mi hermano, que ya se estaba distribuyendo por las calles, pero al mismo tiempo tenía un escalofrío en el estómago, intentando alejar los pensamientos negativos de que algo malo pudiera ocurrirme.

No solo tendría a los hombres de Lucian vigilándome, también contaría con la protección del propio jefe del cártel. Juliano Chagas no querría que me pasara nada mientras estuviera a su lado.

Me miré en el espejo, echando hacia delante mi ondulado pelo rubio para enmarcarme la cara. Llevaba un vestido azul largo, con un escote discreto pero exquisito. Lo había comprado en un desfile de moda hacía dos años y había estado esperando una buena ocasión para ponérmelo, pero no encontré ninguna mejor que esta.

Oí que llamaban a la puerta y me giré, viendo a Logan de pie junto a la puerta. Descruzó los brazos y me miró con expresión analítica, observándome de pies a cabeza. Esperaba una sonrisa, pero su expresión seguía siendo seria.

— ¿No te gusta? — Me pongo la mano en la cintura.

— Sí... y no.

— ¿Cómo?

— Estás maravillosa, Lauren. Eres hermosa, y me imagino que tienes que hacer un esfuerzo para no serlo, pero me da preocupación verte salir con alguien.

— ¿Celos?

— Quisiera que fuera solo eso.

— ¿Y no lo es?

Logan movió la cabeza negativamente. Su mirada, que había permanecido fija, pareció clavarse en mí, provocándome una especie de escalofrío. Me pasé una mano por el pelo y me lo llevé detrás de la oreja, tragando saliva.

— Es el jefe de un cártel, un hombre peligroso por derecho propio, aunque lo consideres un amigo. Pero eso no es lo que más me preocupa.

— Los rusos ni siquiera sabrán que estoy ahí, Logan.

— Estoy contando con eso.

Di unos pasos hacia delante, acortando la distancia entre nosotros, y le puse las manos en la cara, haciendo que me mirara. Sonreí a Logan y él me devolvió la sonrisa.

— Estaré bien.

Contuvo la respiración y no dijo nada, solo me rodeó la cintura con ambas manos y siguió mirándome fijamente.

— ¿Estarás ahí para protegerme?

— Por supuesto.

Bajé las manos hasta su cuello y le ajusté el moño que llevaba.

— Estás hermoso.

— No más que tú. — Se inclinó para besarme y me mordisqueó el labio inferior, tirando de él hasta agrietarlo, haciendo que una corriente de deseo recorriera mi cuerpo, poniéndome cachonda. Probablemente, si hubiera sido en cualquier otro momento y no hubiéramos estado en

una situación tan tensa, lo habría arrastrado a mi cama conmigo y me habría entregado a él sin ninguna prisa.

Pero la lengua de Logan se zambulló en mi boca, haciendo que el beso fuera intenso, y no me preocupé por mi pintura labial, podría retocarlo más tarde.

— No tienes que ir. — Acercó su boca a mi oreja.

— Sí, tengo que hacerlo. — Apreté sus hombros entre los escalofríos provocados por el frío y el calor de su aliento contra mi piel. — Me comprometí.

— Tu única cita debe ser conmigo ahora. — Movió la pierna, dio una patada a la puerta y la cerró, encerrándonos en la habitación.

Las firmes manos de Logan me levantaron en el aire y me sentaron sobre mi tocador. El mueble crujió bajo mi peso, pero no se movió. La parte racional de mí pensó en apartarlo de un empujón. Tenía que salir en unos minutos para reunirme con un poderoso jefe de un cártel que me había hecho un favor, y necesitaba tener un aspecto impecable, pero, al mismo tiempo, también deseaba cada caricia que Logan pudiera hacerme.

— Logan —susurré su nombre mientras echaba la cabeza hacia atrás, sintiendo sus besos y su boca deslizándose por mi cuello.

Le apreté los hombros con las manos.

Sin calma ni ternura, Logan separó mis muslos y se acomodó entre ellos. Él estaba ansioso, y en el fondo yo también lo estaba. Lo deseaba tanto como él y no estaría satisfecha hasta que ocurriera algo íntimo.

Sus manos subieron por la falda de mi vestido y encontraron el lateral de mis bragas, que bajó hasta quitármelas. Las depositó sobre mi tocador y volvió a besarme. Mientras, yo frotaba mi cuerpo contra el suyo, palpitando mi zona íntima.

Logan se bajó la cremallera y sacó su miembro del pantalón. Sin molestarse en desvestirme ni quitarme el vestido, tiró de mí hasta el borde del tocador y juntó nuestros cuerpos. La firme e imponente penetración me hizo soltar un profundo gemido y apretarle los hombros.

Sentí un ligero escozor cuando entró su miembro, ya que Logan no me había preparado lo suficiente para recibirlo, pero unos cuantos empujones después estaba inmersa en un placer tan adictivo que no quería que parara.

Moví mi cuerpo aún más hacia delante, hacia su cuerpo, mientras Logan dictaba el empuje de su pene dentro y fuera de mí.

— Eres mía —me dijo con la boca en el cuello, mordiendo y chupando.

— Siempre he sido tuya —confesé una verdad innegable.

— Quiero que todo el mundo lo sepa.

— Pronto lo sabrán. — Tiré de su cara y nos miramos fijamente, mi mirada perdida en la suya, hasta que Logan ladeó la cabeza y volvió a besarme.

Apreté su cuerpo contra el mío mientras sentía las pulsaciones que crecían entre el vaivén y la presión de nuestros cuerpos. Moví mis caderas hacia él, queriendo más y más, todo mi cuerpo rozándose contra el suyo hasta que por fin alcancé mi punto álgido. Cuando el orgasmo me llenó, me hizo estremecer y perder las fuerzas.

Logan siguió empujando dentro de mí hasta que retiró su miembro y lo sujetó con una mano. Vi que su expresión se tensaba y que una gota de sudor se deslizaba por su frente mientras permanecía inmóvil unos instantes.

— ¿Va todo bien? — Le sujeté la cara y le obligué a mirarme.

Logan asintió.

— No quería ensuciarte.

— Gracias. — Me bajé del tocador, moviendo las piernas, completamente estremecida por el placer que acababa de experimentar.

Fui al baño y me sequé entre las piernas con el papel, me lavé las manos y volví al dormitorio para volver a ponerme las bragas y retocarme el maquillaje.

Logan fue al baño justo después para lavarse las manos y también para recuperarse del sexo que acabábamos de tener.

— ¿Vamos?

Asintió con la cabeza.

Al abrir la puerta y salir de mi habitación, me topé con mi hermano. Me miró, luego a Logan, y sin duda sacó conclusiones que yo no podía explicar en aquel momento.

— ¿Estás preparada?

— Sí.

— Bellucci quiere hablar con nosotros antes de que te vayas. Parece que tiene algo para ti.

— De acuerdo. — Seguí a mi hermano a la habitación que el italiano había convertido en una especie de sala de máquinas, con montones de sistemas y ordenadores.

Mateo Bellucci estaba detrás de un ordenador y se levantó de la mesa para acercarse a mi hermano. Él y su mujer llevaban más de una semana en nuestra casa y desde entonces nuestro hogar parecía seguro. No sabía cuándo se marcharía, pero esperaba que fuera después de que hubiéramos resuelto el problema con los rusos.

— Ponte esto. — Me entregó una cajita de terciopelo. — Es un par de pendientes. Tienen micrófonos y rastreadores. No vamos a ponerte un auricular, para no correr el riesgo de que los colombianos se den cuenta y lo perciban como una maniobra hostil, pero con los pendientes

podremos oír todo lo que digan tú y las personas cercanas a ti.

.

— Bien. — Me he quitado los que llevaba y los he sustituido por los nuevos. — Muchas gracias.

— Esperamos que no pase nada, pero ten cuidado.

— Cuidaré de mí misma. — Le sonreí.

— Vámonos. — Mi hermano me tendió la mano y yo asentí. Ya íbamos camino del salón cuando volvió a mirarme y me dijo en voz baja: — ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

— No necesitamos más enemigos, hermano. Te lo dije, es solo un paseo. Además, me hará bien. No aguanto más tiempo mirando las paredes de esta casa, sin hacer nada. — Me reí, pero Lucian permaneció serio. — No me pasará nada.

— Corre a mí si intenta algo.

— De acuerdo.

— Ya estoy lista. — Fernanda apareció ante nosotros en el pasillo. Estaba radiante con un vestido plateado que disimulaba las curvas de su vientre.

Mi hermano le sonrió y se acercó para darle un beso rápido.

No me había dado cuenta de que mi hermano y mi cuñada venían conmigo. Lucian nunca había sido muy aficionado al arte, pero estaba claro que Logan no era el único preocupado por mi bienestar. Todos estaban preocupados por las repercusiones de la velada, aunque yo esperaba que nada se me fuera de las manos.

Los cuatro fuimos al garaje. Subimos a una limusina blindada, con Lucian sentado a mi

lado. El chófer arrancó el coche para llevarnos a la dirección donde iba a tener lugar el acto.

Siempre he sido un gran amante del arte, y probablemente seguiría vinculado a las galerías, aunque no se utilizaran para fomentar y encubrir el tráfico y el contrabando. Había artistas increíbles que siempre acababan siendo rehenes de muy pocas oportunidades. Al menos yo tenía la satisfacción de haber conseguido que varias de sus piezas llegaran a manos de importantes jefes del crimen en todo el noreste de Estados Unidos.

Había varios coches de lujo a la entrada de la galería. Esta misma no la dirigía yo. Trabajaba con artistas de Europa, la mayoría famosos y con obras valoradas en millones de dólares. Era una pena que algunos de ellos hubieran muerto antes incluso de disfrutar del fruto de su trabajo.

Esperé a que mi familia bajara primero y fui la última en salir de la limusina. En cuanto presentamos nuestras invitaciones y nos dirigimos a la galería, vi a Juliano. Me sonrió y caminó hacia mí, acompañado de algunos de sus hombres.

— Lauren.

— Juliano. — Forcé una amplia sonrisa, como si verlo allí me hiciera la persona más feliz del mundo.

— Es un placer volver a verte. — Me tendió la mano y yo le di la mía, dejando que la tomara y besara en el dorso. — Estás impresionante.

— Muchas gracias. También es un placer volver a verte.

Juliano era un hombre de unos cuarenta años, de ojos y pelo castaños y fuertes rasgos latinos. Sabía que había nacido en Colombia y se había trasladado a Estados Unidos para ampliar el negocio ilegal de su familia.

— No sabía si vendrías.

— Al igual que tú, yo cumplo mis promesas —le dije, intentando que recordara la mercadería que me había proporcionado en tan poco tiempo.

— Me encanta tratar con este tipo de personas. — Me guiñó un ojo.

— Lo mismo digo.

— ¡Lansky! — Solo entonces se dio cuenta de que mi hermano estaba detrás de mí.

— ¡Chagas! — Lucian habló con expresión seria.

— Espero que te guste lo que te he proporcionado. Será un placer seguir haciendo negocios contigo.

— Yo también lo creo.

— ¿Su encantadora esposa? — Inclinó la cabeza para ver mejor a Fernanda. Me di cuenta de que la primera intención de mi hermano fue tirar de ella hacia atrás, pero desistió y dejó que el tipo viera a la mujer. — ¿Embarazada?

Fernanda asintió.

— ¡Felicidades!

— Gracias —balbuceó mi hermano.

— Me he enterado de que eras agente federal —continuó Juliano, curioso.

— No soy la primera que cambia de bando, ¿verdad? — Fernanda respondió sin demora, pero mantuvo la sonrisa.

— He oído muchos casos. — Juliano se encogió de hombros. — Ahora, si me lo permite —me ofreció el brazo—, me gustaría llevar a Lauren a ver las obras. Aquí hay muchas piezas de valores incalculables.

Lucian hizo un gesto, permitiéndole que me guiara, pero podía sentir el peso de los ojos de mi hermano detrás de mí, como si observara cada uno de mis movimientos.

— ¿No pudiste librarte de los sabuesos? —comentó Juliano en tono de broma mientras me guiaba por la galería entre las obras de arte.

— Mi hermano es sobreprotector.

— Ya veo. Yo también lo haría si tuviera una hermana tan hermosa.

Esbocé una media sonrisa y me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja.

— Me enteré de que te ibas a casar y admito que me decepcionaste mucho.

— ¿Te has enterado? — Me hice la tonta, por obvio que pareciera que una noticia así estaría en todo el mundo criminal.

— ¿Ya se ha celebrado la boda?

No sabía si me lo preguntaba porque realmente no tenía acceso a esa información o si simplemente estaba jugando para saber qué le respondería.

— No salió exactamente como esperaba. — Intenté dar una respuesta vaga para desviar la atención del tema del que, desde luego, no quería hablar. — Mira este cuadro. — Me lo llevé conmigo. — Los colores se han retratado con tanta precisión que parece asemejarse a la visión de nuestros ojos.

— Sí, es un cuadro precioso. — No parecía tan emocionado como la última vez que nos vimos en un evento como este. — ¿Así que el matrimonio con el ruso no funcionó?

Tragué saliva al darme cuenta de que la reunión había sido una gran trampa para sacarme información.

— Mmm... No.

— ¿Es cierto lo que dicen?

— Bueno —me froté las manos, tensa—, dicen muchas cosas por ahí, no puedo decir si es verdad o no.

— Que están en guerra con los rusos, y por eso necesitaban mi envío.

— ¿Es eso lo que quieres saber? — Giré el cuerpo para mirarle con expresión más firme.

— Después de todo, cualquier conflicto importante, especialmente entre familias poderosas como la tuya y los rusos, puede causar muchos problemas para los negocios de todos.

— Mi hermano está trabajando en ello.

— ¿Trabajando cómo?

— Resolviendo. ¿Hemos venido aquí a apreciar el arte o a hablar de negocios, que no le corresponde discutir a una mujer como yo?

Nunca me había alegrado tanto de permanecer ignorante sobre algunos asuntos de mi familia porque, en ese momento, no saberlo también me eximía de la responsabilidad de responder.

— Sí, vine a apreciar la belleza. — Me miró con detenimiento, recorriendo mi cuerpo. — En todos los sentidos.

Sentí un escalofrío, no muy bueno, pero seguí sonriendo. Si sabía que algo podía pasar, era que Juliano me iba a coquetear de alguna manera.

— Gracias. — Di un paso a un lado y continué caminando hacia la siguiente obra de arte.

La pintura, oscura y realista, me recordó a una fase del Barroco y a obras de artistas famosos como Caravaggio.

— ¡Me parece tan profunda la representación de la figura humana y especialmente de su alma a través de algunos pintores como éstos!

— Son intensos.

— Mucho.

Juliano dio un paso adelante y miró el cartel que había junto a la obra. Se mordió el labio y se quedó pensativo unos minutos.

— Setecientos cincuenta mil dólares. Creo que tomaré este. A ti te gusta y a mí también.

— Seguro que quedará genial en una de las paredes de tu casa.

— Si pudiera llevarte a ti, la verdadera obra de arte, estoy seguro de que sí.

Mis mejillas se sonrojaron de inmediato ante aquel comentario tan directo, pero traté de fingir que no había tenido ningún impacto en mí, para no darle motivos para pensar que albergaba algún sentimiento por él.

Seguimos caminando. Miré a un lado y a otro y no vi dónde estaban mi hermano, Fernanda y Logan. Había mucha gente en la galería, una multitud que parecía aún mayor, lo que servía para ocultar el paradero de mi familia.

Antes de atreverme a decir que iba a alejarme para buscarlos, sentí algo frío en la espalda.

— No grites o disparo —dijo una voz firme detrás de mí.

Busqué a Juliano y le vi hablando con uno de los responsables de la exposición para comprar el cuadro que nos interesaba. Estaba distraído y no parecía responsable de lo que me estaba pasando.

— Camina en la dirección que te diga.

— ¿Quién eres tú?

— ¡Cállate! — Apretó con más fuerza la pistola contra mi espalda y un miedo empezó a crecer en mi interior. Había visto armas toda mi vida, había aprendido a manejarlas, pero esa experiencia no era suficiente para hacerme evitar el miedo a la muerte.

El hombre me tomó del brazo y me llevó. Ya nos habíamos mezclado entre la multitud antes de que el colombiano se diera cuenta de mi ausencia.

— ¡Lauren! — Oí la voz de mi hermano e imaginé que venía a rescatarme, pero antes de que pudiera aparecer en mi campo de visión, el tipo que estaba detrás de mí me agarró con fuerza del brazo y me hizo caminar más deprisa, casi corriendo, hacia el fondo de la galería. Cruzamos un pasillo hasta llegar a una escalera que conducía a una salida no muy transitada.

Me sacaron la pistola por la espalda y me empujaron a un coche antes de que tuviera tiempo de protestar o escapar.



LOGAN

Capítulo cuarenta y siete

Poco a poco, el local se fue llenando lo suficiente como para irritarme. Imaginaba que la mayoría de aquellas personas eran simples curiosos, porque dudaba que tuvieran miles o incluso millones de dólares para comprar alguna de aquellas piezas.

— ¿Dónde está Lauren? —le pregunté a Lucian cuando la perdí de vista.

— Creo que fue allí. — Mi primo señaló y yo le seguí sin pensar bien. Me tranquilizaría cuando volviera a aparecer en mi campo de visión.

La posibilidad de que le ocurriera algo me estaba volviendo loco y me atormentaba la culpa. Más que mi deber con la mafia, sentía la obligación de protegerla, pero parecía fracasar una y otra vez.

Pasé junto a algunos de los invitados, pidiendo a algunos que me disculparan y simplemente empujando a otros.

— Logan. — Lucian se acercó por detrás hasta sujetarme el hombro.

Me volví hacia él con expresión poco amistosa.

— ¿Qué ocurre?

— Mateo me dijo que hay alguien con ella.

— ¿Cómo que alguien con ella? — Alcé la voz, haciendo que la gente a nuestro alrededor se volviera hacia mí. — Debería estar con Chagas.

— ¡Lauren! —gritó Lucian.

Me quedé mirando a mi primo durante medio segundo más antes de apartar a la gente

que tenía delante.

— ¡Lauren!

Sabía que era una mala idea dejar que viniera, y no solo porque estuviera celoso de verla con otro hombre.

Estuve a punto de derribarlo todo por el camino, incluidos camareros y obras de arte, hasta que me topé con Juliano, que miraba de un lado a otro con expresión de pocos amigos.

— ¿Dónde está? — Agarré al hombre del cuello del saco y lo levanté en el aire hasta que sus pies se despegaran del suelo.

— ¿Qué estás haciendo? —me gruñó.

— ¿Dónde está Lauren? —repetí la pregunta, resoplando como un toro.

— No lo sé.

— ¿Cómo puedes no saberlo? — Mi tono atraía la curiosidad.

— Ella estaba aquí. Fui a cerrar el trato de un cuadro que nos gustaba y de repente se fue. Tal vez fue al baño y no me dijo nada.

— Ella no iría al baño así.

— Las mujeres, querido, hacen cosas que hasta el diablo duda.

Le bajé y le di un puñetazo en la cara, haciéndole retroceder unos pasos. Estaba a punto de volver a golpearlo, cuando Fernanda se interpuso entre nosotros y me detuvo.

— ¡Basta ya!

— Él... — Empecé a protestar, pero la mujer del jefe no me dejó terminar la frase.

— Logan, no necesitamos otro enemigo.

— Solo quiero saber dónde está Lauren.

— Vamos a buscarla. — Dejó de mirarme y se volvió hacia el colombiano. — Juliano, te pido mil disculpas por el incidente, serás recompensado por ello. Es que estamos muy preocupados por Lauren y algunas hormonas se están saliendo de control.

— ¡De acuerdo! — El hombre se masajeó la mejilla que había golpeado. Aún parecía irritado por lo ocurrido, pero se lo tomó con calma e hizo un gesto a sus hombres para que se alejaran.

— ¿Sabes adónde fue?

Negó con la cabeza.

— En un segundo, estaba a mi lado. Me distraje hablando para comprar un cuadro y entonces desapareció.

— Los rusos —tartamudeó Lucian, poniéndose aún más blanco de lo que ya estaba.

— ¡Lauren! — Miré a un lado y a otro, intentando verla, y cada segundo que pasaba sin esa confirmación visual aumentaba mi desesperación.

— Mis hombres y yo te ayudaremos a encontrarla —se ofreció Juliano. Una parte de mí quería mandarlo al infierno por no protegerla, pero otra parte de mí, la racional, sabía muy bien que, ahora mismo, cualquier ayuda sería muy bienvenida si queríamos encontrar a Lauren lo antes posible.



LAUREN

Capítulo cuarenta y ocho

Mi hermano y Logan no habían estado de acuerdo con la idea de que saliera con Juliano, porque pensaban que era arriesgado, pero yo confiaba en que estaría segura con ellos cerca, pero, atada en la parte trasera de una camioneta, empecé a creer que tenían razón.

El hombre que me había secuestrado hablaba con otros dos en el vehículo. Los tres eran calvos, de piel y ojos claros y de complexión alta y alargada. Como seguramente hablaban en ruso, no entendí nada. Aunque había aprendido italiano y otros cuatro idiomas, ese nunca había estado en mi agenda y me pareció hacer falta en ese momento.

— ¡Suéltenme! —grité, atrayendo su atención hacia mí.

— ¡Cállate, puta de mierda! — Uno de ellos me dio una patada que me hizo sentir un dolor agudo en un costado del cuerpo.

— ¡Ay!

— Cálmate, amigo —intercedió un segundo a mi favor—. Es la mujer del jefe.

— No es más que una puta. — El primero seguía enfadado y me escupió, haciendo que se me revolviera el estómago de asco. — Nuestro jefe casi muere por su culpa.

— Pero nos pidió que la lleváramos viva.

— ¿Iván despertó del coma? — Me sorprendió la noticia.

— Deja de hacer preguntas —me gruñó, sin molestarse en responder.

Quería preguntarles adónde me llevaban, pero pensé que era poco probable que me dieran esa información.

Iván me quería viva. No pensé en lo que planeaba hacerme después, solo en que hasta que llegáramos frente a él, tendría tiempo.

Sentada en el suelo, no podía mirar por las ventanillas ni identificar la autopista por la que circulábamos. Los sonidos caóticos y agitados de Nueva York tampoco contribuían mucho. Sin embargo, por la velocidad del vehículo, cada vez estaba más segura de que nos alejábamos de Manhattan.

Me froté los brazos, intentando liberarme de las fuertes ataduras con las que me habían atado las muñecas y los tobillos. Sin embargo, ninguno de mis movimientos servían de nada, parecía un animal conducido al matadero.



LOGAN

Capítulo cuarenta y nueve

Subimos a los coches en cuanto Mateo Bellucci nos dio las coordenadas de Lauren, que estaban siendo captadas por el rastreador de sus pendientes. No había pensado en su utilidad hasta ese momento.

Quería tomar el control del vehículo y salir lo más rápido posible, pero una limusina no era adecuada para una persecución. Así que les seguimos en uno de los furgones que habían venido con nuestros soldados. Juliano estaba dispuesto a renunciar a algunos de sus hombres para ayudarnos, pero el calor del momento parecía exigir un contingente menor, porque era mucho más difícil precipitarse a un destino en caravana.

Compartimos la ubicación de Lauren con todos los coches y no nos molestamos en seguirnos unos a otros, solo en llegar a ella lo antes posible.

Fernanda fue escoltada de vuelta a casa por un pequeño equipo y Lucian y yo seguimos en un furgón.

— ¡Más rápido! —grité a Kevin que acelerara.

— Voy tan rápido como puedo, señor.

— Pues ve más todavía.

Lucian me agarró del hombro y tiró de mí hacia atrás, golpeándome la espalda contra el asiento del coche.

Le gruñí enseñándole los dientes.

— ¿Crees que no estoy desesperado? —me gritó—. Es mi hermana pequeña, pero no podemos hacer nada por ella si chocamos contra una farola o la parte trasera de un camión.

— Está corriendo peligro.

— ¡Ya lo sé! — Apretó las rodillas con furia. — Yo no quería que viniera, pero Lauren pensó que estaría a salvo y ambos estuvimos de acuerdo.

— Intenté convencerla de lo contrario.

— Es una Lansky, Logan. No somos los únicos que, cuando nos ponemos algo en la cabeza, nadie nos lo quita.

— No quiero perderla. — Revelé mi peor temor, el que me aplastaba el corazón como un yunque de una tonelada.

— Yo tampoco.

Desvié la mirada hacia el GPS del coche, que seguía las coordenadas de Lauren. Parecía estar cada vez más lejos, lo que me ponía muy nervioso, pero después de lo que me pareció toda una vida, la luz roja del mapa por fin dejó de parpadear.

— ¡Más rápido, Kevin!

Parecía imposible sobrevivir a la angustia cuando no estaba sentado al volante. Mi desesperación era aún mayor porque podía identificar en el mapa el lugar donde se habían detenido. Era un desguace, uno de los muchos que había en los suburbios de la ciudad, pero este en concreto era el que utilizábamos para celebrar las reuniones porque tenía un espacio vacío en la parte de atrás.

¿Por qué demonios iban a llevarla allí? Mi mente ya estaba elaborando las peores alternativas y sufrir por ello era enloquecedor.

Los minutos que nos separaban parecieron una eternidad hasta que Kevin entró en el local y se detuvo detrás de una furgoneta.

Oí un ruido y vi que arrastraban a Lauren hasta un helicóptero. Luchaba contra un

hombre que la doblaba en tamaño y probablemente era diez veces más fuerte que ella.

— ¡Déjenla ir!

— ¡Lauren! —la llamé, haciendo que se diera la vuelta y se fijara en mí.

— ¡Logan!

Lucian me arrastró detrás de la furgoneta segundos antes de que dos hombres, que acompañaban al que la sujetaba, sacaran sus pistolas y dispararan en nuestra dirección.

— ¡Cuidado!

Saqué mi pistola y me preparé para disparar. Quería matar a aquellos bastardos lo antes posible, pero tenía que tener mucho cuidado de que ninguno de mis disparos alcanzara a Lauren. Sin embargo, antes de que pudiera devolver el fuego, el hombre que la sujetaba sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

— ¿Quieres ver cómo le explota el cerebro a la princesita?

— Lauren... —gemí suavemente su nombre mientras miraba sus ojos azules y me daba cuenta de toda la desesperación y el miedo que la consumían.

— Intenta disparar de nuevo y muere.

Yo era bueno con la pistola, presumía de ser uno de los mejores, pero era prácticamente imposible que pudiera dispararles a los tres antes de que alguno de ellos alcanzara a Lauren. Si quería sacarla de los brazos de aquellos hombres, necesitaría un plan mejor que garantizara su seguridad.

— ¡Logan! —gritó mi nombre con profunda desesperación, lo que aumentó aún más mi angustia y mi sufrimiento.

— Lauren…

Vi cómo las lágrimas brotaban de sus ojos cuando el hombre le puso la pistola en la sien.

— ¡Lauren! —fue el turno de Lucian de gritar su nombre mientras los hombres retrocedían para acercarse al helicóptero.

Aún sostenía la pistola, pero me sentía terriblemente incapaz de disparar un tiro. Ni Lucian ni yo nos arriesgaríamos a hacerle daño, y mucho menos a tomar una decisión que pudiera matarla.

Los hombres la arrastraron hasta el helicóptero y la utilizaron como escudo hasta que entraron en la aeronave. Intentó doblar el cuerpo hacia nosotros, pero fue detenida por un matón que la mantenía atrapada.

— ¡Logan!

— ¡Lauren! — Di un paso adelante y uno de los hombres disparó un tiro en mi dirección que me rozó el brazo izquierdo.

— Quédense ahí —advirtieron.

Se instalaron en el interior del helicóptero y cerraron la puerta. El vehículo despegó y Lucian intentó dispararle cuando estaba a unos metros del suelo, pero todas las balas rebotaron, lo que indicaba que la superficie estaba blindada.

Lauren desplomó su cuerpo contra el cristal del vehículo y yo me quedé mirando su imagen de desesperación y su silenciosa súplica de ayuda mientras el helicóptero se alejaba a toda velocidad hasta desaparecer en el aire.

Apreté los puños tras soltar el arma y rugí de rabia mientras caía de rodillas al suelo.

— ¡¡¡Ah!!! —grité de rabia, frustración y agonía.

No debería haber permitido que se la llevaran, pero al mismo tiempo sabía que no tenía otra reacción alternativa para garantizar que siguiera viva.

— Vamos a casa. — Lucian me llamó. — No puedes ir tras ella en coche.

Me vi obligado a aceptar.

— ¿Crees que la llevaron a Los Ángeles?

— Tendrían que parar a cargar combustible, pero podrían hacerlo.

Me levanté del suelo, sacudiéndome el polvo de las rodillas, y me enfrenté a mi primo con firmeza.

— Vamos a buscarla.

— Lo haremos —dijo mientras subíamos al coche.



LAUREN

Capítulo cincuenta

Me quedé sin aliento e impotente mientras veía a mis espaldas los altos edificios de la ciudad donde había nacido. Había luchado y gritado todo lo que mi cuerpo me había permitido hasta quedar exhausta, pero no había conseguido nada.

Aún podía ver la angustia y la desesperación en los ojos de Logan y de mi hermano cuando el ruso me apuntó a la cabeza con una pistola, sin darles otra opción que retroceder. Conocía bien esa sensación de impotencia y pensaba que no había nada peor en el mundo.

— ¿Adónde me llevan? —les pregunté, logrando por fin abrir la boca.

El ruido era fuerte y sin mis auriculares no podía oírlos bien, pero lo intenté.

— ¿Le cortarás tú la lengua o lo haré yo? — El más amenazador se volvió hacia el que intentaba ser amistoso conmigo.

— Deja a la mujer en paz, Vladimir.

— Deberíamos haberla matado a la primera oportunidad, Dominic.

— ¿Y lo de ir en contra de los deseos del jefe?

— El jefe aún está mal de la cabeza después de lo que le hizo ese bastardo. Alexander advirtió a su hermano que no se casara con una americana. Mira lo que pasó.

— Deberíamos haberlos matado a todos en el desguace —dijo el hombre a los mandos.

— Nuestra prioridad era traer de vuelta a la mujer —dijo Dominic.

El hombre que pilotaba el helicóptero no interfirió en la discusión de los otros tres, que se creían con derecho a decidir si yo vivía o moría. Afortunadamente, no tenían ese poder y

tuvieron que llevarme ante su jefe.

Lo que no podía imaginarme era lo que intentarían hacerme cuando llegara. Más que la mujer del jefe, yo era la responsable del intento de asesinato que había sufrido, y eso lo tendrían muy en cuenta a la hora de decidir mi futuro.



LOGAN

Capítulo cincuenta y uno

Salí del coche resoplando como un toro y fui a hablar con los hombres que habían aparcado detrás de nosotros sobre cómo íbamos a movilizarnos para llegar a Los Ángeles. Sabía que tenía que actuar con cuidado para asegurarme de que Lauren volviera sana y salva, pero era difícil pensar con la cabeza despejada mientras se la llevaban.

— ¡Vamos! — Lucian me agarró del brazo y me arrastró al interior de la casa.

— ¿Qué estás haciendo?

— Hablemos con Bellucci. Tiene información sobre dónde llevan a mi hermana.

Asentí y dejé que me arrastrara hasta que estuvimos frente al italiano y su equipo. Alcancé a ver a su mujer hablando con Fernanda, pero no me molesté en escuchar su conversación. Mi prioridad en aquel momento era otra.

— ¿Dónde está Lauren? — Fui directo al grano. Sabía que el hombre con el que hablaba distaba mucho de ser uno de mis empleados, pero ante el desencadenante de mi angustia, no tenía margen para la cordialidad.

— Moviéndose a doscientos ochenta kilómetros por hora. — Señaló una de las pantallas, donde yo podía ver el mismo punto rojo. — ¿En qué se han escapado?

— En helicóptero.

— Eso justifica la velocidad. — Se movió por la habitación y pareció hacer algunos cálculos mentales antes de volver a nosotros. — No estamos seguros de cuál es su destino. Si es Los Ángeles, tenemos algunas ventajas. El helicóptero tiene una autonomía de vuelo y una velocidad muy inferior a la de un avión. Para llegar a California, tendrán que parar al menos dos veces para cargar combustible y emplearán unas catorce horas.

Señaló un mapa delante de nosotros e hizo un rayo en él, indicando algunos puntos.

— Lo más probable es que se detengan a mitad de camino y cambien a un avión. En lugar de cargar combustible, pueden completar el viaje y llegar más rápidamente.

— ¿Podríamos interceptarlos? — Me metí las manos en los bolsillos.

— Probablemente no. Hay varios aeropuertos en su ruta, por lo que no podríamos identificar exactamente en cuál pararían, y mucho menos llegar allí de antemano.

— ¿Qué debemos hacer?

Tenía que hacer algo, lo que no podía hacer era quedarme ahí esperando mientras no sabía qué le podía estar pasando a Lauren.

— ¿Dónde está Ivan? — Lucian superpuso su voz a la mía.

— ¿El jefe de la mafia rusa? — Mateo se volvió hacia él.

— Sí. Podrían estar llevándole a Lauren.

— Si tu hermana sigue viva, es una posibilidad.

— Encuéntralo por mí. ¿Puedes?

— Con el tiempo descubrirás que hay pocas cosas que no pueda hacer. — Mateo esbozó una sonrisa arrogante y libertina.

En ese momento no me importaba su encanto ni su ego, solo quería encontrar a mi mujer.

Me moví de un lado a otro, a punto de cavar un agujero en el suelo con los pies. Estaba distraído y solo me di cuenta de que Fernanda se me acercaba cuando se detuvo a mi lado.

— No vengas a decirme “te lo dije” —resoplé.

— Bueno, no estaba en mis planes hacerlo, pero como me lo mencionaste, te lo dije. No debiste haberla dejado casar, Logan, pero eso no importa ahora.

— Si atrapo a ese bastardo...

— Cuando lo atrapes. — Me corrigió, enfáticamente. — Siempre he notado algo entre ustedes dos y no podemos dejar que eso se pierda por tomar decisiones equivocadas. Además, todos echamos de menos a Lauren en esta casa. Así que tráela de vuelta.

La miré y asentí.

— Lo haré.

— Es lo menos que espero de ti. — Me dio una palmada en el hombro antes de alejarse, volviendo con la mujer de Bellucci.

Mateo levantó la cabeza y dirigió su atención a la rubia embarazada.

— ¿Luize?

— Sí.

— Llama a mi hermano, ahora necesitamos algo más que ordenadores para hacer frente a los rusos.

— Llamaré al sanguinario. — Soltó una risita.



LAUREN

Capítulo cincuenta y dos

El helicóptero se detuvo y me removí en el asiento. Parecía que habíamos volado una eternidad, pero no tenía ni idea de cuánto habíamos tardado en realidad. Aún era de noche, así que menos de doce horas.

— ¡Fuera! — Uno de los hombres me agarró por el brazo y me arrastró fuera del helicóptero.

— ¡Ay! Me haces daño.

No le importaron mis gritos ni mis protestas. Intenté ver más de cerca dónde estábamos, hasta que me di cuenta de que el césped daba paso a una pista de aterrizaje privada. Estábamos en un pequeño aeropuerto.

Intenté liberarme luchando. No tenía dinero ni teléfono móvil, pero si lograba salir de allí, encontraría la forma de informar a Logan o a mi hermano, que vinieran a recogerme.

— ¡Suéltame!

— Detente, puta. — Recibí un golpe en la cabeza que me dejó mareada e hizo que me flaquearan las piernas.

Tambaleándome, caí al suelo y el hombre me arrastró, raspándome las rodillas contra el suelo. Afortunadamente, la tela del vestido impidió que me hiciera demasiado daño.

— No se trata de matar a la mujer, Vladimir. — Dominic le recordó que tenían que entregarme viva al jefe.

Por mucho que esto diera a mi novio y a mi hermano algo de tiempo para venir a rescatarme, aún no sabía si sería suficiente para evitar que fuera el blanco de la furia de Iván.

— Teníamos que deshacernos de ella.

— Solo estamos aquí para cumplir órdenes.

— Estos italianos no son de fiar.

— Depende del jefe, amigo.

Vladimir se encogió de hombros y luego me levantó, sujetándome desplomada sobre la espalda como si fuera un saco de batatas. Estaba demasiado mareada para seguir protestando y la forma en que me sujetaba, con la cabeza gacha, no me ayudaba a recuperar el sentido.

Había un hangar con avionetas y un piloto se nos acercó cuando nos vio a mí y a los rusos.

— ¿Está todo listo? —le preguntó Dominic.

— Sí, señores.

— Entonces, vamos.

Me transportaron al interior del nuevo avión, me sentaron en un banco, mientras los demás hombres se acomodaban para el nuevo viaje.

El único que no había venido con nosotros era el piloto del helicóptero, e imaginé que lo llevaría a otro lugar.

Quería amenazarles, decirles que todos morirían cuando mi familia viniera a rescatarme, pero antes de abrir la boca me di cuenta de que era muy mala idea decir algo al respecto.

Me quedé quieta en el asiento al darme cuenta de que lo único que ganaría con mi revuelta eran más palizas. No me quedaba más remedio que esperar que vinieran a rescatarme lo antes posible.



LOGAN

Capítulo cincuenta y tres

— ¿Dónde está ella? — Me acerqué a Bellucci mientras caminábamos hacia nuestro avión, que estaba en un hangar de un aeropuerto de Nueva York.

No podía dejar de pensar en Lauren, y mucho menos dejar de culparme por lo que le había pasado. Había sido una idea terrible dejarla salir con Juliano, debería haber sido más rotundo y haberme impuesto en contra de eso.

Sabía cuánto odiaba Lauren estar encerrada en casa sin hacer nada, pero era por su propio bien. En aquel momento, debería haber estado de camino a Los Ángeles, a punto de ser entregada de nuevo a Ivan, y yo estaba demasiado lejos para protegerla y evitar que pasara algo.

— Se están moviendo más rápido. — Mateo miró el móvil que tenía en las manos, siguiendo el paradero de Lauren en tiempo real. — Probablemente han dejado el helicóptero y subido a un avión.

— ¿Rumbo a Los Ángeles? —preguntó Lucian.

— Lo más probable.

— Así que allá vamos. — Mi primo hizo un gesto con las manos, dirigiendo a nuestros hombres fuertemente armados hacia el avión.

— ¿Dijiste que tu hermano iba a venir aquí? — Miré a Mateo.

— Está en camino. Arreglé con el piloto de él para que vuele directamente a Los Ángeles. No había tiempo para irnos todos juntos.

— Bien, gracias. — Intentaba mantener mi respiración normalizada, aunque mi corazón subía y bajaba frenéticamente.

Estaba desesperado y temeroso de lo que pudiera pasarle a Lauren, y al mismo tiempo furioso conmigo mismo y con ella por haberme convencido de que la dejara ir a aquella exposición. Ya debería haber aprendido la lección, pero esta vez sería definitiva. Cuando se trataba de Lauren, tenía que dejar a un lado mi mente y seguir a mi corazón.

— ¿Vienes con nosotros? — Dirigí mi atención a Bellucci, que me miraba fijamente.

— No. Me quedo aquí para proteger la mansión, a las mujeres y al niño, pero Theo es el mejor aliado que puedes tener ahora mismo.

— ¿Por qué? — Fruncí el ceño.

— Porque actúa como en las películas que tu país produce. — Se rió de una manera libertina. — Dispara primero y pregunta después.

Le dediqué una sonrisa forzada, pero no creí que fuera el momento adecuado para discutir esos detalles. Si él creía que su hermano sería el más indicado para ayudarnos en aquella situación, me parecía bien.

Me costara lo que me costara, solo quería recuperar a Lauren, segura y protegida, en mis brazos, para no dejarla marchar nunca.

— ¡Adelante! — Mateo indicó la puerta del avión. — Aprovecharé el punto para manteneros informados a ti y a Lucian de cualquier noticia que tenga sobre ella. Cuanto antes lleguen, mejor.

— Gracias.

Asintió y me dirigí al interior del avión. Mi primo ya estaba sentado en un sillón. Movía las manos y chasqueaba los dedos, visiblemente angustiado e irritado. Al igual que yo, Lucian probablemente se culpaba por haber dejado que Lauren abandonara la comodidad de nuestro hogar para convertirse en objetivo de los rusos.

— Ella estará bien. — Respiró hondo y se volvió hacia mí.

— Lo estará. — Fue una respuesta más de fe que de certeza.

Nosotros y nuestros hombres nos acomodamos para que despegara el avión. Viajábamos con treinta de nuestros mejores soldados a California, y esperaba que fueran suficientes para rescatar a Lauren y traerla sana y salva a casa.



LAUREN

Capítulo cincuenta y cuatro

El alba ya se apoderaba del cielo cuando bajamos del avión. Estaba dolorida, hambrienta y sedenta, pero dudaba que alguno de aquellos hombres fuera a preocuparse por esos detalles. Lo único que les importaba era cumplir las órdenes y llevarme entera al jefe. Bueno, quizás no entera, pero al menos viva, gracias a los golpes y culatazos que ya me habían dado desde que me secuestraron.

Había una camioneta plateada esperándonos en el asfalto; Vladimir abrió la puerta trasera, tirándome en el asiento, y yo me deslicé más cerca de la puerta. Se detuvo para hablar con Dominic y yo miré el picaporte. Tardé menos de un milisegundo en decidirme a probar suerte. Tiré de ella y, para mi sorpresa, se abrió. Tomé todo el aliento de mis pulmones y salí rodando, corriendo tan rápido como pude en seguida.

— ¡La puta se escapa! —gritó uno de ellos.

— ¡Maldita sea! —refunfuñé, al darme cuenta de que se habían fijado en mí.

Incliné el cuerpo hacia adelante y terminé tropezando. Di unos pasos tambaleantes hasta que logré recuperar mi ritmo de carrera sin caer al suelo.

— ¡Agárrenla!

Los gritos me animaron a seguir corriendo. Uno de ellos disparó un tiro, que dio en el suelo, muy cerca de mi pie, y me asustó, pero no fue suficiente para detenerme.

— ¡Ven aquí!

— ¡Deja de correr!

Los gritos resonaron detrás de mí y los ignoré a todos, como si no me hablaran. Ya que tenía una oportunidad de escapar de aquel reencuentro con Iván, no iba a renunciar a eso. Corrí

detrás del hangar, siguiendo un campo de hierba; algunas ramitas y hojas se engancharon en el dobladillo de mi vestido y rasgaron la tela, pero no me importó. Por suerte, había elegido un calzado que me facilitaba la carrera, porque me habría torcido el pie innumerables veces corriendo por aquel terreno con tacones de aguja.

— ¡Atrápenla! — Seguían gritando y oí los disparos de advertencia, pero ninguno de ellos parecía tener intención real de darme. Lo tomé como una ventaja y seguí corriendo.

Llegué a una barandilla alta, que probablemente delimitaba los límites del aeropuerto. Intenté escalarla, pero tuve que dejarme los zapatos. En lo alto había alambres de espino, pero esperaba que no fueran de una valla eléctrica. Sin embargo, antes de que pudiera averiguarlo, sentí que una mano firme me agarraba del pelo y tiraba de mí hacia atrás.

— ¡Zorra!

— ¡Me haces daño! — Intenté forcejear para que me soltara, pero fue inútil.

— ¿Crees que escaparás? — Seguía arrastrándome por el pelo, haciendo que mis pies descalzos y mi vestido rozaran la hierba.

— ¡Suéltame!

— Espero que cuando te agarre el jefe, al día siguiente no puedas ni caminar bien. — Me tiró del pelo con más fuerza y pude sentir cómo me palpitaba el cuero cabelludo por el dolor. — Si pudiera, ya te habría matado, pero seguro que él hará algo mucho peor.

Tragué saliva. Intenté luchar contra el pavor, pero cuando me di cuenta de que no podría escapar, este se hizo aún mayor.

Vladimir solo dejó de arrastrarme cuando consiguió arrojarme de nuevo al coche, pero su mano no me soltó el pelo, sujetándolo como la cuerda de una correa, lo bastante apretado para que no pudiera escapar.

El conductor arrancó el coche y pronto nos encontramos en una autopista de alta velocidad. Las pocas veces que había estado en Los Ángeles habían sido a causa de aquella boda con Iván, y cuando Logan me rescató en mi luna de miel, había imaginado que nunca tendría que volver. Qué equivocada estaba... Estaba allí de nuevo, y dudaba que esta vez fuera mejor que la anterior.

Mi adrenalina seguía por las nubes y, afortunadamente, ahuyentaba mi hambre o cualquier posible dolor en mi cuerpo causado por los golpes que me había dado por el camino.

Algo dentro de mí me tranquilizaba, porque sabía que Lucian y Logan vendrían por mí. No dejarían que me secuestraran sin contraatacar, pero de lo que no podía estar segura era de lo que me ocurriría hasta que me encontraran, y eso bastaba para desesperarme.

— Tengo sed.

— Ese es tu problema —dijo bruscamente.

— El jefe te dará agua cuando lleguemos a la mansión. — Dominic fue un poco más amable.

Moví la cabeza, forcejeando contra el agarre, hasta que Vladimir finalmente me soltó. Me desplomé de un lado en el asiento, observando las luces, los edificios y los demás vehículos que pasaban a nuestro lado mientras nos dirigíamos a mi destino.

Tardamos en llegar menos de lo que me hubiera gustado. El coche estaba aparcado en el garaje y todos salieron primero antes de que Vladimir me agarrara dolorosamente del brazo y me sacara del coche. Me arrastraron al interior de la casa hasta que entramos en un salón.

Cuando entré en la habitación, miré a mi alrededor y no vi a nadie. Esto me hizo respirar aliviada, pero solo duró unos segundos, porque pronto empezaron a entrar algunos hombres en la habitación. Reconocí a dos de ellos como los hermanos de Ivan y, finalmente, entró él. Una parte de mí esperaba que Logan lo hubiera golpeado lo bastante fuerte como para dejarlo con daños irreparables, pero el hombre que tenía delante parecía bien recuperado, con solo algunos

moretones en la cara.

La próxima vez le pediría a Logan que lo golpeara más fuerte.

— Finalmente me la trajeron. — Dio un paso hacia mí y yo intenté dar dos hacia atrás, pero con la mano de Vladmir firmemente sujeta a mi brazo, no pude moverme.

— Era difícil atraparla. — Dominic se metió las manos en los bolsillos y siguió mirando a su jefe.

— Supuestamente, ustedes son mis mejores hombres.

— No salía de casa.

— Deberían haber invadido el lugar.

— No era tan fácil —intentó justificarse Dominic.

— Débiles —resopló Iván.

— Pero la mujer ya está aquí. — Vladimir le recordó la información más importante. — Si no quiere matarla, jefe, lo haré yo. — El hombre sacó una pequeña navaja del bolsillo y me apuntó al cuello, haciéndome tragar saliva.

— No. — Iván levantó la mano.

— Pero, jefe... —protestó Vladimir—. Ella merece morir.

— Sí, se lo merece. — Iván alternaba la mirada entre sus hombres y yo. — Pero tengo otros planes para ella.

Sentí un escalofrío cuando dijo eso. No podía pensar a ciencia cierta cuáles eran sus planes, pero solo pensar en la posibilidad de quedarme a solas con él en la habitación una vez más me desesperó, y todo mi cuerpo se encogió en una postura distante.

Iván dio unos pasos hacia mí y me agarró el mentón con la punta de los dedos, levantándome la cara y haciendo que le mirara con más firmeza aún.

— ¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto deplorable.

— Fue una serie de gentilezas de sus hombres. — Sonreí con sarcasmo.

— ¿Alguno de ustedes...? — Apretó los dientes mientras se enfrentaba a sus hombres.

— ¡No, jefe! — Se apresuraron a contestar a coro. — Nos ha costado un poco traerla.

— Se resistió y trató de escapar.

— Supongo que eso es verdad. — Volvió a mirarme con expresión amenazadora.

— Eso es lo que pasa cuando intentan arrastrarme a algún sitio contra mi voluntad.

— ¡Eres mi mujer! —me gritó con una furia que hacía que su discurso se pareciera más al rugido de un león.

Me callé. Quería responderle que no, pero nuestro matrimonio se había celebrado y, sobre el papel, yo había pasado de ser una Lansky a una Petrov.

— ¿Dónde está el anillo? — Tiró con fuerza de mi mano.

— Lo tiré.

Giré la cara y dejé caer la cabeza al suelo cuando su bofetada me dio de lleno en la cara.

— Me avergüenzas.

Me masajeé la mejilla, que ardía por la agresión.

— ¿Cómo puedo intentar que te sientas orgulloso si eres un pésimo marido?

— Seguro que tu padre y tu hermano eran unos debiluchos. Tuviste una mala educación. No tiene sentido ser hermosa si no tienes límites.

¿Límites? ¿Me agredió así y vino a hablar de límites?

— Voy a enseñarte cómo funcionan las cosas en esta familia. Aprenderás, estoy seguro de que lo harás. — Me agarró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás. Mi cuero cabelludo, que ya estaba dolorido por otros tirones, sufrió aún más.

— Creo que tienes una forma horrible de tratar a las mujeres.

— Tal vez debería empezar por arrancarte la lengua, ya que solo necesito tu vagina.

Apreté los dientes, gruñendo.

— Se calmará después de unas cuantas penetraciones —rió uno de los hombres que lo acompañaban, que supuse era su hermano.

— Si no se calma, la dejaré atada a los pies de la cama —se burló Iván.

Yo seguía resoplando y gruñendo, pero no decía nada.

De nuevo me arrastraron, pero esta vez fue Iván. Me agarró y me llevó escaleras arriba. Ninguno de los hombres de la sala se compadecía de mi situación; en el fondo, parecían divertirse con eso.

— Eres mía, Lauren.

— ¡No lo soy!

No era suya, y no podía ser de nadie más, porque mi corazón siempre perteneció a Logan.

Por más que intenté soltarme, Iván fue lo bastante fuerte como para detenerme.

Caminamos por el pasillo, él arrastrándome, hasta que llegamos a una puerta. La abrió, me metió dentro y cerró tras nosotros.

— Es hora de que me des lo que he estado esperando.

— No conseguirás nada de mí. — Le escupí y recibí otra bofetada en la cara que me hizo retroceder y solo se detuvo cuando mis piernas chocaron contra la cama en el centro de la habitación.

— No necesito tu permiso. Ya eres mía.

— Ya soy de otro.

— ¿Qué quieres decir? — Me agarró del cuello, obligándome a mirarle.

No contesté y eso bastó para avivar aún más su furia. Me levantó por el cuello, asfixiándome aún más, y me arrojó sobre la cama.

Intenté girar sobre mí misma, levantarme del colchón, pero antes de que pudiera, Iván se subió encima de mí y me agarró de las muñecas.

— ¿Quieres pelear? — Se rió. — Pues pelea, pero al final siempre ganaré yo. Soy mejor, más rápido, más fuerte y más viejo.

Yo seguía forcejeando y él parecía disfrutar con ello, casi como si mi forcejeo le excitara aún más.

— ¡Suéltame!

— Te enseñaré a obedecerme, putita.

Intenté girarme y morderle el brazo, pero mi cuello no me daba el alcance que necesitaba. Me sentía literalmente como una hormiga luchando contra un elefante, pero iba a resistir hasta el final, porque necesitaba ganar tiempo.

Me sujetó las muñecas con una mano y me subió el vestido con la otra.

— Nadie puede escapar de mí. — Lo dijo como para reafirmarme en su poder.

Moví las piernas, pero con el peso de su cuerpo presionándome, no podía hacer mucho. A diferencia de cuando estaba con Logan, no quería esas caricias, no me sentía excitada por ellas. Todo lo que quería era que ese monstruo se apartara de mí.

Con el vestido a media cintura, fue a por mis bragas, tocando mis partes íntimas de una forma que me repugnó.

— Eres mía.

— No lo soy.

Se reía. Su lado sádico se deleitaba con cada una de mis protestas, sin importarle lo más mínimo mi opinión.

Iván me bajó las bragas por un lado y me las quitó.

— Suéltame.

— Solo cuando esté lo suficientemente cansado.

Se colocó encima de mí, utilizando aún su peso y sus manos para retenerme. Quería ganar tiempo y mantenerme con vida, mientras una parte de mí prefería morir antes que ser violada por él.

Un gran estruendo resonó en toda la casa y el ruido pareció hacer temblar las paredes.

— ¡Mierda! —refunfuñó.

— Ya verás lo que es. — Intenté usar eso como excusa para quitármelo de encima.

— Dejaré que mis hermanos lo solucionen. — Se levantó solo para bajarse la cremallera de los pantalones y sacar su miembro.

Sin embargo, para poder hacerlo, se vio obligado a soltarse de mis brazos, y antes de que pudiera penetrarme, moví mi mano y agarré su miembro, presionándolo con mis uñas hasta el punto de hacerle gritar de dolor.

Iván me dio un puñetazo y me vi obligado a soltarlo, pero el dolor que le causé fue suficiente para que su erección desapareciera.

— ¡Bastarda!

— No vas a obligarme. — Le empujé por los hombros, pero antes de que pudiera intentar golpearme de nuevo, alguien abrió la puerta.

— ¡Iván!

— ¿Qué mierda pasa?

— ¡Han volado la puerta principal, nos atacan! — La voz del tipo fue seguida por el sonido de disparos.

El enfado que se hizo aún más evidente en el rostro de Iván me hizo respirar aliviada.



LOGAN

Capítulo cincuenta y cinco

Salimos del aeropuerto y fuimos lo más rápido posible a la mansión de los rusos. Mateo ya nos había informado de que Lauren estaba allí, y con cada segundo que pasaba en mi reloj, me preocupaba más que le hubiera pasado algo.

Sentía que fracasaba una y otra vez con la mujer que amaba y era desgarrador.

El hermano de Mateo aún no había aparecido para unirse a nosotros y, sinceramente, no sabía cuántas horas tendría que volar desde Italia hasta nuestro destino. Sin embargo, no estaba dispuesto a esperar al italiano. Iba a sacar a Lauren de allí, aunque tuviera que entrar solo.

Lucian, que estaba a mi lado, hizo un gesto a los hombres para que se dirigieran a la gran puerta de acero. Pero antes de que pudieran ponerse en posición, recibieron disparos que rebotaron en sus cascos e impactaron en sus chalecos antibalas.

Examiné de dónde procedían los disparos e identifiqué a unos hombres en lo alto del muro, les apunté y los derribé uno a uno.

— ¡Adelante! — Hablé a mis hombres antes de que otros vinieran a reemplazar a los que había derribado.

Colocaron bombas cerca de las bisagras del portón y se alejaron. Unos instantes después, la explosión hizo caer el portón, abriéndonos paso para entrar en la casa.

— Vamos. — Lucian hizo un gesto a algunos de nuestros hombres para que se adelantaran.

Oí el ruido de unos coches que se acercaban y miré hacia atrás a tiempo de ver a varios hombres que bajaban de ellos. Eran desconocidos, pero no parecían estar del lado de nuestros enemigos.

— ¿Iban a empezar la acción sin mí? —preguntó un hombre de ojos verdes y pelo oscuro. Estaba a punto de preguntarle quién era cuando mi primo lo llamó por su nombre.

— Theo, pensé que no ibas a unirte a nosotros.

— El vuelo duró un poco más de lo que esperaba. — Sacó su pistola y apuntó hacia delante. — ¿Listos para entrar?

Afirmé con la cabeza. Estaba más que preparado, quería la cabeza de Ivan en bandeja y el derecho a casarme con Lauren.

Con los refuerzos que habían llegado con Bellucci, nos dirigimos al interior de la mansión. Atravesamos el portón y nos recibieron disparos en la entrada, pero Theo y yo no tardamos en identificar de dónde procedían los disparos y conseguimos abatir a los guardias de seguridad. Yo solía ser el más rápido de los tiradores con los que trataba, pero el italiano me estaba sorprendiendo y quizá los rumores sobre él fueran ciertos.

Antes de acercarnos a la puerta principal, varios soldados rusos ya habían sido abatidos. Por desgracia, nosotros también habíamos perdido a algunos de los nuestros. Sin embargo, la ventaja a nuestro favor era que nosotros estábamos equipados para una guerra, y ellos no.

— ¡En el árbol! —indicó Theo mientras disparaba a otros dos hombres que estaban detrás de un coche.

Identifiqué al hombre escondido entre las ramas y disparé un tiro que le alcanzó en la cabeza y le hizo caer al suelo.

— No eres tan malo —se burló Bellucci.

— ¿Debo tomármelo como un cumplido?

— Claro que sí.

— Primero rescatemos a mi hermana. Luego pueden seguir jugando al *Counter-Strike* —

dijo Lucian con seriedad.

Me adelanté y derribé la puerta de la sala con todas mis fuerzas. Afortunadamente, mis quemaduras se habían curado y ya no sentía ningún dolor.

Recibí un disparo en el pecho que, a pesar de estar amortiguado por mi chaleco antibalas, me hizo caer hacia atrás y quedarme sin aliento debido al impacto que ejerció presión sobre mis pulmones.

El hombre que me disparó fue abatido por Theo, al igual que los otros dos que vinieron tras él.

— ¿Te encuentras bien? — Lucian me tendió la mano para que me levantara.

— Así es. — Miré hacia abajo, viendo la bala que se había clavado en mi chaleco. Cuando levanté la vista, la vi... ¡Lauren!

Ivan sujetaba a Lauren por el pelo y le apuntaba a la cabeza con una pistola. Nos movimos lentamente por la habitación, y yo seguí apuntándole con la pistola.

— ¡Lauren!

— Tomaste la decisión equivocada, Lansky. — Ivan le dijo a mi primo.

— Suelta a mi hermana y nos iremos en paz.

— Nunca habrá paz entre nosotros.

— Lástima que me diera cuenta demasiado tarde. — Se lamentó mi primo. — Deja que Lauren se vaya.

— Logan...

La miré bien cuando la oí susurrar mi nombre y me di cuenta de su estado. Estaba

despeinada, magullada, con la cara colmada de moretones, el vestido roto y lleno de hojas y ramitas. Se me revolvió el estómago y sentí aún más furia al imaginar qué más podría haberle ocurrido.

Apreté los dientes y di un paso adelante.

— ¡Suéltala!

— ¿O qué? — Apretó aún más la pistola contra la sien de Lauren, haciendo que las lágrimas brotaran de sus ojos.

— Ocúpate de Ivan. — Oí la voz de Mateo a través del auricular en mi oído. — Mi hermano se ocupará de los demás.

Tenía miedo. No sabía si el tipo era tan bueno, pero no parecía haber otra alternativa que confiar.

Levanté un poco más la pistola y disparé, dándole a Iván justo entre los ojos. Cayó hacia atrás y Lauren cayó de rodillas. Tan rápido como pude, me acerqué a ella y puse mi cuerpo sobre el suyo, protegiéndola de los disparos que llenaban la habitación. En realidad no podía ver lo que estaba ocurriendo, solo sentía un disparo en la espalda y el dolor que irradiaba por todo mi cuerpo, pero ese también había alcanzado mi chaleco.

Debajo de mí, Lauren sollozaba y se encogía.

Minutos después cesaron los disparos, pero solo me levanté cuando sentí una mano en el hombro.

— Están todos muertos. — Oí la voz de Lucian.

Levanté la cabeza y me aparté para que Lauren pudiera levantarse. Me miró y se aferró a mi cuello, llorando mientras apoyaba la cabeza en mi hombro.

La aparté de mí y le sujeté la cara para poder mirarla.

— Lo siento mucho.

Lauren movió la cabeza afirmativamente.

— Ahora todo va a estar bien —dijo, y ver su fuerza y determinación me hizo sentir orgulloso.

— Sí. — Le acaricié la mejilla. — Te amo, Lauren.

— Yo también te amo.

— ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se rió y movió la cabeza afirmativamente. Saqué el anillo del bolsillo, que llevaba conmigo desde que lo había comprado. Sabía que no era el mejor momento para declararme y que Lauren se merecía mucho más, pero no iba a esperar a decir o hacer nada más por ella porque no creía que fuera el momento adecuado. En busca de la decisión correcta, ya la había hecho sufrir demasiado y eso no iba a volver a suceder.



LAUREN

Capítulo cincuenta y seis

Meses después...

Aquel día de cielo azul vi brillar el sol sobre mi anillo de boda.

Sí, estaba casada, pero en lugar del hombre que me habían prometido, estaba con el que siempre había amado.

— Te he traído jugo de naranja. — Logan sonrió al darme un vaso mientras brindaba con champán.

Hice un puchero y él giró la cabeza para besarme los labios y acariciarme la barriga. Mi embarazo aún estaba en sus primeras fases, pero ya había empezado a transformar mi cuerpo y a curvarlo un poco.

Volví a mirar al horizonte y admiré el paisaje del mar azul que se extendía ante mis ojos. Tras los recientes acontecimientos que nos habían acercado a la familia Bellucci, habíamos aceptado una invitación para visitarlos y nos encontrábamos en la ciudad de Palermo, en la isla de Sicilia, a bordo de un hermoso yate en compañía de la familia más importante de la mafia italiana.

Tras mi rescate, Logan y Theo se habían hecho íntimos y, además de Luize, había conocido a las otras esposas, Tatiane y Laís.

La incursión para rescatarme les había costado a los rusos la pérdida del principal núcleo familiar en Estados Unidos, y no se sabía cómo se mantendrían en pie después de aquello, ya que había comenzado una lucha de poder entre los subordinados para ver quién se ponía al frente. En el fondo, me daba igual, siempre y cuando me dejaran en paz a mí y al resto de mi familia.

Nuestro negocio volvía a la normalidad y ya había nacido el segundo hijo de mi hermano.

— Vamos. — Logan tiró de mi mano, sacándome de mis pensamientos. — Deja que te ponga un poco de protector solar.

— ¿Protector? — Mis mejillas se sonrojaron.

— Sí. — Logan se rió.

— Me gusta cuando me pones el protector.

Siguió guiándome y terminé mi jugo de naranja antes de dejarlo en una mesita en medio del camino y dirigirme a la planta superior del yate, donde mi hermano y su mujer estaban reunidos con la familia Bellucci.

Mi hermano hablaba con Marco de algo a lo que no hice caso y Fernanda miraba a Steven, que a su vez miraba al pequeño River.

Mi sobrino estaba completamente enamorado de su hermanito, solo quería que creciera más rápido para poder jugar juntos. De momento, el pequeño era aún muy pequeño y solo reaccionaba a los estímulos.

Me acomodé en una reposera y me pasé la mano por el vientre. Aún no sabía si era niño o niña, ni había empezado a sentir los movimientos del bebé, pero ya estaba muy ansiosa por poder tenerlo en brazos.

— Eres preciosa. — Logan me habló con la boca en la oreja, provocándome escalofríos, mientras deslizaba las manos por mi espalda, untándome la crema solar.

— Logan. — Me encogí de vergüenza.

— ¿Qué te parece si entramos en la cabaña?

— Todo el mundo está mirando.

— No hay nadie mirando. — Logan movió la cabeza de un lado a otro, indicando que todos estaban ocupados con sus hijos y hablando entre ellos.

Asentí y bajé con él por una escalera del yate que conducía a nuestras habitaciones. El yate era casi como una mansión flotante, con varias habitaciones. Entramos en la que nos habían asignado y Logan cerró la puerta antes de tirar de mí para acercarme.

Su lengua se encontró con la mía y el beso se hizo cada vez más intenso. Deslicé las manos por su espalda y él hizo lo mismo, tirando del lazo de mi bikini por el centro y luego por el cuello. Me quitó la prenda y la dejó caer al suelo.

Le empujé por los hombros y le hice dar pasos hacia atrás hasta llegar a la cama, donde se sentó. Logan me tiró de la cintura y yo me eché el pelo hacia atrás, besándole de nuevo mientras la parte inferior de mi bikini rozaba sus calzoncillos y notaba cómo su pene se abultaba cada vez más.

Incliné la cabeza e hinché el pecho, permitiendo que Logan lamiera y chupara mis pezones expuestos para él. Rodé sobre su regazo, su erección aumentaba mi deseo de tenerlo dentro de mí. Las manos de Logan se dirigieron a mi cintura y desató los lazos de la parte inferior, quitándomela.

Apoyé las manos en sus hombros y levanté las caderas, mientras Logan metía la mano en los pantalones y sacaba su miembro. Le sonreí mientras bajaba, encajándolo dentro de mí. Empecé a moverme y Logan me sujetó las nalgas, ayudándome a guiar mis movimientos.

Podíamos tomar muchas decisiones en la vida, pero sin duda la mejor de todas era cuando decidíamos seguir a nuestro corazón.



LOGAN

Epílogo

Años después...

Bajamos de los coches delante del cobertizo donde nos encontraríamos con los *capos*. Tomé a Lauren de la mano y nuestros hijos vinieron detrás de su madre. Teníamos dos descendientes, Otto, de veinte años, y Diana, de quince. Él ya estaba metido en asuntos de la mafia, pero como era un día importante, mi niña también se había unido a nosotros.

Nos dimos la vuelta para esperar a mi primo, su mujer y sus hijos, que habían llegado en otro coche.

— ¿Qué vas a hacer ahora, hermano? ¿Tejer ropa de lana? —se burló Lauren de Lucian, que se limitó a sonreír.

— Todo lo que no hice mientras tuve que preocuparme de los negocios. — Rodeó a su mujer por la cintura y tiró de ella. — Creo que Logan también debería disfrutarlo.

— Lo haré. — Puse mi mano en el hombro de Lauren mientras la guiaba dentro del cobertizo.

El local ya estaba abarrotado de nuestros hombres de la ciudad y de todas las demás zonas del país donde teníamos influencia. El escenario no era la sala de fiestas más adecuada, para no llamar la atención de la policía o los enemigos, pero servíamos champán y aperitivos. Los hombres charlaban entre ellos, pero se detuvieron al vernos. Oí algunos murmullos que se referían a nosotros, pero cesaron cuando Lucian abrió la boca.

— Es un gran placer darles la bienvenida a todos para presentarles oficialmente a mi hijo. — Lucian señaló a Steven, que dio un paso adelante y alternó la mirada entre los hombres

reunidos y su padre.

El chico que solía ser un niño travieso, correteando por la casa con dinosaurios, se había convertido en un hombre apuesto.

— A partir de hoy, declaro oficialmente mi retiro —continuó Lucian—. De los asuntos de la mafia se ocupará el nuevo jefe, Steven Lansky. Logan y yo nos haremos a un lado para que la nueva generación pueda tomar el relevo. Steven, River y Otto son los nuevos jefes de la mafia Lansky. — Mi primo dio un paso atrás y dejó que los chicos se adelantaran.

— Todos los contratos y condiciones se cumplirán —dijo Steven—. Pueden confiar en mí como confiaron en mi padre.

Los hombres aplaudieron y felicitaron al chico.

Mientras los nuevos jefes ocupaban sus puestos, Lauren me tiró del cuello de la camisa y me hizo apartarme de las miradas de la multitud.

— ¿Qué pasa, amor? — Puse mi mano en su cintura.

— Ahora que estás oficialmente jubilado, ¿qué piensas de ese viaje por Europa del que hablamos?

Sonreí, tiré de ella más cerca y apreté nuestros labios.

— Todo por ti.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es brasileña y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su piso, en compañía de su marido y sus tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *picante,* un verdadero fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo intenso en las plataformas digitales.

Autora superventas de Amazon, comenzó su experiencia en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK